

AD A  
CIÓN C

LA BIBLIOTECA

PEYRRIL  
DEL PICO

1823



NOV 24 1823

823  
S



1080074774

823

7/4/1931/2/10/4/1



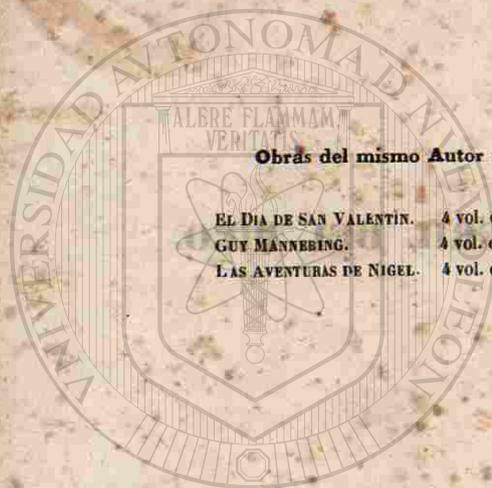
**PEVERIL DEL PICO.**

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



Obras del mismo Autor :

EL DIA DE SAN VALENTIN. 4 vol. en-12.  
GUY MANNEBING. 4 vol. en-12.  
LAS AVENTURAS DE NIGEL. 4 vol. en-12.

PEVERIL  
DEL PICO

(Peveril of the Peak.)

POR SIR WALTER SCOTT.

TRADUCIDO

POR EL D. W. MONTES.

Si mis lectores advirtieren, que á veces soy fastidioso, persuádanse tengo para ello algun secreto motivo.

*Los Moralistas ingleses.*

TOMO CUARTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

PARIS, LIBRERIA DE ROSA.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS. — IMPRENTA DE EVERAT.

1836.

29203



BIBLIOTECA



FONDO  
A. S. PÚBLICA DEL ESTADO

74774

## PEVERIL DEL PICO.

### CAPITULO I.

Era un Proteo verdadero,  
Hombre universal, que en opiniones  
Se aferraba en todas ocasiones;  
Pero sin algun dictamen verdadero,  
Obraba en todo como pendenciero.  
Se le vió ser en un mes, violinista;  
Bufon, literato y estadista;  
Mas que todo amigo de las bellas  
Jugaba, bebía, y dibujaba para ellas.  
Sin contar de caprichos otra lista.  
En él tienen su principio todos  
Y sabe manejarlos de mil modos.  
J. DRYDEN. *Absalon y Architopel*, part. I.

Debemos ahora trasportar al lector al palacio magnífico que ocupaba, por este tiempo, en la calle de..... el célebre Jorge Villiers, duque de Buckingham, á quien Dryden dió una triste inmortalidad por los versos \* puestos al

\* El duque de Buckingham está designado en *Absalon y Ar-*



BIBLIOTECA



FONDO A. S. PÚBLICA DEL ESTADO

74774

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PEVERIL DEL PICO.

### CAPITULO I.

Era un Proteo verdadero,  
Hombre universal, que en opiniones  
Se aferraba en todas ocasiones;  
Pero sin algun dictamen verdadero,  
Obraba en todo como pendenciero.  
Se le vió ser en un mes, violinista;  
Bufon, literato y estadista;  
Mas que todo amigo de las bellas  
Jugaba, bebía, y dibujaba para ellas.  
Sin contar de caprichos otra lista.  
En él tienen su principio todos  
Y sabe manejarlos de mil modos.  
J. DRYDEN. *Absalon y Architopel*, part. I.

Debemos ahora trasportar al lector al palacio magnífico que ocupaba, por este tiempo, en la calle de..... el célebre Jorge Villiers, duque de Buckingham, á quien Dryden dió una triste inmortalidad por los versos \* puestos al

\* El duque de Buckingham está designado en *Absalon y Ar-*

los reinos de la India, ó de la América, bellos como Eden en los primeros dias del mundo, y esperando solo colonos aventureros para quienes un generoso patron querria equipar dos bergantines y una urca; dejábanse conocer con facilidad los jugadores de toda especie; el uno, joven, tronera, alegre, al parecer, hijo del placer y de la inconsecuencia, mas bien engañado que bribon, pero en el fondo del corazon tan fino, astucioso, calculador y sereno como un antiguo profesor de la misma ciencia, reflexivo, cuyos ojos se habian debilitado á puro jugar á los dados de noche, y cuyos dedos ágiles sabian prestar auxilio en caso necesario á los cálculos de su talento. Las bellas artes tambien, y lo digo con sentimiento, tenian sus representantes en este grupo impuro. El pobre poeta medio corrido, á pesar de la costumbre y del papel que iba á desempeñar, y sonrojado tambien tanto por el motivo que le conducia, como por su vestido negro raído, se ocultaba en un rincon, esperando el momento favorable de presentar su dedicatoria; el arquitecto, vestido con mas

primor, preparaba el plan de la fachada y de las dos salas de un palacio nuevo, vision magnifica que, llegándose á verificar, debia llevar al hospital á quien emprendiere realizarla. Pero estaban en la primera fila los músicos y cantores favoritos, que venian á recibir en oro bien sonante el precio de las dulces consonancias que habian producido en el banquete de la noche anterior.

Estos eran los entes que junto con otros muchos personages semejantes se reunian todas las mañanas en casa del duque de Buckingham, y todos ellos lejitimos descendientes de la hija de la Sanguiuela que no sabian pronunciar mas que, *¡dame! ¡dame!*

Pero al levantarse Su Señoría, se presentaban personajes enteramente diversos, y ofrecian otras tantas variedades, como los gustos y opiniones del duque. Ademas de una multitud de jóvenes nobles ó ricos, que tenian al duque por espejo, donde se miraban para ves-

\* Esta metáfora bíblica, tomada del Eclesiástes, se empleaba muchas veces por los autores ingleses. — Ed.

tirse como él durante el día, aprendiendo de él los modales para conducirse con la mayor gracia y á la moda en *el camino de la perdición* \*. Veíanse allí personajes de un caracter mas serio, hombres de Estado que cayeron en desgracia, espías políticos, oradores del partido de la oposicion, instrumentos serviles del gobierno, gentes que no se hallaban en otra parte, pero que consideraban la morada del duque como una especie de terreno neutral, ciertos de que si no era hoy de su dictamen, era muy probable que mañana pensara como ellos. Los puritanos mismos no formaban escrupulo de tener relaciones con un hombre que se habia hecho formidable por sus talentos, aun cuando no hubiese reunido á esto un rango elevado y una fortuna colosal. Se veian mezclados como los retratos de una galeria de cuadros, con los elegantes vestidos de seda, y cubiertos de bordados, muchos personajes graves, vestidos de negro, con casaca seria, y

\* *Road to ruin*; estas palabras han venido á ser despues el titulo de una comedia, donde se ve *Miseria y Vanidad*. — Ed.

una gorguera de un corte particular. Es cierto que procuraban evitar el escándalo de pasar por amigos del duque, porque se suponía no venían á su casa sino por negocios de dinero. ¿Mezclaban estos graves y religiosos personajes la política en los préstamos? Esto era lo que nadie podía saber; pero se habia notado que los Judíos, quienes, por lo general, se limitan al último de estos dos negocios, estaban, tiempo habia, muy puntuales cuando se levantaba el duque.

Habia mas de una hora que la antesala estaba llena de gente, cuando el gentil hombre de servicio, aventurándose á entrar en el dormitorio, cuyas ventanas, del todo cerradas, producian la oscuridad de la noche, se presentó para recibir órdenes de Su Señoría. Preguntó con una voz de flauta si milor el duque gustaba de levantarse. Respondióle una voz desagradable con sequedad.

— ¿Quién está ahí? ¿Qué hora es?

— Es Jerningham, milor, es la una, y están citadas para las once muchas gentes que están esperando.

— ¿Quiénes son? ¿Qué me quieren?

— Hay un expreso de White-Hall, milor.

— ¡Vaya! bien puede esperar. Los que hacen esperar á los demas deben tener paciencia para esperar cuando les toque. Si se me debiera culpar por impolitico, prefiero serlo para con un rey que con un pordiosero.

— Hay tambien gentes de la Ciudad.

— Me incomodan. Estoy cansado de su tono hipócrita sin religion, de su protestantismo sin caridad: diles que vayan en casa de Shaftesbury, que vayan á Aldersgate-Street, este es el mercado donde pueden despachar sus géneros.

— El jockey de New-Market, milor.

— ¡Qué suba en un demonio! Tiene un caballo mio, y las espuelas son suyas. ¿Y es eso todo?

— La antesala está llena, milor, de caballeros, escuderos, doctores, jugadores.....

— ¡Los jugadores, segun presumo, tienen á los doctores en las faltriqueras!

— Condes, capitanes, y miembros del clero.

— Te vas aficionando á la *aliteration* \*, Jerningham, respondió el duque. Es prueba de que tienes genio poético, prepárame el recado de escribir.

El duque, á medio salir de la cama, pasando un brazo por la manga de una bata de brocado guarnecida y forrada con ricas pieles, calzándose una chinela de terciopelo, mientras que el otro pie, enteramente desnudo, pisaba una hermosa alfombra, sin pensar ni un momento en los que le aguardaban, se puso á escribir algunos versos de un poema satirico; pero, parándose de repente, echó la pluma en la chimenea, diciendo que se habia pasado el tiempo del númen. Preguntó despues si habia cartas para él. Jerningham le presentó un gran paquete.

— ¡Qué demonio! dijo el duque. ¿Piensas tú que voy á leer todo esto? Yo soy como Clarencio \*\*, que pedía un vaso de vino, y le aho-

\* El duque atribuye á esta figura las tres palabras pronunciadas por Jerningham, y que comienzan en inglés por la misma letra *C. Counts, Captain's, Clergyms.* — Ed.

\*\* En el Ricardo III de Shakspeare. — Ed.

garon en una cuba de Malvasía. ¿Hay en todo eso alguna cosa urgente?

— Esta carta, milor, habla de la hipoteca hecha en su dominio del condado de York.

— ¿No te he dicho que la enviaras á mi intendente?

— Eso mismo hice, milor; pero Gathevall dice que hay dificultades.

— ¿Pues bien! que los usureros tomen posesion de ella; y entonces no las habrá. Muy poco ó nada notaré que me falte un dominio entre ciento que tengo.

— Traeme el chocolate.

— Gathevall no dice que sea imposible, milor, solo dice que las dificultades....

— ¿Y para que le necesito yo, si no puede vencerlas? pero ya veo yo que todos habeis nacido para ofrecermé dificultades.

— Si Vuestra Señoría tiene á bien aprobar las condiciones contenidas en este escrito, y si gusta firmarlas, Gathevall asegura que arreglará el negocio.

— ¿Y no podias haberme dicho eso lo primero, ¿qué necio eres! dijo el duque al firmar

el escrito sin leerle. ¡Qué! ¡aun mas cartas! Ten presente que ya estoy fastidiado de negocios.

— Son billetes tiernos, milor: no hay mas que cinco ú seis. Este le ha dejado en la porteria una enmascarada.

— ¿Qué vaya con los diablos, dijo el duque echándolos á un lado con desden, en tanto que Jerningham le ayudaba á vestirse; ¡toma! es un conocimiento de tres meses.

— Este se le ha dado á un page de Vuestra Señoría la camarera de lady....

— ¡Mala fiebre la magulle! lamentacion de Jeremias sobre el perjurio y la perfidia... ¡un tono antiguo sin letra nueva!. Veamos sin embargo. ¡Cabalito! — « *Hombre cruel... juramentos quebrantados... ¡la justa venganza del Cielo!...* » — Esta muger pensaba en un asesinato cuando me escribia, y no en el amor. No se deberia pensar en escribir sobre asunto tan trivial, sin tener, por lo menos, alguna cosa nueva en la expresion. — *Amarinta desesperada.* — A Dios, hermosa desesperada... y este, ¿de dónde viene?

—Le ha echado por la ventana del recibimiento un gran tunante que arrancó á correr con la mayor presteza.

—El contenido es mejor, y con todo es un negocio tan antiguo que hace lo menos tres semanas. La condesita del marido zeloso, no daría por ella un maravedí si no hubiera de por medio este marido zeloso. ¡Mal tabardillo en él! — «*Esta noche, en silencio, y con toda la seguridad. Escrita con una pluma arrancada del ala del corazón.*» — Vive Dios, condesa, bastantes le habeis dejado para que se os vaya volando. Mejor hubierais hecho en arrancárselas todas cuando le tenia en vuestro poder. — «*Llena de confianza en la constancia de su Buckingham.*» — Detesto la confianza en una joven. Es preciso enseñarla á vivir: no iré allá.

—No será Vuestra Señoría tan cruel.

—Tienes un corazón compasivo, Jerningham; mas es necesario castigar la presunción.

—¿Pero si volviese á renacer la fantasía de Vuestra Señoría por ella?

—En este caso jurarias tú que se habia extraviado el billete amoroso... ¡Poco á poco! me ocurre un pensamiento. Debe extraviarse de cierto y con estrépito. Oyeme: Este poeta... ¿Cómo se llama? ¿está en el salón?

—¡He contado seis! milor, que, segun las resmas de que están repletas sus faltriqueras, y juzgando por las coderas que llevan las casas, traen, al parecer, la librea de las musas.

—Dale con estilo poético, Jerningham. Quiero decir el que ha compuesto la última sátira.

—¿A quién dijo Vuestra Señoría le debia cinco piezas de oro y una paliza?

—Precisamente. El dinero por su sátira y los palos por sus elogios. Búscales, dale las cinco piezas de oro y sóplale el billete amoroso de la condesa. ¡Aguarda! toma tambien el de Araminta con todos los demás, y dáselos tambien. Que los ponga en su cartera para sacarlos despues en el café de Will\*, y si quien los

\* Café de los bellos Ingenios de aquel tiempo, muy frecuentado por Dryden, Ethredge, etc., etc. — ED.

mostrare no toma á puro palos todos los colores del arco Iris, no hay que contar ni con el despecho de una muger, ni con la dureza del manzano y de la encina. La rabia de Araminta sola seria una carga capaz de abrumar el lomo de un simple mortal.

— Pero considerad, milor, que este Settle es un pícaro tan estúpido que nada de lo que pueda escribir será bien acogido del público.

— ¡Pues bien! ya que le hemos dado el acero para armar la flecha, tambien le daremos plumas para guarnecerla; y en cuanto á la madera, no le faltará de qué hacerla con la que descarguen sobre sus cascos. Dame mi sátira comenzada; remítesela con lo demas, para que haga lo que pueda con todo ello.

— Perdonad, milor, pero todo el mundo conocerá al momento el estilo de Vuestra Señoría; y, aunque todas estas bellas damas no ha-

\* Elkanal-Settle, poeta dramático presentado á Dryden como rival suyo por sus enemigos. — Véase la vida de Dryden, por sir Walter-Scott. — Ed.

yan firmado las cartas, es probable que lleguen á saberse sus nombres.

— Eso es puntualmente lo que yo quiero, ¡cabeza sin meollo! ¿Has vivido tanto tiempo á mi lado, y todavía no sabes que el ruido que hace una intriga, es para mí lo mas apreciable?

— Pero los peligros, milor. Hay padres, maridos y hermanos que pueden enojarse.

— Y desenojarse á fuerza de trancazos, dijo Buckingham con altivez. Yo tengo bajo mis órdenes á Blackwill y su garrote para bajar los humos á plebeyos regañones, y los de un rango distinguido corren de mi cuenta. Tengo necesidad de hacer ejercicio de cierto tiempo á esta parte, pues apenas puedo respirar.....

— Pero con todo eso, milor.....

— ¡Silencio! ¡majadero! convéncete que tu entendimiento enano no puede medir lo alto del mio. Te advierto que quisiera fuese el curso de mi vida un torrente. Estoy cansado de victorias fáciles: deseo encontrar dificultades de que poder triunfar por mi fuerza irresistible.

Entró en el cuarto otro gentil hombre del duque á este tiempo.

— Suplico humildemente á Vuestra Señoría me perdone, dijo él, pero el señor Christian pide hablaros con tantas instancias, que me ha parecido necesario entrar el recado.

— Dile que vuelva dentro de tres horas. ¡ Mil demonios carguen con su cerebro político empeñado en hacer bailar á la gente por el tono que ha compuesto !

— Muchas gracias por el obsequio, milor, dijo Christian al entrar en el cuarto, vestido un poco mas á lo cortesano, pero con el mismo semblante moderado, la misma traza de des-cuidado, el mismo tono de indiferencia y calma, que habia notado en él Julian muchas veces viajando para Londres. Mi objeto por la presente es darle á Vuestra Señoría una música, y para que aproveche la ocasion de bailar si le agrada.

— A fe mia, señor Christian, dijo el duque con arrogancia, es preciso que se trate de un negocio importante, para excluir todo género de cumplimento entre nosotros. Si tiene co-

nexion con la materia de que hablamos la última vez, debo suplicar á vm. remita nuestra entrevista para mejor coyuntura, porque traigo entre manos un negocio á que me debo dedicar enteramente.

Volviendo entonces la espalda á Christian, continuó hablando con Jerningham. — Búscame á ese hombre que sabes, dale esos papeles y ese dinero para pagar la madera de la flecha, puesto que le dimos ya el hierro y las plumas.

— Todo eso va muy bien, milor, dijo Christian con sosiego, sentándose á cierta distancia en una poltrona; pero la inconstancia de Vuestra Señoría no puede hacer frente á la serenidad de mi alma. Necesito hablaros, y esperaré la ocasion en este cuarto.

— ¡ Muy bien ! respondió el duque con enfado; cuando un mal es inevitable, es preciso salir del paso lo mas pronto posible.

— Yo puedo tomar medidas para evitar que vuelva esto á renovarse.

— Veamos pues, señor mio, veamos sin mas tardanza lo que tiene vm. que decirme. ®

— Esperaré que Vuestra Señoría se acabe de vestir, respondió Christian con el tono de indiferencia que le era natural; lo que tengo que hablar es para nosotros dos solos.

— Retírate, Jerningham, pero no te alejes, y espera que yo te llame. Pon mi chaqueta en ese canapé.— ¡Cómo! ¡otra vez la de tisu de plata! Ya me la he puesto cien veces.

— Dos, nada mas, milor, dijo Jerningham con sumision.

— Dos veces, veinte, replicó el duque, ¡no importa! guárdala para ti, ó dásela á mi ayuda de cámara, si piensas que se degrada tu nobleza con la oferta.

— Vuestra Señoría ha hecho llevar sus vestidos de desecho á personas de mas alto rango que el mio, dijo Jerningham.

— Eres malicioso, Jerningham; en cierto sentido, es verdad, y puede que ahora sea lo mismo.— Norabuena, esta chaqueta color de perla irá perfectamente con la cinta y la charretera.

— Pues entonces piérdete de vista.

— Y bien, señor Christian, ¡ya se fué! ¡Pue-

do volverle á preguntar lo que tiene que decirme?

— Milor, respondió Christian, vos gustais de dificultades en los asuntos de Estado asi como en los de amor.

— Me persuado, señor Christian, que vm. no habrá estado escuchando á la puerta del cuarto; porque no me probaria esto mucho respeto ni á mi ni mi casa.

— No sé lo que quereis decirme, milor.

— Poco se me da, ademas, que todo el mundo sepa lo que dije á Jerningham hace un instante. Pero vamos al asunto en cuestion.

— Está Vuestra Señoría tan ocupado con las victorias que gana á las buenas mozas y á las gentes de talento, que tal vez habrá olvidado el interés que tiene en la isla de Man.

— De modo ninguno, señor Christian; me acuerdo muy bien que el Cabeza-Moronda de mi suegro, Fairfax, habia logrado del Parlamento la concesion de esta isla, y que fué bastante necio en soltarla cuando vino la restauracion, en lugar de que si la hubiera asegurado entre las garras, como verdadera ave de

rapiña, la hubiera conservado para si y los suyos. Hubiera sido una cosa muy linda tener por mio un reinecito, promulgar leyes en él, tener mi canciller con sus sellos y maza. Me hubiera bastado medio dia para enseñar á Jer-ningham á presentarse con tanta gravedad, andar tan pesado, y hablar con tanta necedad como Harry Bennet.

—Hubiera podido Vuestra Señoría hacer todo eso, y aun mas, si hubiera gustado ponerlo por obra.

—Si; y si Mi Señoría hubiera querido hacer esto, el señor Christian hubiera sido el Jack-Ketch \* de mis dominios.

—Yo, vuestro Jack-Ketch, milor! dijo Christian en un tono que indicaba no tanto el disgusto como la sorpresa.

—Sin duda, ¿no ha intrigado vm. continuamente contra la vida de esa pobre señora anciana? El satisfacer vm. por su mano su venganza debería serle tan grande como el placer de un rey.

\* Nombre que dan por lo comun en Inglaterra al Verdugo.

—Milor, yo no pido contra la condesa mas que justicia.

—Y el fin de la justicia es siempre la horca.

—¡Pues que lo sea! Muy bien, la condesa está en la conspiracion.

—¡Lleve el diablo la conspiracion tan cierto como la creo un puro invento! dijo el duque. No oigo hablar de otra cosa no sé cuantos meses ha. Si debiera uno ir al infierno habia de ser por un nuevo camino y bien acompañado, no me gustaria emprender ese viage asociado con Oates, con Bedloe y con toda la comparsa de ese nubarron de testigos.

—¿Con qué Vuestra Señoría está decidido á renunciar las ventajas que pueden resultarle? Si la casa de Derby se declara criminal, la concesion hecha en favor de Fairfax, dignamente representada por la duquesa su esposa, vuelve á tomar todo su vigor, y vendria despues á ser señor soberano de la isla de Man.

—Por el lado de una muger, dijo el duque. Pero á la verdad que mi querida mitad me debe indemnizar en algun modo por haber vivi-

do el primer año de nuestro matrimonio con el viejo Black-Tom, su sombrío y puritano padre. Tanto hubiera valido casarse con la hija del diablo, y cohabitar con su suegro.

—¿Con qué puedo inferir, milor, estais decidido á emplear vuestro crédito contra la casa de Derby?

—Como ella se halla injustamente en posesion del reino de mi muger, no tiene ciertamente motivos para esperar algun favor de mi parte. Pero ya sabe vm. que hay en Whitehall un crédito bien superior al mio.

—Sin mas que por quererlo vos asi, milor.

—No, no y cien veces no, exclamó el duque, que se enfadaba acordándose de esto. Digole á vm. que esa vil cortesana la duquesa de Portsmouth, se ha encaprichado en contradecirme y hacerme frente en todo. Carlos me ha mirado con aire sombrío y hablado con sequedad delante de toda la corte. Yo quisiera que supiese cual es el motivo de nuestra disension, me alegrara de que solo llegase á presumirle. Pero yo le arrancaré las plumas ó deberé perder el nombre de Villiers. ; Apostár-

melas á mi una miserable ramera francesa! Dices bien, Christian; ninguna pasion enardece mas que la venganza ó el amor. Yo acreditaré la conspiracion, aunque no fuese sino por el odio que la tengo y yo haré imposible para el rey sostener su manceba en el rango que la colocó.

El duque se había ido excitando poco á poco segun hablaba. Se paseaba por el cuarto á pasos largos accionando con vehemencia, como si no tuviera otro intento que privar á la duquesa de su valimiento y favor para con el rey. Christian se reia interiormente al verle acercarse al estado de exaltacion en que se le ponía con facilidad, y guardaba un juicioso silencio.

Acercósele el duque.—Muy bien, señor Oráculo exclamó, vos que habeis levantado tantos planes para suplantar esta loba de las Galias ¿qué se ha hecho de todas vuestras intrigas? ¿dónde está esa belleza que por tan maravillosa debe fascinar la vista del soberano al momento que la mire? ¿La vió Chiffinch? ¿Que

juicio forma ese crítico excelente de hermosuras y guisados, de mugeres y vinos?

— Vióla y mereció su aprobación. Pero no ha logrado aun oírla hablar, y su talento corresponde á lo demas. Ayer he llegado aquí con ella, y cuento con presentársela hoy en cuanto llegue; le aguardo por instantes. Lo único que temo es la virtud rústica de la doncella, porque la han educado á la rigurosa de nuestras abuelas. Nuestras madres tenían mejor juicio.

— ¡Qué! ¡tan joven, tan hermosa y tan difícil! Por vida mia, me la presentará vm. tan bien como á Chiffinch.

— ¿Para que la cure Vuestra Señoría de su indomable modestia?

— No quiero mas que darle una leccion para que aprenda á dar valor á su mérito. Los reyes no gustan hacer el papel de enamorados tímidos, les agrada que les ojeen la casa.

— Con permiso de Vuestra Señoría, eso no puede ser. *Non omnibus dormio*. Milor conoce esta alusion clásica. Si llegare á ser esta joven la favorita del soberano, el rango dora la ver-

güenza; y cubre el pecado. Pero ella no amañará ante nadie de calidad inferior á la magestad suprema.

— ¡Malicioso y necio! Yo hablaba en fiesta. ¿Piensa vm. querria yo arriesgar el trastorno de un plan que tan ventajoso puede serme como el que ha concebido vm.?

— Milor, dijo Christian sonriéndose y moviendo la cabeza. Yo conozco á Vuestra Señoría tan bien ó acaso mejor que se conoce á si propio. El desbaratar una intriga bien concertada por alguna combinacion formada en vuestro cerebro, os gustaria mucho mas que dirigirla á un término feliz, siguiendo el plan de los demas. Pero Shaftesbury y todos los interesados han resuelto dar buen juego á nuestro proyecto, y, perdonad si os hablo de este modo, no permitiremos que vuestra ligereza é inconstancia nos presente obstáculos.

— ¿Quien? ¡Yo, ligero é inconstante! Aquí donde vm. me ve estoy tan resuelto como el primero á trastornar la manceba, y contribuir para que salga bien la intriga. No aprecio la vida sino para esas dos cosas. Ninguno puede

hacer el papel de agente de negocios como yo, cuando me agrada. Nada me falta, hasta en el arte de ensartar y rotular mis cartas. Soy tan exacto como un escribiente.

— Vos habeis recibido una carta de Chiffinch. El me ha enviado á decir que os habia escrito sobre diferentes cosas que le han pasado con el lor Saville.

— Sí, sí, dijo el duque buscando entre sus cartas; no la encuentro á la mano; apenas estoy enterado del contenido. Estaba sumamente ocupado cuando me la trajeron. Pero está bien segura.

— Debiais haber obrado segun ella. El majadero se ha dejado sonsacar el secreto, y os invitaba á tomar medidas para que el expreso enviado por lor Saville no llegue á dar á la duquesa sus cartas que le descubrirían todo el misterio.

Alarmóse entonces el duque, tocó muy aprisa la campanilla. Presentóse Jerningham al instante.

— ¿Donde está la carta que yo he recibido

del señor Chiffinch, algunas horas hace? le preguntó.

— Si no está entre esas que Vuestra Señoría tiene á la vista, respondió Jerningham, no puedo decirlo: Yo no he visto otras.

— Mientes, ¡ tunante! ¿ Con qué derecho le metes tú á tener una memoria mejor que la mia?

— Si Vuestra Señoría tiene á bien permitirme le recuerde, se convencera de que apenas abrió una carta esta semana.

— ¿ Se vió jamas un picaro que tanto me haga impacientar? Podria muy bien hacer el papel de testigo en la conspiracion. Ha destruido mi reputacion de exacto con su deposicion contradictoria.

— A lo menos, dijo Christian, los talentos y capacidad de Vuestra Señoría quedan inexpugnables; y es necesario emplearlos en favor vuestro y en el de vuestros amigos. Si me es permitido daros un consejo, ireis inmediatamente á la corte, y tratareis de preparar con maña lo necesario para la impresion que deseamos hacer. Si puede Vuestra Señoría tomar

la delantera, y soltar algunas palabras para oponerse á Saville, todo irá bien. Pero sobre todo dar ocupacion al oido del rey; nadie puede hacerlo mejor que Vuestra Señoria. Dejad á Chiffinch el cuidado de caulivar su corazon por un objeto correspondiente. — Otra cosa se me ocurre ahora. Hay un anciano caballero, una cabeza vieja exaltada, que moveria cielos y tierra en favor de la condesa de Derby. Esta con guarda de vista y va tras él por la huella toda la legion de testigos.

— ¡Muy bien, á ellos, Tofam!

— Ya le ha prendido Tofam, milor. Pero hay ademas un joven valiente, hijo del consabido caballero, educado entre la familia de Derby, quien le ha encargado traiga aqui cartas para el provincial de jesuitas y á otras personas.

— ¿Y cómo se llaman esos dos individuos?

— Sir Geoffrey Peveril, del castillo de Martindale, en el condado de Derby, y su hijo Julian.

— ¡Qué! exclamó el duque, ¿Peveril del Pico? un caballero anciano tan honrado como cualquiera que haya sabido jurar, uno de los

bravos de Worcester, un hombre que siempre se le hallaba donde habia golpes que dar ó que recibir; yo no consentiré jamas su ruina, Christian, vuestros bribones se han engañado, es preciso volverlos á poner en camino á latigazos; es preciso, y eso es lo que los espera el dia en que la nacion recobre la vista.

— Entre tanto es de la mayor importancia, dijo Christian, para el resultado de nuestro plan, se interponga Vuestra Senoria por un cierto tiempo entre ellos y el favor del rey. El joven ejerce una influencia en la bella, que no seria favorable á nuestras miras, y por otra parte el padre de la muchacha tiene formada de este Julian una opinion tan buena, cual pudiera formar un hombre que no fuera un imbecil puritano como él.

— ¡Grandemente! cristianísimo Christian, dijo el duque, he oido vuestras órdenes por extenso. Cuidaré de tapar todas las madrigueras que hay debajo del trono, para que ni el lor ni el caballero, ni el escudero en cuestion puedan salir. En cuanto á la bella, dejo á vm. y á Chiffinch el cuidado de proporcionarle sus al-

tos destinos, puesto que no se quiere fiar en mi. A Dios, cristianísimo Christian. Fijó los ojos en él, y exclamó cuando cerró la puerta del cuarto: — ¡Condenado, abominable libertino! Pero lo que menos puede sufrirse es la serenidad provocativa del malvado. Vuestra Señoría hará esto, Vuestra Señoría se dignará de hacer estotro. ¡Yo sería el mas bonito dominiguello haciendo el segundo papel, ó mejor el tercero en la tal intriga! No, no. Irán por el camino que yo lleve, y se pararán donde á mi me acomode. A pesar suyo, descubriré donde se halla esta muchacha, y yo veré si es probable que tenga efecto su plan. En este caso, yo seré quien me la lleve, mia será enteramente, antes que del rey y yo mandaré á la que mandará á Carlos.

Toco la campanilla otra vez, y entró Jerningham.

— Jerningham, le dijo, mando que sigan á Christian los pasos por espacio de veinticuatro horas, vaya donde fuere, y procura descubrir donde va á ver una joven recién llegada á Londres. ¿Te sonries bribon?

— Sospechaba una nueva rival de Araminta y de la condesita, milor.

— Ve á tu negocio, respondió el duque, y déjame cuidar del mio. El poner á mi carro una linda puritana, hacerla favorita de un rey, ganar los favores de la perla de las hermosuras del Oeste de la Inglaterra, es el primer punto, castigar la desvergüenza de este mestizo de la isla de Man, abatir el orgullo de la señora duquesa, hacer que salga ó se malogre una intriga política é importante, segun que lo hagan apetecible las circunstancias para mi honor y mi gloria, será el punto segundo. Estaba poco ha deseando hallar en que ocuparme, y con esto hay ya muy bastante; pero Buckingham sabrá dirigir su barca entre los escollos, y en medio de las tempestades.



## CAPITULO II.

El diablo mismo en persona  
Y en mas de una coyuntura.  
Cita, si en su interés torna,  
Textos de santa escritura.

SHAKSPEARE. *El Mercader de Venecia.*

Christian, despues que salió de la morada brillante del duque de Buckingham, absorto en sus proyectos tan complicados como pérfidos, tomó el camino de la ciudad, y fué corriendo a una posada decente que tenia un presbiteriano y de donde le habian enviado a llamar de im-

provisó para verse con Rodolfo Bridgenorth. No fué inútil su diligencia. Había llegado el mayor por la mañana desde Moultrassie-Hall, y estaba esperándole con impaciencia.

La inquietud había hecho mas sombrío á su exterior naturalmente lúgubre, y apenas se le desarrugó la frente, cuando, Christian, respondiendo á las preguntas que le hizo sobre su hija, le dió las noticias mas satisfactorias de la salud de Adelaida, mezclando con destreza y sin afectacion sobre sus gracias y genio, algunos elogios que debian sonar bien á los oídos de un padre.

Pero Christian tenia demasiada astucia para insistir mucho en este asunto, por mas agradable que pudiera ser á la persona con quien hablaba. Paróse precisamente en el punto donde debia suponerse que un buen pariente habia ya dicho bastante.

— La señora en cuya casa he puesto á Adelaida está encantada, dijo él, de la cara y modales de mi sobrina, y ella misma nos responde de su bien estar y salud. Creo que no teneis tan poca confianza en vuestro hermano para

dejar con tanta prisa á Moultrassie-Hall y presentaros en esta, lo que perjudica para el éxito del plan que teniamos concertado, como si fuera indispensable vuestra presencia para la seguridad de Adelaida.

— Hermano Christian, respondió Bridgenorth, me precisa ver á mi hija, necesito ver á la señora que de orden vuestra está encargada de ella.

— ¿Y para qué? ¿No me habeis confesado que el excesivo afecto terrestre concebido por vuestra hija, habia sido un peligro para vuestra alma? ¿No habeis estado mas de una vez casi para renunciar á los grandes designios que deben establecer la rectitud en el trono, porque gustabais satisfacer la pasion pueril que tiene vuestra hija por el hijo de vuestro antiguo perseguidor, por ese Julian Peveril?

— Convengo en eso. Hubiera dado y aun daria el mundo entero por estrechar á ese joven contra mi pecho y llamarle mi hijo. Brilla en sus ojos el espiritu de su madre, y su andar majestuoso me recuerda el de su padre cuando

venia todos los dias á consolarme en mi afliccion diciéndome: — La niña está buena.

— Pero ese joven no quiere guiarse mas que por sus conocimientos. Él toma por estrella polar el meteoro que sale del pantano cenagoso. Rodolfo Bridgenorth, te voy á hablar como amigo y con franqueza. No puedes servir al mismo tiempo á la buena causa y la de Baal. Obedece, si quieres, á tu afecto terreno, llama luego á ese Julian Peveril, dale á tu hija por esposa; pero piensa bien como la recibirá ese viejo y orgulloso caballero, tan altivo, tan indomable hoy entre cadenas, como lo estaba cuando la espada de los santos triunfó en Worcester. Mirale despidiendo con desprecio á tu hija postrada á sus pies; mirale....

— Christian, dijo el mayor cortándole la frase, me aprietas mucho; pero lo haces por amistad, hermano mio, y yo te lo perdono. Nunca se verá Adelaida expuesta al desprecio. Pero esa señora, esa amiga... Christian, tú eres tío de mi hija, tú eres, despues de mí, quien debe profesarla mayor afecto y ternura; pero tú no eres su padre; no puedes experi-

mentar las inquietudes de un padre. ¿Estás bien seguro de la probidad de la muger á quien has confiado mi hija?

— Tan seguro como de la mía, como lo es que yo me llamo Christian y tú Bridgenorth. ¿No he vivido yo muchos años en esta ciudad? ¿No conozco esta corte? ¿Es probable que se me engañe? ¿Porque no puedo yo creer que tú puedas temer quiera yo engañarte?

— Tú eres mi hermano, tú eres la carne y los huesos de la santa que yo he perdido. Estoy resuelto á fiarme de tí enteramente con respecto á este asunto.

— Tienes razon. ¿Y quién sabe la recompensa que te tiene reservada el Cielo? No puedo mirar á Adelaida sin formar el presentimiento que una criatura tan superior á las mugeres ordinarias está destinada para cosas grandes. La ilustre Judith libró á Betulia por su valor, y los atractivos de Ester fueron la salva guardia de su pueblo en la tierra de cautividad, cuando halló gracia en presencia de Asuero. ®

— ¡Cúmplase en ella el destino del Cielo! dijo Bridgenorth. Pero dime ahora qué progresos ha hecho nuestra grande obra.

— El pueblo está cansado de la iniquidad de esta corte, respondió Christian; y si quiere este hombre seguir reinando, es preciso que nombre para consejeros suyos hombres de otra clase. El alarma excitado por las maniobras infernales de los papistas ha vuelto á las almas toda su energía, y ha hecho abrir los ojos para ver los peligros del Estado. No está él mismo muy distante de cambiar las medidas, porque abandonará á su muger y su hermano para salvarse, y aunque no podemos ver limpia de un golpe la corte, como el grano por el bieldo, habrá bastantes hombres de bien para reprimir á los malvados, bastantes hombres sabios para hacer que se conceda aquella tolerancia universal por la que hemos suspirado como la doncella por su querido. El tiempo y la ocasion traerán una reforma mas completa, y pondremos por obra, sin desenvainar la espada, lo que nuestros amigos no han podido establecer sobre un fundamento sólido, aun

cuando tenian en sus manos la espada victoriosa.

— ¡Concedáanos Dios esa gracia! dijo Bridgenorth; porque yo creo tendria escrupulo en hacer algo que pudiera suscitar otra vez una guerra civil; pero yo aspiro á los cambios que podrán suceder de un modo apacible y legal.

— Sí, añadió Christian, y que traerán consigo el castigo severo que tienen merecido nuestros enemigos tanto tiempo hace. ¿Cuánto ha que la sangre de mi hermano pide venganza? Esta cruel francesa verá bien pronto que ni el trascurso del tiempo, ni sus poderosos amigos, ni el nombre de Stanley, ni su soberania de Man, pueden detener el curso perseverante del vengador de la sangre. Será borrado su nombre de la lista de nuestros nobles, y su herencia entrará en otro poseedor.

— Hermano Christian, dijo el mayor, ¿no persigues tú á tus enemigos con demasiado encarnizamiento? tu deber, como cristiano, es perdonarlos.

— Sí, pero no á los enemigos del Cielo, no á los que derramaron la sangre de los santos,

exclamó Christian, enardecidos los ojos con aquella expresion que indica una sed ardiente de venganza, única pasion que algunas veces se veia pintada en facciones que parecerian inalterables por cualquier otro interés. No, Bridgenorth, continuó, yo miro como santo este proyecto de venganza; le considero como un sacrificio expiatorio por todo lo malo que tengo hecho en mi vida. Heme sometido al desprecio del orgulloso, me he bajado hasta el rango de criado; pero mi altanería no se abatió; y yo decia para conmigo: — si me humillo hasta este punto, es para vengar la sangre de mi hermano.

— Y con todo eso, hermano Christian, aunque yo tomo parte en tus proyectos, aunque te he prestado auxilio contra esa muger moabita, no puedo menos de pensar que tu sed de venganza se acuerde mejor con la ley de Moises que con la de la caridad.

— Ese lenguaje te cae perfectamente, Rodolfo Bridgenorth, ¡á ti que acabas de triunfar con la ruina de tu enemigo!

— Si lo dice vm. por sir Geoffrey Peveril,

no triunfo con su ruina. Era justo abatirle. Yo puedo humillar su soberbia; pero si esto depende de mí, no veré yo la ruina de su casa.

— Vos sabeis lo que debeis hacer, hermano Bridgenorth; y yo hago justicia á la pureza de vuestros principios: pero los hombres que no ven sino por los ojos del mundo, no podrán ver sino poco favor en el magistrado severo, en el acreedor riguroso que acaba de obrar contra Peveril.

— Hermano Christian, exclamó Bridgenorth, cuyo rostro se encendia cuando hablaba de este modo, no hago yo menos justicia á la prudencia de vuestros motivos, y no niego la destreza pasmosa con que habeis procurado adquirir informes tan exactos sobre los proyectos de esta muger de Ammon. Pero es permitido pensar que en vuestras relaciones con la corte, en vuestra política terrestre y mundana, habeis perdido algo de aquellos dones espirituales que tan célebre os hicieron entre nuestros hermanos.

— No hay por que temerlo, dijo Christian recobrando la serenidad que habia perdido al-

gun tanto en esta discusion; trabajemos de consuno, como hemos hecho hasta la presente, y espero que cada uno de nosotros habrá cooperado, como fiel servidor, al triunfo de la buena causa, por la que sacamos en otro tiempo la espada.

Al decir esto, tomó el sombrero y se despidió de Bridgenorth diciéndole que volvería por la noche.

— A Dios, dijo el mayor; siempre me hallarás tan fiel y adicto á esta causa. Obraré segun me aconsejes, y ni aun te preguntaré, aunque lo padezca mi corazon paternal, donde está mi hija, y á que manos la confiaste. Ensayaré á cortarme la mano derecha, á sacarme el ojo derecho, y echar uno y otro lejos de mí. En cuanto á tí, Christian, si obras en este negocio de otro modo que lo exigen la prudencia y el honor, considera que tú eres el responsable de todo ante Dios y los hombres.

— No temas nada, dijo Christian apresurado, y se retiró agitado con reflexiones poco agradables.

— Yo debia haberle persuadido á volver al

condado de Derby, dijo él para sí, luego que se vió en la calle. Su presencia sola en esta ciudad puede trastornar el plan en que se funda la futura elevacion de mi fortuna; si, y de la de su hija. ¿Se dirá que yo he causado su ruina, cuando se la vea brillar con todo el esplendor de la duquesa de Portsmouth, y cuando llegue á ser madre de una raza de principes? Chiffinch me ha prometido presentarme la ocasion favorable, y su fortuna depende del cuidado que se toma en satisfacer el gusto de su amo con la variedad. Si ella causa impresion, será profunda, y, una vez dueña de su afecto, no temo que la suplanten. ¿Pero, ¿qué dirá su padre? ¿Se meterá la vergüenza en la faltriquera, como hombre prudente, porque estará muy bien dorada? ¿Juzgará del caso presentar el aparato de un frenesi moral y paterno? Temo mucho que no tome este último partido. Sus costumbres han sido siempre demasiado rigidas para que haga como que no ve esta pequeña licencia. ¿Pero cual será el resultado de su enojo? Yo puedo quedarme á cubierto en este asunto, y los que se hallen á

la vista se agitarán muy poco por el resentimiento de un puritano de provincia. Y, después de todo, el punto á que deseo llegar, es lo que hay de mejor para él, para la picarilla y para mí, Eduardo Christian.

Estas eran las consideraciones bajas con que procuraba este miserable acallar los gritos de su conciencia, en tanto que tramaba el deshonor de la familia de su amigo, y la ruina de su propia sobrina, encargada á su celo. El carácter de este hombre no se comprendía en el género de los que se hallan cada día, y no se había constituido en el punto mas crítico de insensibilidad ni de un egoísmo infame por un camino ordinario.

Eduardo Christian, como ya sabe el lector, era hermano de aquel Guillermo Christian que había servido de instrumento para que cayese la isla de Man bajo el yugo de la república, y quien, por esta causa, vino á ser la víctima de la venganza de la condesa de Derby. Ambos se habían educado según los principios de los puritanos; pero habiendo Guillermo tomado el partido de las armas, se habían modificado

con esta profesion el rigor exacto de sus opiniones religiosas. Eduardo, que no tomó el mismo estado, parecia mas estrictamente adherido á ellas. Pero esto era solo exterior. El rigorismo de que hacia ostentación, y que le valia el respeto y deferencia de las *gentes formales*, como se llamaban los puritanos, no era mas que una corteza que ocultaba el gusto de un voluptuoso; y, entregándose á sus inclinaciones ocultas, experimentaba el mismo placer que quien bebe el agua que ha robado y que come á escondidas el pan. En tanto que su aparente santidad le proporcionaba los medios de fortuna, los placeres ocultos, que sabia buscarse, le indemnizaban por el exterior de austeridad con que se disfrazaba. La restauracion de Carlos II y el extremo á que se dejó llevar la condesa de Derby contra su hermano, interrumpieron el curso de su hipocresia y de sus placeres. Huyóse de la isla de su nacimiento, ardiendo en deseos de vengar la muerte de su hermano, única pasión que jamas se le conoció no tener una tendencia directa hácia sí mismo; aun esta no estaba entera-

mente despojada de egoísmo, pues entregándose á ella, trabajaba tambien para restablecer su fortuna.

No le fué difícil hallar entrada con Villiers, duque de Buckingham, quien, por parte de su muger, tenia pretensiones á los dominios del condado de Derby, en otro tiempo dados por el Parlamento á su suegro Fairfax. El duque tenia mucha influencia en la corte de Carlos, donde se recompensaba mejor una chanzoneta, que una larga serie de servicios; y este favor se empleó de tal modo que contribuyó á la oscuridad en que dejó el rey á esta familia leal y mal premiada. Pero Buckingham, aun cuando su honor lo exigiese, era incapaz de seguir con paso firme la marcha que Christian le trazaba, y sus tergiversaciones salvaron tal vez lo que quedaba de los dominios considerables pertenecientes á la casa de Derby.

Sin embargo, Christian era un partidario demasiado util para que se le despachara. No cuidaba él de ocultar á Buckingham ni á las otras personas de igual clase la relajacion de sus costumbres, pero sabia disfrazarla perfec-

tamente á la vista del grande y poderoso partido á que pertenecia con el exterior grave que siempre manifestaba. Es verdad que habia entonces una linea divisoria tan fuertemente marcada entre la corte y la ciudad, que podia un hombre representar dos distintos papeles, como en dos esferas totalmente diversas una de otra, sin que por un lado se pudiera descubrir que él se dejaba ver bajo un aspecto del todo contrario. Por otra parte, cuando un hombre de talento se hace util, su partido continua cubriéndole con su crédito y proteccion, aun en el caso que su conducta estuviera en oposicion directa con sus principios. En igual caso, se niegan algunos hechos, se da un bello colorido á otros, y el espíritu de partido oculta por lo menos tantos defectos como la caridad.

Eduardo Christian necesitaba muchas veces de la indulgencia parcial de sus amigos; pero jamas se la negaron, porque les hacia señalados servicios. Buckingham y otros cortesanos como él, por muy disolutos que fuesen, apetecian conservar relaciones con el partido puri-

tano, para afirmarse en su fuerza contra sus adversarios de la corte. Christian era un agente el mas á propósito para todas estas intrigas, y habia llegado á formar una liga de sectarios que profesaban los principios los mas rigidos de religion y moral, y los cortesanos *latos*\* que no conocian ninguno.

En medio de las vicisitudes de una vida entregada á las intrigas durante la cual sus proyectos ambiciosos y los de Buckingham le hicieron atravesar muchas veces el Atlántico, Christian se gloriaba de no haber perdido nunca de vista su objeto principal, la venganza que deseaba tomar de la condesa de Derby. Mantenía una correspondencia íntima y seguida con la isla donde habia nacido, de modo que tenia noticia del menor acontecimiento que ocurría en ella; no perdía ninguna coyuntura en que pudiese excitar la codicia de Buckingham, y de inspirarle el deseo de hacerse dueño de este

\* La secta de los *latos* ó latitudinarios no era en realidad una secta, pues que su principal ley era no reconocer ninguna: profesaban una especie de escepticismo en moral como en religion. — En.

reinecito, haciendo pronunciar el falso título del actual propietario. No le era difícil mantener el espíritu de su protector en una especie de fermentacion sobre esto, porque la imaginacion de Buckingham hallaba un cierto atractivo en la idea de venir á ser un monarca aun en una pequeña isla; y era, como Catilina, tan envidioso de las propiedades de los demas como prodigo de las suyas.

Pero solo despues de la descubierta de la llamada conspiracion de los papistas, fué cuando los proyectos de Christian se aproximaron al estado de madurez. En esta época se llegaron á presentar los católicos tan odiosos á la vista del pueblo inglés demasiado crédulo, que, con la denuncia de los delatores de profesion, desecho de la raza humana, se daba crédito á las acusaciones mas atroces contra personas del mas alto rango y de la reputacion mejor fundada.

Christian no dejó de sacar partido de este momento. Estrechó su intimidad con Bridgenorth, con quien habia siempre conservado relaciones, y logró inducirle á secundar todos

sus proyectos, que, á los ojos del mayor, estaban inspirados por el honor y el patriotismo; pero al tiempo que adulaba á Bridgenorth con la esperanza de hacer una reforma completa en el Estado, de poner un término á la corrupcion de la corte, de aliviar la conciencia de los no-conformistas que gemian bajo la opresion de las leyes penales, de arreglar todo lo que estaba desarreglado en el dia; al tiempo que le mostraba tambien en perspectiva el placer de vengarse de la condesa de Derby y de humillar la casa de Peveril, de la que tantos ultrajes habia recibido el mayor, no se descuidaba en reflexionar al mismo tiempo acerca del modo como podia sacar partido para sí propio de la confianza de su crédulo cuñado.

La beldad extremada de Adelaida Bridgenorth, la fortuna considerable que el tiempo y ahorros habian proporcionado al mayor acumular, designaban á esta joven como un partido apetecible para reparar los bienes menoscabados de algun cortesano acreditado; y Christian se gloriaba de que podia conducir es-

ta negociacion de modo que la hiciese ventajosa para sí mismo. Pensaba encontrar pocas dificultades en persuadir á Bridgenorth le confiara el cuidado de su hija, porque se le habia metido en la cabeza á este desgraciado padre, al punto que nació Adelaida, que su presencia era un goce mundano de que su conciencia debia acusarle. Por eso tuvo Christian poco trabajo para convencerle de que el deseo concebido por él de casarla con Julian Peveril, con tal que pudiera conseguir adoptase este sus opiniones politicas, era un compromiso criminal con sus propios principios. Circunstancias recientes le habian hecho saber que Debora Debbitch se habia hecho indigna de su confianza é incapaz de custodiar un depósito tan precioso, y el mayor aceptó con gusto y agradecido la proposicion obsequiosa que le hizo Christian, tio materno de Adelaida, quien se obligaba á ponerla en Londres bajo la proteccion de una señora de alto rango, por todo el tiempo que él se ocupara en las escenas sangrientas y desastrosas que debian ocurrir pronto, segun él creia con todos los buenos protestan-

tes, á causa de la insurreccion general de los papistas, á no ser que los previniera el pueblo inglés con medidas prontas y enérgicas. Confesaba tambien su temor de que la ternura de padre no enervase la fuerza de su brazo levantado en defensa de su pais; y le costó poco trabajo á Christian alcanzar del mayor la promesa de abstenerse por cierto tiempo de pensar en su hija.

Christian pues que esperaba le sería confiable su sobrina por el tiempo que necesitara para la ejecucion de sus proyectos, trató de reconocer el terreno consultando á Chiffinch, quien, por su experiencia bien conocida en la política amorosa de la corte, se le presentaba como el mejor consejero que pudiera escoger en ocasion semejante. Pero siendo este digno personage el proveedor efectivo de los placeres de Su Magestad, y, por consecuencia, el que se hallaba mas en su gracia, creyó de su deber sujerirle otro proyecto distinto de aquel sobre que le pedia parecer. Juzgó que una muchacha dotada de atractivos tan exquisitos como Adelaida, merecia mejor participar del afec-

to del alegre monarca, juez tan excelente en materia de bellezas, que casarse con algun cortesano disipador. Haciendo despues justicia á su propio mérito, pensó que no le iria mal por esto, sino que al contrario no podria menos de aumentarse su fortuna de todos modos, si Adelaida Bridgenorth, ex-favorita del monarca, despues de un corto reinado como el de los Gwyns, los Davis, los Roberts y otros mas, acabara con venir á ser lisa y llanamente mistress Chiffinch.

Despues que hubo este sondeado á Christian, viendo que la esperanza de sacar un provecho considerable de este plan de iniquidad no le permitia resistirse á la primera propuesta que de él le habia hecho, entró en mayores detalles, guardándose no obstante muy bien de darle á conocer el desenlace que se proponia. Hablóle del favor que debia ganar la bella Adelaida, no bajó el punto de vista de un capricho pasajero del monarca, sino como que debia ser el principio de un reinado tan largo y memorable como el de la duquesa de Portsmouth, cuya codicia y genio dominante, se-

gun se creia, comenzaban á fastidiar á Carlos II, aunque lo muy acostumbrado que ya estaba con ella, no le permitia sacudir el yugo.

Cuando ya estuvo este contrato decidido, se mudó la escena, y se vió resultar, en lugar de una intriga subalterna entre un zurcidor de gustos y un tío despreciable, que tramaban la ruina de una doncella inocente, un negocio de Estado, en que se trataba de hacer despedir á una favorita que disgustaba, y de formar despues un cambio en las disposiciones del rey con respecto á muchos particulares, en que se hacia temible la influencia de la duquesa de Portsmouth. Bajo de este punto de vista fué como se presentó este proyecto al duque de Buckingham, quien, ya por sostener su genio galan y andaz, ya por satisfacer un capricho imaginado, habia tenido la osadia de hacer una declaracion amorosa á la favorita reinante, quien la desechó de un modo tan extraño que jamas pudo él perdonar.

Pero no bastaba un solo proyecto para ocupar el genio activo y emprendedor del duque.

Se imaginó un apéndice á la conspiracion de los papistas, para tener en él un pretexto de acusacion contra la condesa de Derby, persona de quien la parte crédula del público podia sospechar con mas facilidad fuese cómplice de la llamada conspiracion, en razon de su caracter y de su religion. Christian y Bridgenorth tomaron á su cargo la comision peligrosa de ir á prenderla en el seno mismo de su reinecito de Man, y tenian para ello órdenes secretas que no debian manifestar sino en caso de salir con la empresa.

Salió infructuosa esta tentativa, como saben nuestros lectores, gracias á los preparativos de defensa que con presteza hizo la condesa; ni Christian, ni Bridgenorth pensaron fuese nada político venir abiertamente á demostraciones hostiles, aun revestidos con la autoridad del Parlamento, contra una muger que habia probado no detenerse en tomar las medidas mas decisivas para conservar en seguridad su soberanía feudal. Reflexionaron con prudencia que la *omnipotencia* misma del Parlamento, término tal vez algo exagerado, pero que se

usaba entonces, podía ser insuficiente para ponerlos á salvo de las consecuencias personales que podrian resultar del aborto de una empresa.

Pero no habia oposicion que temer en el continente de la Gran-Bretaña; y Christian estaba tan bien informado de todo lo que pasaba en la pequeña corte de la condesa de Derby, es decir, en lo interior de su castillo, que Julian hubiera sido preso al instante mismo de desembarcar sin el temporal que habia forzado al capitan de su barco poner el rumbo para Liverpool. Christian, con el nombre de Ganless, le halló allí sin pensar, y le salvó de las garras de Tofam, de sus testigos timoratos, con el intento de asegurarse de las cartas que llevaba, y aun de su persona, si lo juzgara necesario, para tenerle á discrecion: proyecto difícil y peligroso; pero quiso mas arriesgar esta empresa que dejar á los agentes subalternos, siempre prontos á levantarse contra los que estaban ligados con ellos, la gloria de haberse apoderado de la correspondencia de la condesa de Derby. Era, por

otro lado, importante para los proyectos del duque de Buckingham, que sus misivas no pasasen por las manos de un oficial público cual Tofam, quien, á pesar de la necia importancia que se daba, era hombre recto y de buenas intenciones, antes que hubiesen padecido la revista de una comision especial, donde se hubieran podido cortar ciertos pasages, suponiendo que nada se hubiese añadido. En una palabra, Christian, llevando su intriga particular por lo que se llamaba la gran conspiracion papista, obraba como el ingeniero que, para dar movimiento á un resorte oculto, emplea la fuerza de la máquina de vapor construida para otro fin muy diverso. Habia pues resuelto en consecuencia, sacar toda la ventaja posible de las descubiertas que contaba poder hacer, y de no consentir que nadie partiese con él, ó tratara de poner obstáculo á sus proyectos de venganza.

Chiffinch que habia querido convencerse por sí propio de los encantos de esta hermosura tan ponderada, habia ido de intento al conde de Derby para verla, y habia quedado muy

prendado cuando, despues de haber asistido en la capilla de los no-conformistas de Liverpool á un sermon que duró dos horas, y que, por consecuencia, le proporcionó el tiempo necesario para un examen reflexivo, habia llegado á deducir que no habia visto jamas un talle mas seductor ni un rostro mas encantador. Confirmado ya con el testimonio de sus ojos cuanto se le tenia dicho antes, fué á la pequeña posada, sitio donde le habia citado Christian para venir á encontrarse con él en compañía de su sobrina, y donde los esperó, lleno de confianza en el buen éxito de su plan, disponiéndose á recibirlos con un aparato de lujo que segun él, debia causar una impresion favorable en la imaginacion de la joven educada en provincia. Hallóse algo sorprendido, y chasqueado, cuando vió llegar á Christian acompañado de Julian Peveril en lugar de Adelaida Bridgenorth, á quien esperaba ser presentado aquella misma noche. Esto era para él un contratiempo notable, porque le habia costado mucho triunfar de su indolencia ordinaria, hasta el punto de alejarse de la corte para juz-

gar por sí propio si Adelaida era ciertamente un prodigio de hermosura, como lo suponía su tío, y si era una víctima digna del altar en que pensaba sacrificarla.

Una consulta breve que tuvieron los dos dignos confederados, les hizo adoptar el plan de robar á Julian las cartas que llevaba, por haberse negado Chiffinch absolutamente á tomar parte alguna en arrestarle, considerando que él no estaba cierto de que esta diligencia fuese del agrado de su amo.

Christian tenia tambien algunas razones para abstenerse de tomar una medida tan decisiva. Le parecia que no seria del agrado del mayor Bridgenorth, y era muy conveniente tenerle contento. Tampoco era precisa porque las cartas de la condesa eran de mucha mayor importancia que la persona de Julian. Era sobre todo inutil porque, como Julian iba al castillo de su padre, verosimilmente seria preso en él junto con los demas sospechosos, de quienes Tofam, en virtud de su mandato, estaba encargado de apoderarse: y porque no dejarían de concurrir las denuncias de sus infames

compañeros. Bien lejos de recurrir á violencias contra Peveril, lomo con él un tono amistoso, y como que aun le advirtió se guardase de los otros, para no hacerse sospechoso de haber concurrido al robo de sus cartas. Verificóse la tal maniobra por medio de un narcótico echado en el vaso de Julian, cuyo efecto fué causarle un sueño tan profundo que no tuvieron los confederados dificultad alguna en ejecutar su proyecto nada conforme á las leyes de la hospitalidad.

El lector está ya bien al corriente de los sucesos del día posterior. Chiffinch partió para Londres, encargado de las cartas robadas á Julian, visto lo mucho que importaba entregarlas cuanto antes al duque de Buckingham; y Christian fué á Moultrassie para encargarse de Adelaida que se le entregaria por mano de su padre para llevarla á Londres, habiendo consentido su cómplice en renunciar el deseo de volver á verla hasta que llegase á dicha ciudad.

Christian habia empleado toda su destreza, antes de separarse de Bridgenorth, para per-

suadirle se quedara en Moultrassie-Hall. Aun habia pasado los limites de la prudencia, porque á fuerza de insistir en este punto, habia suscitado en Bridgenorth algunas sospechas de que apenas podia darse razon por que las formaba, y que á pesar de todo no le permitian tranquilizarse enteramente. Siguió pues á su cuñado á Londres, y el lector ha visto los artificios de que se sirvió Christian para determinar á este padre imprudente al abandono de su hija entre las pérdidas maquinaciones del protector que habia creído darle.

Con todo eso, Christian, reflexionando su empresa, no dejó de reconocer que caminaba cercado de mil peligros. Temblaba pensando en la inconstancia presuntuosa y genio atolondrado de Buckingham, en el poco juicio é intemperancia de Chiffinch, y en las sospechas del tétrico y fanático Bridgenorth, quien ni por eso dejaba de ser honrado y sagaz.

— Si estuvieran todos mis instrumentos en estado de impeler sus resortes particulares, decia él para sí, ¡cuan facil me seria vencer todos los obstáculos que se oponen á mis pro-

yectos! pero con máquinas tan endeblés, tan inactivas, cada dia, cada hora, cada instante, estoy expuesto al riesgo de ver que se desploma una columna y sepultarme en las ruinas. Sin embargo, si no tuvieran estos defectos de que me quejo, ¿cómo hubiera yo adquirido sobre ellos este poder que los hace mis agentes pasivos, aun cuando parece que obran con la mayor decision? Si, nuestros fanáticos tienen razon en algun modo cuando sostienen que todo sucede por lo mejor.

Puede parecer extraño, que en medio de todos los motivos de temor que agitaban á Christian, la idea de que la virtud de su sobrina podria ser el escollo donde viniera su navío á estrellarse no se le presentaba sino rara vez y con muy poca fuerza; pero era un malvado resuelto, un libertino endurecido, y, bajo de estas dos consideraciones, no creía en la virtud del bello sexo.

## CAPITULO III.

Que de memoria poco digno.  
Fué Carlos rey, os lo concedo:  
Mas supo beber buen vino,  
Al amigo tambien estimó tierno:  
D<sup>o</sup> WALCOT. *Peter Pinda*.

Londres, este vasto centro de toda especie de intrigas, reunia entonces en su recinto de vapores sombríos, el mayor número de los personajes que hemos presentado hasta la presente en escena.

Uno de ellos, Julian Peveril, cuando llegó

yectos! pero con máquinas tan endebles, tan inactivas, cada dia, cada hora, cada instante, estoy expuesto al riesgo de ver que se desploma una columna y sepultarme en las ruinas. Sin embargo, si no tuvieran estos defectos de que me quejo, ¿cómo hubiera yo adquirido sobre ellos este poder que los hace mis agentes pasivos, aun cuando parece que obran con la mayor decision? Si, nuestros fanáticos tienen razon en algun modo cuando sostienen que todo sucede por lo mejor.

Puede parecer extraño, que en medio de todos los motivos de temor que agitaban á Christian, la idea de que la virtud de su sobrina podria ser el escollo donde viniera su navío á estrellarse no se le presentaba sino rara vez y con muy poca fuerza; pero era un malvado resuelto, un libertino endurecido, y, bajo de estas dos consideraciones, no creía en la virtud del bello sexo.

## CAPITULO III.

Que de memoria poco digno.  
Fué Carlos rey, os lo concedo:  
Mas supo beber buen vino,  
Al amigo tambien estimó tierno:  
D<sup>o</sup> WALCOT. *Peter Pinda*.

Londres, este vasto centro de toda especie de intrigas, reunia entonces en su recinto de vapores sombríos, el mayor número de los personajes que hemos presentado hasta la presente en escena.

Uno de ellos, Julian Peveril, cuando llegó

allá, tomó su posada en una del arrabal, pensando que debía mantenerse oculto hasta que pudiese ver en particular á los amigos en estado de prestar auxilio á sus padres y á su bienhechora, que se veían igualmente en situación peligrosa. El mas poderoso de ellos era el duque de Ormond, cuyos servicios leales, el alto rango, los méritos y virtudes, conservaban todavía ascendiente en una corte, donde sus calidades se miraban en general como fuera del favor. Era un hecho que Carlos, cuando este noble y fiel servidor de su padre se le presentaba, parecía reconocer tanto su inferioridad moral, que Buckingham se tomó un día la libertad de preguntar al rey, si el duque de Ormond habia perdido la gracia de su magestad, ó si su magestad habia perdido la del duque de Ormond, pues que siempre que los veía juntos el rey parecia siempre el mas cortado de los dos. Pero Peveril no fué bastante afortunado para alcanzar los consejos y proteccion de este señor respetable, porque no estaba por entonces en Londres.

Despues de la carta para el duque de Or-

mond, aquella que, segun la condesa, parecia de mas importancia era la que iba para el capitán Barston, jesuita disfrazado, cuyo nombre verdadero era Fenwicke, que debia vivir ó podian dar razon donde vivia en casa de uno llamado Martin Christal, en el parage llamado la Saboya. Apresuróse Julian á ir allá, luego que supo la ausencia del duque de Ormond. No ignoraba los peligros á que él mismo se exponia, haciéndose de este modo el sugeto intermedio entre un sacerdote papista y una católica sospechosa. Pero cuando se encargó de la comision peligrosa de la condesa, lo habia hecho sin reserva y con la resolucion firme de servirla del modo que creia lo exigian sus negocios. Sin embargo no pudo menos de experimentar un movimiento involuntario de temor, cuando se vió metido en un laberinto de pasadizos y corredores oscuros, que iban á los cuartos situados en el antiguo edificio llamado la Saboya.

Este edificio antiguo y casi arruinado ocupaba entonces en el Strand una parte del local donde se ve hoy Somerset-House. Habia

sido en otro tiempo un palacio, y su nombre venia de un conde de Saboya que le habia mandado edificar. Habia servido de morada á Juan de Gaunt y á diferentes personas de distincion; fué despues un convento, luego un hospital, y en fin, por el tiempo de Carlos II, no era mas que un conjunto de edificios estropeados, habitados principalmente por los que tenian alguna relacion con el palacio vecino á Somerset-House. Este último edificio, mas feliz que la Saboya, conservaba todavia su título real, y estaba habitado por una parte de la corte; el rey mismo tenia cuartos en él, y residia algunas veces.

Solo despues de haber tomado señas, y de haberse equivocado mas de una vez fué cuando, habiendo pasado un corredor largo y oscuro, cuyo piso de madera maltratado por el tiempo, amenazaba hundirse bajo los pies, halló en una puerta vieja el nombre de Martin Christal, tasador, grabado en una placa pequeña de cobre. Estaba para levantar el llamador, cuando sintió que le tiraban de la casaca. Volvióse, y su sorpresa casi llegó á

espanto, cuando vió á la joven sorda muda que habia querido acompañarle á su salida de la isla de Man.

— ¡Fenella! exclamó él, olvidándose que no podia ella oírle ni responderle, ¡es posible! ¡qué! ¿eres tú, Fenella?

Fenella, volviendo á tomar el aire de autoridad que quiso tener sobre él, se puso entre Julian y la puerta donde intentaba llamar, moviendo la cabeza, frunciendo el entrecejo, y levantando el dedo, como para advertirle que no debia entrar en este cuarto.

Julian, despues de reflexionar un poco, creyó no poder dar otra interpretacion á la conducta y presencia de la muda, que suponer la venida de su ama á Londres, y que habia ella encargado á su criada muda, en quien tenia toda su confianza, le informase de algun proyecto acaecido en sus operaciones, que pudiese hacer inutil y aun perjudicial la entrega de su carta á Barston, aliás Fenwiche. Preguntóla por señas si estaba encargada por la condesa de alguna comision para él; ella hizo una seña con la cabeza manifestando impaciencia

Continuando con la misma especie de diálogo, preguntó si tenia alguna carta para él. Aumentóse entonces mas la impaciencia de la muda, dijo que no con la cabeza, y le hizo señá para que la siguiera, y echó á andar por el corredor adelante. Fué tras ella, no dudando queria llevarla donde estaba la condesa. Pero se aumentó mucho mas la admiracion que le causó encontrar á Fenella, cuando vió que le llevaba por vueltas sombrías y tortuosas de la Saboya con la misma destreza y rapidez, que habia manifestado poco tiempo antes bajo las bóvedas oscuras del castillo de la condesa en la isla de Man.

Pero acordándose que Fenella acompañó en otro tiempo á la condesa en un viaje largo que hizo á Londres, no le pareció inverosímil que hubiese adquirido un conocimiento exacto de aquel palacio arruinado. Tenian sus habitaciones en este sitio muchos extranjeros de la servidumbre de la reina viuda; muchos clérigos católicos habian hallado allí refugio, á pesar de la severidad de las leyes contra los papistas: ¿qué cosa mas probable sino persua-

dirse que la condesa de Derby, Francesa y católica tuviese algunos mensajes que enviar á ciertos de ellos, y que se hubiera servido de Fenella?

Haciendo Julian estas reflexiones, continuaba siguiendo los pasos ágiles de la joven muda, que parecia deslizarse á lo largo del Strand, desde donde se metió en Spring-Gardens, y despues en el parque de Saint-James.

No estaba todavía la mañana muy avanzada, y no habia en el parque mas que algunas personas que se paseaban para tomar el aire agradable. Solo al medio dia era cuando se veia brillar la alegría, el esplendor y el buen gusto. Todos nuestros lectores saben, sin duda, que el terreno donde se ve hoy el cuartel de guardias de corps de á caballo, hacia parte del parque de Saint-James en tiempo de Carlos II, y que el antiguo edificio llamado hoy la Tesorería era una dependencia del palacio de White-Hall, que se halla unido inmediatamente al parque. El canal se habia abierto, segun el plan del célebre Le Nôtre, para desaguar el terreno, y comunicaba con el Támesis atravesando un es-

tanque lleno de aves acuáticas las mas raras. Hacia este estanque se dirigió Fenella con celeridad; — y ambos se acercaban á un grupo de tres ó cuatro personajes que se paseaban por sus orillas, cuando fijando Julian los ojos en aquel hombre al parecer de mayor importancia que los otros, sintió que le palpitaba el corazón, como si hubiese adivinado hallarse inmediato á un personaje del rango el mas elevado.

El hombre á quien él miraba de este modo pasaba ya de la edad media, era moreno, y traía puesta una peluca negra muy larga; su casaca era de terciopelo negro liso, pero traía por encima una estrella de brillantes pendiente al descuido de una cinta que pasaba por el hombro. Sus facciones, casi fuertes, tenían, no obstante, un aire de alegría y gravedad. Era un hombre bien formado, de constitucion robusta, andaba con la cabeza derecha y con un aire de satisfacción que parecía persona de la primer calidad. Caminando como iba delante de sus compañeros, se paraba de vez en cuando, y les hablaba con afabilidad, y probablemente

muy festivo si se habia de juzgar por las sonrisas, y algunas veces por las carcajadas de risa medio contenidas por respeto, que sus agudezas hacia dar á los que hablaba. Estos estaban tambien con el vestido de mañana; pero su exterior y modales los presentaban como sujetos de calidad en presencia de otro de rango superior. Dividian la atencion del que los precedía, siete ú ocho perrillos falderos negros, de pelo largo y rizado, que seguian á su amo muy de cerca, y acaso con un afecto tan sincero como el de los bipedes que concurrían á formar el grupo: al parecer, se divertía mucho el amo con las carreras y saltos que daban, tan pronto los excitaba para que jugasen, tan pronto los contenía. Iba cerca de él un lacayo con dos cestitas, y como por pasatiempo extraordinario tomaba de tiempo en tiempo el personaje un puñado de granos, y se los echaba á los pajarillos que andaban por las orillas del canal.

Nadie ignoraba ser esta la diversion favorita del rey, por lo cual esta circunstancia, unida con la fisonomía notable y el respeto que le te-

nian los que le acompañaban, no dejó á Julian duda ninguna. Veíase tal vez mas cerca de lo que permitia el decoro debido á la persona de Carlos Estuardo, el segundo de los reyes de Inglaterra que tuvieron este nombre desventurado.

Al tiempo que Julian estaba perplejo en seguir á su conductora, y cuando se veía sin medios como darle á entender la repugnancia que tenia en pasar mas adelante, á una seña que hizo Su Magestad, uno de su comitiva sacó de la faltriquera un caramillo, y habiéndole dicho Carlos que repitiese un trozo que le habia llamado la atencion en el teatro la noche anterior, se puso á tocar una sonata muy alegre, cuyo compas era muy vivo. Al paso mismo que el monarca de humor divertido media los tiempos con el pie y la mano, Fenella se fué acercando á él tomando todas las actitudes de una persona atraída contra su voluntad por el sonido del instrumento.

Picado Peveril de la curiosidad, trató de saber el fin de esta aventura, y sorprendido al ver que la joven sorda-muda imitase tan per-

fectamente los movimientos de una muger sensible al poder de la armonia, dió aun algunos pasos adelante, pero se paró á cierta distancia.

Mirólos el rey á los dos con buen semblante, como si el entusiasmo que les suponía por la música hubiera sido una excusa del atrevimiento que mostraban acercándose tanto á él; pero fijó sus miradas particularmente en Fenella, cuyo exterior y facciones, aunque ofrecian mas singularidad que belleza, tenían algo de extraño que debía parecer nuevo y aun seductor á un principe, cuyos ojos estaban como hartos de formas ordinarias de belleza en las mugeres. Ella no hizo, al parecer, atencion al modo con que se la miraba; y como si fuese impelida por un movimiento irresistible, resultado de los sonidos que, al parecer, oía, desprendió un alfiler de oro de sus hermosos cabellos negros, que, cayéndole por todas partes, formaban como un velo tejido por la naturaleza, y al mismo tiempo se puso á danzar con tanta gracia como agilidad al son del caramillo.

Casi se olvidó Peveril de que estaba el rey delante al ver la precision maravillosa con que llevaba Fenella el compas mareado por el sonido de un instrumento que no podia oir, y del que no podia juzgar sino por el movimiento de los dedos del que le tocaba. Habianle hablado como de un prodigio de una muger que, hallándose en la desgraciada situacion de esta joven, habia llegado, por una especie de tacto misterioso é incomprensible, á poseer bastantes conocimientos de música no solo para tocar muchos instrumentos, sino para regir una orquesta; tambien habia oido decir que ciertos sordos-mudos podian figurar en un baile, siguiendo los movimientos de los que danzaban con ellos. Pero el fenómeno que tenia presente era todavia mas sorprendente, pues que puede guiarse el músico por las notas trazadas en el papel, y el bailarín por el movimiento de los otros, en lugar que Fenella no tenia otro director que el movimiento de los dedos del hombre que tocaba el caramillo, al que parecia observar con la mayor atencion. Con respecto al rey, como que ignoraba las

circunstancias que hacian casi milagrosa la danza de Fenella, se contentó desde luego con autorizar por una sonrisa festiva, lo que le parecia efecto del capricho en esta muchacha; pero cuando vió con que tino y exactitud ejecutaba en su sonata favorita, tan graciosa como ágilmente, una danza enteramente nueva para él, pasó desde el contento á una real admiracion; llevaba el compas con el pie, le marcaba por una inclinacion de cabeza, palmeaba para aplaudirla, y, como ella, parecia arrebatado por un acceso de entusiasmo.

Despues de una serie tan rápida como graciosa de cabriolas, dió Fenella poco á poco un movimiento mas pausado para concluir la. Haciendo entonces una profunda reverencia, se quedó inmovil delante del rey, cruzadas las manos ante el pecho, bajada la cabeza, fijó los ojos en tierra, cual esclava del Oriente delante su señor. Por entre el velo formado por su larga cabellera, se podia ver que los colores que le sacara la danza, desaparecieron rápidamente, y cedian el puesto al color de aceituna que le era natural.

— Por mi vida, dijo el rey, se pensaría ser una hada bailando al resplandor de la luna. Preciso es que se componga de mas fuego y aire que de tierra. Tenemos la fortuna de que la pobre Nelly Gwyn no la haya visto, porque hubiera muerto de rabia y envidia. Muy bien, caballeros. ¿quién de vms. me ha preparado esta diversion?

Miráronse unos á otros los cortesanos, pero ninguno de ellos se reconoció con derecho á reclamar el mérito de esta galanteria.

— Pues entonces se lo preguntaremos á la ninfa de los ojos vivos, dijo el rey mirando á Fenella: dinos, bella muchacha mia, á quien debemos el placer de haberte visto. Sospecho que es el duque de Buckingham, porque justamente es una *pasada de su genio*.

Fenella, viendo que el rey hablaba con ella, hizo otra reverencia tan profunda como la primera, y añadió una seña para dar á entender que no podia oír lo que se le decia.

— ¡Oh! ¡oh! no sabia yo eso. Precisamente, es una extranjería: su tez y agilidad lo comprueban. La Francia ó la Italia vieron formar-

se esos miembros elásticos, esas megillas morenas, esos ojos ardientes. Y él la preguntó entonces primero en francés y luego en italiano quien le habia dado orden de venir al parque.

Fenella, cuando se le hizo esta nueva pregunta, echó á la espalda su bella cabellera para dejar ver su exterior melancólico, é hizo un gesto acompañado de murmullos suaves y doloridos para manifestar que le faltaba la palabra.

— ¡Es posible que haya cometido la naturaleza un error semejante! dijo en alta voz Carlos. ¿Puede haber negado la melodía de la voz á un ser que tan sensible hizo á la belleza de los sonidos?

— Pero, ¿qué significa esto? ¿Quién es aquel joven inmóvil á pocos pasos de nosotros?

— ¡Ah! sin duda, es el que hace ver esta curiosidad.

— Amigo, dijo á Peveril, quien, por un signo de Fenella, se avanzó máquinalmente, é inclinó la rodilla delante del rey, te damos las gracias por la diversion tan agradable que nos has proporcionado esta mañana. — Marqués,

la noche pasada me ganaste con trampas á los cientos, y, para compensar este acto desleal, vas á dar un par de piezas de oro á este buen muchacho y cinco á la bailarina.

El marqués sacó su bolsillo y se adelantó para cumplir las órdenes del rey. Julian se vió en este instante muy confuso; pero serenándose al fin un poco, dijo que no tenia derecho alguno para sacar provecho de la danza de esta joven, y que se habia equivocado Su Magestad en suponerlo.

— Pues, amigo, ¿quién eres tú? le preguntó Carlos. Pero antes de todo, ¿quien esa ninfa ligera trás la que vas como un cervatillo?

— Esta joven es criada de la condesa viuda de Derby, señor, respondió Julian con voz tímida, y por lo que hace á mi....

— ¡ Espera, espera un poco! dijo el rey, esta es una danza que necesita otra locata y un lugar menos público. Oye, amigo, tú y esa joven ireis con Empson al sitio donde os lleve. Llévalos, Empson, y..... Oyeme dos palabras al oido.

— Se dignará Vuestra Magestad permitirme

le haga observar, dijo Peveril, que yo no tenia de modo alguno intencion de presentarme ante Vuestra Magestad de un modo tan...

— Al diablo con los que no entienden á media palabra lo que se les dice, contestó el rey, ¡vive Dios! amigo, ¿no sabes tú que hay momentos en que la cortesía es la mayor impertinencia del mundo? Yo te digo que vayas con Empson y que te diviertas un poco con tu hada, hasta que yo envíe á llamarte.

Carlos dijo esto mirando al rededor de sí, pero en un tono que al parecer temia le oyesen. Julian no tuvo mas que saludar y obedecer, y se fué tras Empson, el mismo que habia tocado el caramillo.

Empson, luego que perdieron al rey y á sus cortesanos de vista, quiso tramar conversacion con sus compañeros, y dirigiéndose primero á Fenella: — Por la misa, dijo él, que baila vm. con una perfeccion rara, jamas plegó el jarrete ninguna bailarina con tanta gracia en las tablas. Tocaria yo el caramillo para que vm. bailase hasta que se me quedara el gaznate tan seco como lo está mi instrumento. Va-

mos, vamos no sea vm. tan adusta, el anciano Rowley no saldrá del parque hasta las nueve. Voy á llevar á vms. á Spring-Gardens. Tomaremos allí algunos fiambres y una botella del Rhin, y seremos amigos. ¡Cómo diablos! ¡no responde! ¿Qué quiere decir esto, joven? Es muda esta muchacha? ¿Es sorda? ¿Es uno y otro? Lo tendria por burla; ¡baila tan bien al son del caramillo!

Peveril para librarse de este pregunton, le respondió en francés que él no hablaba inglés y que era extranjero, contento por librarse aun á costa de una mentirilla, de la locuacidad de un hombre que parecia tener gana de hacer muchas preguntas á que tal vez no siempre seria prudente contestar.

— ¡*Etranger, Etranger!* repitió Empson, hablando consigo en voz baja; eso quiere sin duda decir *Stranger*. Dale con avechuchos que vienen de Francia para lamer de nuestro pan toda la manteca buena de Inglaterra, ó será tal vez un italiano que enseña muñecos. Si los puritanos no tuvieran una mortal aversion á todas las escalas, bastaria esto para invitar á todo

buen muchacho que se hiciese puritano. Pero si yo he de tocar el caramillo en casa de la duquesa, condenado muera yo, si no le juego la pasada de hacerla perder el compas para enseñarla á presentarse en Inglaterra sin saber el inglés.

Luego que Empson tomó esta resolucíon verdaderamente inglesa, anduvo á buen paso dirigiéndose hácia una casa grande situada al fin del parque de Saint-James, y entró en el patio por una puerta reja que iba al parque dominado por esta casa.

Peveril, hallándose al frente de un hermoso pórtico en que habia una puerta de dos hojas, iba á subir el peristilo que á ella conducia, cuando su guia le detuvo por el brazo.

— Espere vm. *Monseur*, le dijo, me parece que no perderá vm. nada por falta de ánimo; pero no es aquí: llame vm. y le abrirán; pero mas bien golpée vm. y le golpearan. Julian, dejándose guiar por Empson, pasó por delante de la entrada principal y se paró al frente de otra puerta practicada menos visiblemente en un rincon del patio. Llamó allí el tocador

del caramillo dando golpecitos; vino al punto un criado y abrió, le hizo entrar con sus dos compañeros; y despues que los hizo pasar por varios corredores, los llevó á un bello salon de verano, donde una señora, vestida con una elegancia fuera de lo regular, se divertia en leer una comedia tomando chocolate. No es posible hacer su retrato sino poniendo en el peso por un lado las ventajas de que naturaleza la dotara, y por otro los defectos fingidos nocivos á las mismas. Hubiera sido linda sin el encarnado que se ponía y sin los arrumacos. Se la hubiera tenido por afable sin el tono altanero de proteccion y de condescendencia. Seria su voz agradable si no tratara de hacerla mas suave. Pasaran sus ojos por bellos si no hubiese procurado darles mas brillo. Deslucia un pie bonito dejando ver un poco mas la pierna. Tratando de su talle, aunque no parecia tener treinta años, estaba ya tan gorda como debia estarlo diez años despues. Mostró á Empson una silla dándose el tono de una duquesa, y le preguntó con languidez como lo habia pasado despues de un siglo que no le

habia visto, y quienes eran los que venian con él.

— Extrangeros, señora, respondió Empson, extrangeros malditos, pordioseros hambrientos que nuestro amigo viejo ha recogido esta mañana en el parque. La andorrera baila, y este pájaro... creo que toca la trompa\*. Como soy, que ya me voy avergonzando del viejo Rowley, y será necesario despedirme de él si no trata de acompañarse mejor en adelante.

— ¡Fuera! Empson, dijo la dama, reflexione vm. que tenemos obligacion de prestarnos á sus gustos, y de cerrar los ojos á sus caprichos. Esta es una ley que siempre procuro guardar. Pero dígame vm., ¿no vendrá pronto esta mañana?

— Aquí estará, respondió Empson, antes de lo que se puede gastar en bailar un minué.

— ¡Dios mio! exclamó la dama como alarmada sin afectacion; y olvidándose absoluta-

\* Entiéndese no la de metal sino un instrumentillo de hierro, de cuatro á cinco pulgadas de largo que forma dos líneas unidas en círculo de cuyo centro parte una lengüeta de acero y puesto entre los dientes se mueve con el índice. — TRAD. ®

mente de sus gracias lánguidas, fué corriendo como galga á un cuarto contiguo, donde se oyó una discusion, aunque corta, viva y animada.

—Supongo será alguno que se empeña en entrar y no debe, dijo Empson por lo bajo. Es bueno para la señora que yo haya dado este aviso. Hele allá el dichoso galan que ya se marcha.

Julian estaba colocado de modo que por la ventana junto á la que Empson estaba sentado, pudo ver un hombre con un capote galoneado ajustado y una espada larga debajo del brazo, que salia de puntillas por la misma puerta que ellos habian entrado, y que iba por el patio á lo largo de la pared, probablemente para que se le notara menos.

Volvió á entrar la dama en este instante y mirando hacia donde dirigia Empson la vista, le dijo entre confusa y precipitada: — Es un mensajero que ha enviado la duquesa de Portsmouth con una esquila, y tuve que responder con tanta prisa que no me dió tiempo para tomar mi pluma de diamantes. ¡ Como me llené los dedos de tinta! añadió mirándose la linda mano, que

metió en un vaso de plata lleno de agua de rosas. — Pero yo tengo por cierto que no entiendo el inglés esa figura exótica presentada por vm. ¿Cómo es esto? ; se ha puesto encarnada! ; Y vm. dice que es buena bailarina! Es preciso que yo la vea danzar y á su compañero tocar la trompa.

— ¿Verla danzar? Bastante bien ha bailado cuando yo tocaba el caramillo. Pero, ¿quien no bailaria entonces? Yo hice bailar al viejo consejero Clubfoot estando atacado de la gota y nunca vió vm. un paso semejante en el teatro. Me obligo á hacer bailar unas seguidillas al arzobispo de Cantorbery tan bien como á un francés; el bailar no significa nada, en la música consiste todo. El viejo Rowley no comprende esto. Ha visto danzar á esta pobre criatura, y atribuye á ella todo el mérito que á mí me correspondia. Le hubiera yo apostado á que no podía ella menos de bailar. Y con todo á ella le concede todo el mérito y el provecho, porque ha mandado se le den cinco piezas de oro, en tanto que mi mañana no me ha valido mas que dos.

— Muy bien, señor Empson, pero vm. es de casa, aunque en una posición inferior, y debía vm. considerar....

— ¡Por Dios, señora! lo que yo considero es que soy el primer caramillo de Inglaterra, y si se me despide, será tan imposible hallar otro que ocupe mi lugar, como lo es llenar el Támesis con el agua de un foso.

— Convengo en que vm. es un hombre de talento, señor Empson. Pero debo decir á vm. que es preciso cuidar de lo esencial. En el día encanta vm. el oído, mañana puede haber otro que lo haga mejor.

— Nunca, señora, mientras que tenga el oído aquel poder celeste de distinguir una nota de otra.

— ¿El poder celeste, dice vm.?

— Sí, señora, celeste; porque ciertos versos muy bonitos que hemos visto en nuestra última fiesta decían:

¿Qué hacen los que van al cielo?  
Amar, cantar. — He aquí en suma  
De los bienaventurados  
Toda la existencia junta.

El señor Waller fué quien los hizo, según creo, y á fe mía que se debe animar en su trabajo.

— Y á vm. también, mi estimado Empson, dijo la señora bostezando, aunque no se mirara sino el honor que vm. hace á su profesión. Pero pregunte vm. á esas gentes si quieren tomar alguna cosa. ¿Y vm. qué tomaría de buena gana? Tengo chocolate del que ha traído el embajador de Portugal para la reina.

— Si no está falsificado... dijo el músico.

— ¿Cómo es eso caballero? dijo la bella dama medio levantada sobre los almoadones hacinados, ¡algo falsificado en mi casa! Le conozco á vm. muy bien, señor Empson, y yo creo que la primera vez que vino á mi casa casi no sabía vm. distinguir el café del chocolate.

— ¡Válgame Dios, señora! vm. tiene mucha razón, respondió el tocador de caramillo. ¿Y como puedo yo probar mejor lo mucho que me han aprovechado sus excelentes lecciones en la materia, sino mostrándome delicado?

— Tiene vm. una excusa muy plausible, se-

ñor Empson, dijo la petimetra dejándose caer como al descuido sobre el plumion de donde la irritacion la hizo levantarse. Creo que le gustará el chocolate, aunque no es tan bueno como el que nos dió Mendoza, el encargado de negocios de España; pero es preciso ofrecer alguna cosa á esos extranjeros. Pregúntelos vm. si quieren café, chocolate ó fiambre de caza, frutas y vino. Conviene tratarlos de modo que se les haga ver donde están, supuesto que están.

— Sin disputa, señora; pero ahora se me ha olvidado como se dice en francés chocolate, café, caza, frutas y vino.

— Eso es muy particular; y aun lo es mas que á mí tambien. Pero no importa, voy á presentárselo todo, y ellos cuidarán de dar el nombre á cada cosa.

Empson se rió de esta chanzoneta, y dijo aseguraba por su vida que el pedazo de carne fiambre le tendria por el mejor emblema de un resto de rosbif que pudiera encontrarse en el mundo entero. Se sirvieron desde luego man-

jares en abundancia, y Julian y Fenella tomaron su parte como la dama y el músico.

Con todo Empson se puso mas cerca del ama de casa, y consolidaron su amistad intima bebiendo un vaso de licor. Sus ideas vinieron á ser mas vivas, y entablaron conversacion con mas confianza, pasando revista por todos los que componian la corte, tanto de los rangos superiores, como de la esfera subalterna á la que se podia pensar pertenecian ellos mismos.

Es verdad que, durante esta conversacion desplegó la señora mas de una vez su absoluta superioridad sobre Empson, y que el músico amainó con humildad delante de ella siempre que se hallaban de diferente parecer, ya porque ella le desmentia formalmente, ya porque le contradecia con un sarcasmo, ya porque le imponia tomando cierta importancia, ya en fin porque se valia de uno de los mil modos que hay para dar á conocer las ventajas que uno tiene sobre otro. Mas el gusto que tenia por la murmuracion, la obligaba á descender bien pronto del punto elevado á que por un instante se remontara, y la rebajaba hasta quedar al

nivel con su compañero, de cuyas habladurías gustaba tanto participar y disfrutar.

Su conversacion era muy comun; versaba demasiado sobre un monton de pequeñas intrigas de corte, de las que Julian no entendia palabra, para inclinarle á tomar el menor interés. Como duró mas de una hora, Julian no prestó mas atencion á lo que hablaban, pues que la mayor parte de las palabras tenian un sentido doble, las frases estaban extraviadas de su propio sentido, y los individuos de que se hablaba tenian cada cual su apodo por el que se entendian. Ocupóse en meditar acerca de sus propios negocios, complicados ya lo bastante, y lo que podria resultar de la audiencia que dentro de poco le daria el rey, audiencia que se le habia proporcionado por un agente tan singular y por medios tan inesperados. Miraba muchas veces á Fenella y notó que casi siempre estaba absorta en profundas meditaciones. Pero tres ó cuatro veces que la presuncion y la importancia afectadas del músico y la dama subieron al mas alto grado vió que Fenella lanzó sobre ambos á hurtadillas una de

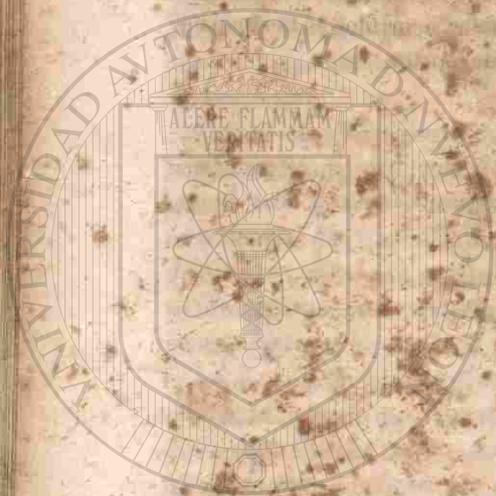
aquellas miradas tristes que habian contribuido á que la tuviesen los de la isla de Man por descendiente de duendes ó trasgos. Habia un no sé qué tan extraordinario en sus modales, en su aparicion repentina y conducta delante del rey; le habia proporcionado de un modo tan raro una audiencia para él acaso dificil de lograr; que esta reunion de circunstancias podia corroborar la idea fija en su imaginacion, la cual le hizo sonreírse, de que este pequeño agente mudo estaba auxiliado en sus operaciones por los espíritus que reinan en los elementos, á los que la supersticion de los habitantes de la isla de Man atribuian su origen.

Presentábase tambien otras veces á la imaginacion de Julian otra idea, aunque procuraba desecharla por tan ridicula, como la opinion que constituia á Fenella en una clase de seres diferentes de los simples mortales: ¿estaba ella realmente aflijida por aquella privacion de sentidos que al parecer trazaba una linea divisoria entre ella y los demas hombres? Si no lo estaba, ¿qué motivos podia te-

ner una muchacha tan joven para someterse tantos años á una penitencia tan fuerte? ¡Cuan formidable debia ser la fuerza del alma que habia podido condenarse á un sacrificio tan penoso! ¡Cuan grande, cuan importante debia ser el designio que habia podido hacer formar tal resolucion!

Peró el simple recuerdo de lo pasado fué bastante para que alejara de sí semejante conjetura como absurda y de pura aprension. No necesitó mas que traer á la memoria aquellas pasadas tan malas con que tanto la mortificó su atronado amigo el conde de Derby, las conversaciones que se tuvieron delante de ella en las que se discutia libremente, y aun se censuraba, el genio de una criatura tan irritable y susceptible en todo trance, sin que jamas hubiese ella dado á conocer por el menor gesto ni la mas leve conmocion que oía lo que se hablaba; y se convenció de que le hubiera sido tanto mas imposible llevar adelante este sistema de puro engaño, durante tantos años, cuanto que su genio naturalmente fogoso é irascible, no se lo hubiera permitido.

Abandonó pues tal pensamiento, y no pensó sino en sus propios negocios, y en la entrevista que debia tener con su soberano. Le dejaremos embebido en sus reflexiones, en tanto que revisamos los cambios ocurridos en la situacion de Adelaida Bridgenorth.



#### CAPITULO IV.

Nunca es el diablo, amigos, mas maligno  
Que cuando por tapar su vil pezuña,  
De sotana ó capilla se embarduña.  
O viste la hopalanda de Galvino.

*Anónimo.*

Apenas Julian Peveril se habia hecho á la  
vela para Whitehaven, cuando, con arreglo á  
la orden repentina del mayor, su hija Adelaida,  
su aya y él mismo se pusieron con todo secreto  
y prontitud á bordo de una barca que debia  
llevarlos á Liverpool, acompañándolos tam-

bien Christian. Adelaida ya estaba enterada de que la confiarían á su tío, mientras estuviera separada de su padre, y el parentesco tan cercano con este hombre, su conversacion divertida, y sus modales agradables, aunque un tanto frios, la inclinaron á creerse, aun en su situacion de aislada, como muy feliz por tener semejante protector.

En Liverpool fué donde, como sabe ya el lector, Christian comenzó á poner de manifiesto sus planes infames, dando el primer paso para ponerlos en práctica, tales como los concibiera contra esta inocente doncella, cuando la llevó á la capilla de los no-conformistas con el fin de presentarla á las miradas livianas de Chiffinch, y de que este se convenciera ser su belleza extraordinaria y por lo tanto digna de la deshonrosa promocion á que se la destinaba.

Muy satisfecho ya Chiffinch del exterior de Adelaida, no lo quedó menos al ver el talento y buen juicio que manifestaba en su conversacion, cuando la volvió á ver en Londres en casa de su tío. Lo sencillo y fino de sus ad-

vertencias le movieron á mirarla casi con los mismos ojos que hubiera mirado su sabio criado, el cocinero francés, una nueva salsa bien picante y capaz de despertar el apetito saciado de un epicuréo estragado. Dijo y juró que era la verdadera piedra fundamental sobre la que algunas buenas gentes podian elevar su fortuna, valiéndose de las maniobras correspondientes y siguiendo sus instrucciones.

Juzgaron los confederados para introducirla en la morada, donde debia fijarse, ponerla bajo la direccion de una señora muy experimentada, llamada por algunos mistress Chiffinch y otros la moza de Chiffinch. Era esta una de aquellas mugeres obsequiosas, prontas á cumplir los deberes de una esposa, sin sugertarse á una ceremonia incómoda ni á lazos indisolubles.

Era una de las consecuencias de la licencia de esta época funesta para las costumbres, y tal vez no era la menos perjudicial lo muy nivelado del terreno donde se fijaban los limites del vicio y la virtud, pues que se aproximaba en sus extremos por un descenso tan

imperceptible, que la esposa fragil y la manceba cariñosa nada perdian en la sociedad, sino que por el contrario, como si fuesen astros de las esferas mas elevadas, tenian cabida en la sociedad y asiento entre las mugeres de rango distinguido, y de la mejor reputacion.

No causaba ya escándalo una *amistad* regular como la de Chiffinch y su bella; y era tal su influencia, por ser el primer ministro de los placeres de su amo, que, como decia el mismo Carlos, la señora Chiffinch habia logrado un privilegio real para tomar asiento entre las mugeres casadas. Y si se ha de hacer justicia á la buena señora, debemos decir que ninguna esposa legitima hubiera podido ser mas exacta en favorecer todos los proyectos de su marido, y en gastar sus rentas.

Llamábase cuarto de Chiffinch el local donde ella moraba, y era la escena de muchas intrigas amorosas y políticas. Carlos pasaba en él muchas tardes, cuando el mal humor de la duquesa de Portsmouth, su sultana reinante, no le permitia cenar con ella, lo que sucedia con bastante frecuencia. La ventaja que daba esta

circunstancia á un hombre como Chiffinch, quien sabia grandemente aprovecharla, le aseguraba tanta importancia que le consideraban aun los primeros personajes del Estado, á menos que no estuviesen poco enterados de las intrigas y política de la corte.

A esta mistress Chiffinch y al que la daba este nombre, encargó Eduardo Christian la hija de su hermana y de su amigo en exceso confiado. Consideraba con serenidad la perdicion de su sobrina como un suceso cierto, y se li-songeaba de que con el tiempo seria esta misma la basa de una fortuna mas estable que la de una vida pasada hasta entonces en intrigas.

No descubria la inocencia de la pobre Adelaida nada de criminal, ni en el lujo extraordinario que la rodeaba, ni en los modales de su huésped cortés y cariñosa por caracter como por política. Y con todo, por una especie de instinto, reconocia no deber contarse en seguridad perfecta: sensacion que podrá tener cierta semejanza con la prevision del peligro que muestran los animales, cuando están próximos

á los enemigos naturales de su raza ; y por esto se ve que los pájaros se aproximan volando á la tierra cuando el halcon se fija en el aire , y los cuadrúpedos tiemblan cuando el tigre va por el desierto. Sentia ella un peso en el corazon que con nada se le aliviaba , y las pocas horas que habia pasado en casa de Chiffinch eran como las que pasa uno en la carcel sin saber porque está preso , ni cual el resultado de su prision.

A los tres dias de su arribo á Londres pasó la escena que hemos interrumpido y vamos á continuar.

Empson , á quien se sufría por sus talentos extraordinarios en tocar el caramillo , apuraba su impertinencia y tono grosero censurando á los demas músicos ; y mistress Chiffinch estaba escuchándole con frialdad y negligencia , cuando se oyó hablar en alta voz y con energia en el cuarto vecino.

— ¡Gemini y agua de clavo! \* exclamó ella olvidándose en este instante de su estu-

\* Juramento de aquel tiempo cuyo origen es dudoso. — Ed.

diada moderacion; y usando de su caracter grosero ; ¡con tal que no haya vuelto! Y si el viejo Rowley.....

Estaba en accion de abrir la puerta del cuarto inmediato , en que se hablaba ; ya tenia la mano puesta en la llave , pero la quitó tan pronto como si estuviera hecha ascua , al oír que llamaban muy quedito á la puerta principal de su cuarto. Recostóse de pronto en el canapé y dijo con voz lánguida: — ¡ Quien es ?

— El viejo Rowley en cuerpo y en alma , señora , respondió el rey al tiempo de entrar con aquel sosiego y franqueza que le caracterizaban.

— ¡ Dios mio! ¡ Vuestra Magestad!.... yo creia.....

— Sin duda , que yo no podia oirla ; y tú hablas de mí como de los amigos ausentes. No procures excusarte : me parece haber oido decir á no sé qué señora , mejor es tener blondas rasgadas que mal zurzidas. Siéntate. ¿ Donde está Chiffinch ?

— En York-House , señor , respondió la dama

procurando aunque con trabajo volver en sí de su turbacion. Haré que le comuniquen las órdenes de Vuestra Magestad.

— Esperaré que vuelva, dijo el rey. Quiero probar tu chocolate.

— Debe haberlo caliente en el oficio, respondió mistress Chiffinch; tocó un silbato de plata, y un negro, ricamente vestido como un page del Oriente, con brazaletes y collar de oro, trajo en una bandeja el chocolate servido en porcelana la mas exquisita.

Tomando el rey su desayuno favorito, miró alrededor del cuarto, y habiendo visto á Fenella, Peveril y el músico en el arco de una ventana, dijo á mistress Chiffinch con indiferencia y cortesía: — Te envié esta mañana los violines, ó la flauta, por mejor decir, — á Empson con una pequeña hada, que hallé esta mañana en el parque, y que hechiza bailando. Nos ha traído ella de la corte de la reina de Mab\* la zarabanda mas nueva, y yo te la envié para saber lo que te parecía.

\* La reina de las hadas llamada tambien Titania, mujer de Oberon. — Ep.

— Vuestra Magestad me honra demasiado, respondió la dama con los ojos modestamente bajos, y con un tono de humildad estudiada.

— A la verdad, mi querida Chiffinch, dijo el rey con una familiaridad tan depresiva como á su cortesía le era permitido, no era solo por regalarte el oido, aunque merece oír sonidos mas suaves, por lo que mandé venir aquí á estos dos incomparables artistas, sino creyendo estuviese contigo esta mañana Nelly.

— La enviaré á llamar por Bajazet, señor.

— No, no, no quiero dar ese trabajo á tu sultanito pagano. Pero me parece haber oido á Chiffinch que tenias una huéspedea, una prima de provincia, ó cosa así. ¿No tienes á nadie en casa?

— Una joven que ha llegado de un pueblo, respondió mistress Chiffinch procurando cubrir su confusion; pero no está en disposicion de presentarse á Vuestra Magestad.

— Tanto mejor, Chiffinch: eso es precisamente lo que se requiere. No hay mayor encanto en la naturaleza que el primer sonrosado de una lugareña entre temerosa y alegre,

medio curiosa y sorprendida. Eso es la pelu-  
silla que sirve de adorno al melocoton. Lásti-  
ma es que dure tan poco. Siempre queda el  
fruto, pero el colorido vistoso y el sabor de-  
licado desaparecen. No te muerdas por eso los  
labios, Chiffinch: esto es como yo lo digo. Haz  
que venga la bella prima.

Mistress Chiffinch, mas aturdida que nunca,  
fué poco á poco hácia la puerta del cuarto que  
habia estado antes al punto de abrir brusca-  
mente cuando el rey llegaba; pero, al tiempo  
de toser ella bastante alto, tal vez para avisar  
á quien suponía estar en el cuarto, se abrió la  
puerta, entró Adelaida precipitadamente, y  
tras de ella el emprendedor duque de Bucking-  
ham que se paró, quedándose inmóvil de sor-  
presa, viendo que lo vivo de su ataque le ha-  
bía traído á presencia del rey.

Adelaida Bridgenorth parecía demasiado  
enojada para fijar su atención en las personas  
que tenia delante de sí, y dirigiendo la palabra  
á mistress Chiffinch, dijo con la mayor resolu-  
ción: — No estaré un momento mas en esta  
casa, señora: quiero dejar al instante una mo-

rada donde tan expuesta estoy con una com-  
pañía que detesto, y á solicitaciones que me  
horrorizan.

Mistress Chiffinch, espantada, no pudo ha-  
cer mas que suplicarla en voz baja se sosegara,  
y decirla: — ¡El rey!.. ¡el rey!.. señalando á  
Carlos, que tenia fijos los ojos en el atrevido  
cortesano, mas bien que en la caza tras que  
corria.

— Si estoy en presencia del rey, dijo Adelai-  
da en el mismo tono, al paso que se veian en  
sus ojos lágrimas arrancadas por el resentimien-  
to y el ultraje del pudor, es una dicha para  
mí. Su Magestad debe protegerme, y yo im-  
ploro su amparo.

Estas palabras, pronunciadas en voz alta y  
con osadía noble, volvieron en sí á Julian, que  
hasta entonces habia estado como una estatua  
encantada. Acercóse á Adelaida, y habiéndole  
dicho al oído que tenia junto á sí quien la de-  
fendería con peligro de la vida, la rogó pusie-  
se toda su confianza en él. Adelaida, tomán-  
dole del brazo, trasportada de gozo y gratitud,  
derramó un torrente de lágrimas, que sucedie-

ron al ánimo antes mostrado, viéndose favorecida por el mismo, cuya protección prefería sobre la de todos los mortales. Consintió que Peveril la retirase con lentitud hacia atrás, y sin desprenderse de su brazo, procuraba esconderse detrás de él; en esta posición, sin hablar palabra; esperaron el desenlace de una escena tan singular.

A lo primero, pareció el rey tan sorprendido de la inesperada presencia de Buckingham, que no reparó en Adelaida, quien, sin querer, había traído el duque con tan poca ceremonia delante de su soberano al tiempo mas inoportuno. No era la primera vez que se presentaba en esta corte de intrigas el duque de Buckingham como rival de su señor, y así su temeridad era menos perdonable por esta vez. Las quejas y porte de Adelaida explicaban los designios del duque introduciéndose en este cuarto, y Carlos, bien contra su buen genio y el hábito que tenía de dominarse, se incomodó tanto con la tentativa de seducir una moza para él destinada, como un sultán del Oriente se hubiera resentido por la insolencia de un

visir que se le adelantara en apoderarse de una bella esclava. Coloreáronse las pálidas facciones del rey, y le dijo con voz entrecortada por la ira:— Buckingham, ¡no te hubieras atrevido á insultar de este modo á uno de tus iguales! Pero nada tienes que temer haciendo á tu señor tal afrenta, porque su rango no le permite desenvainar la espada.

No dejó el cortesano altanero la reconvencción sin respuesta.

— La mia, señor, nunca reposó en la vaina, dijo él con afectación, cuando importaba sacarla en servicio de Vuestra Magestad.

— Vuestra Señoría quiere decir en servicio de su dueño mismo, contestó el rey; porque mal se podía ganar la corona de duque sin pelear por la del rey. Pero ya se dijo todo. Yo te he tratado como amigo, como compañero, casi como á un igual mio, y tú me has pagado con insolencia é ingratitud.

— Señor, dijo el duque con firmeza, pero con respeto, siento infinito haber disgustado á Vuestra Magestad; pero me alegro saber que si puede conceder honores, no puede retirar-

los ni empañarlos. Es muy duro, añadió acerbándose al rey hablando de modo que no lo entendiesen los demas, es muy duro que las zalamerías de una chicuela puedan hacer olvidar en un instante tantos años de servicios.

—Es mucho mas duro tambien, replicó el rey en el mismo tono que conservaron ambos en el tal coloquio, que los lindos ojos de esa misma chicuela puedan hacer que uno de los primeros señores del reino olvide hasta tal punto la decencia que debe guardarse en una casa real.

—Me permite Vuestra Magestad preguntar, ¿en qué consiste esa decencia? dijo Buckingham.

Carlos se mordió los labios por no echarse á reír. — Buckingham, dijo él, obramos como locos rematados. No debemos olvidar que nos ven estas gentes, y que nos precisa conservar nuestra dignidad en tal escena. Yo te haré ver á parte la falta que has cometido.

—Es muy bastante, señor, que Vuestra Magestad haya tenido algun disgusto, y, haber

sido yo la causa, aunque no tenga porque reprehenderme sino de algunas palabras galantes, dijo el duque doblando la rodilla delante del rey, y imploro de vuestra piedad el perdon.

—Yo te le concedo, Jorge, dijo el principe, que con facilidad se aplacaba. Creo que tú te cansarás mas pronto de ofenderme que yo de perdonarte.

—Ojalá, dijo el duque, tenga Vuestra Magestad vida bastante larga para cometer la misma culpa, de que ha tenido á bien acusar mi inocencia.

—¿Qué quereis decir, milor? dijo Carlos volviendo á fruncir las cejas.

—Vos, señor, sois demasiado honrado para negar que acostumbrais pedir á Cupido flechas prestadas con que hacer la caza furtiva en las tierras de otros. Vuestra Magestad se apropió el derecho general de caza en los dominios de todos sus vasallos. ¿Deberia pues mostrar tanto descontento porque oye silbar una flecha junto á la cerca de su parque?

—Vamos, no hablemos mas de eso. Pero

veamos donde se ha refugiado la tórtola contra quien se habia desprendido la flecha.

— Mientras que estuvimos hablando, halló la Elena un Paris, señor.

— Di mejor un Orfeo, y lo peor es un Orfeo que tiene ya una Euridices. Ella se agarró al hombre de esta mañana.

— Eso es de miedo, señor, como Rochester, cuando se escondió en la caja de un contrabajo para que no le viera sir Dermot O'Cleaver.

— Duque, es menester que nos dé esta gente una prueba de sus talentos, y que nosotros les echemos á la boca un candado de plata, só pena de que no se hable en toda la ciudad mas que de esta tonta entrevista.

El rey, acercándose entonces á Julian, le dijo que tomase su instrumento, y que mandase á su compañera bailar una zarabanda.

— Ya he tenido el honor de decir á Vuestra Majestad que yo no soy músico, y que, de consiguiente, no puedo concurrir de ese modo al entretenimiento de Vuestra Magestad. Con respecto á esta joven, es...

— Criada de lady Powis, dijo el rey, sobre quien lo que no tenia relacion directa con sus diversiones, hacia muy poca impresion. ¡Pobre muger! no está muy á gusto en la Torre.

— Perdonad, señor, dijo Julian, pero yo he dicho que era criada de la condesa viuda de Derby.

— Cierto, sí, es verdad; de la condesa de Derby, que tambien tiene sus cuidadillos. ¿Sabes quien ha enseñado el baile á esta joven? Se parecen mucho algunos de sus pasos á los de Lejeune de Paris.

— Creo que aprendió á bailar en pais extranjero. En cuanto á mí, estoy encargado por la condesa de un negocio importante, y yo quisiera dar cuenta de él á Vuestra Magestad.

— Ya te enviaremos á la secretaría de Estado. Pero es necesario que esta bailarina, segun parece, enviada contigo, nos sirva otro plato de su oficina. Digo, Empson, me acuerdo que al son de tu caramillo bailó esta mañana. Vamos, comienza luego á dar movimiento vital á sus pies.

Obedeció Empson al instante, siguiendo el intento que se propuso, tocó mas de una nota falsa. El rey que tenía buen oído músico lo conoció al momento. — Picaron, dijo el rey en voz alta, ¿estás ya borracho, y tan de mañana? ¿Te atreves á olvidarte de tu deber en mi presencia? — Tú piensas que naciste para medir el compas; pero yo haré que le lleven sobre tus costillas. Dióse el músico por avisado, y tuvo buen cuidado de tocar de un modo digno de su fama. Pero la música no produjo la mas leve sensacion en Fenella, en cierto modo recostada junto á la pared del cuarto, pálida como la muerte, los brazos caidos, inmovil, y sin otra señal de existencia que el movimiento del pecho agitado, y algunas lágrimas que caian de los ojos medio cerrados.

— ¿Qué yerba pisaron ambas? dijo el rey, debe correr algun viento maligno. Vamos, hija mia, diviértete un poco. ¡Eras una ninfa, y te has vuelto una Niobé! ¿Quién te ha trasformado así? ¡Muy bien va! pues si siempre te estás así, te quedarás pegada á la pared como pieza de marmol. Oyes, Jorge, dime, ¿has

disparado tambien alguna flecha hácia este lado?

Julian puso la rodilla en tierra, sin dar tiempo al duque para responder, y le suplicó le oyera un instante. — Esta desgraciada joven, dijo, es, tiempo hace, criada de la condesa de Derby, y es sorda-muda.

— ¡Cómo diablos! ¡y baila tan grandemente! Vaya, vaya, ni todo el colegio de Gresham me harán creer tal disparate.

— Tambien lo hubiera yo creido imposible si no lo hubiera visto esta mañana. Pero, ¿no me permitirá Vuestra Magestad presentar la humilde peticion de la condesa?

— ¿Y quién eres tú mismo, joven, pues, aunque todo el que lleva gorra y saya tenga derecho de hablar al rey y de que él le responda, no creo que todos pueden reclamar el privilegio de que se le oiga por un enviado extraordinario.

— Yo soy Julian Peveril, señor, hijo de sir Geoffrey Peveril, del castillo de Martindale, que...

— ¡Por vida mia! ¡uno de los antiguos va-

hientes de Worcester. ¡Cómo diablos! me acuerdo de él muy bien. Pero pienso que le ha sucedido alguna cosa. ¿No ha muerto? ¿no está malo?

— Está muy á disgusto, señor, pero no enfermo. Le han puesto preso, acusado falsamente de haber tomado parte en la conspiracion.

— ¿Ves tú eso? yo estaba ya enterado de que le habia sucedido alguna cosa. Y con todo, no sé yo como sacar al bravo caballero de este atolladero. Apenas puedo escapar yo mismo de las sospechas de haber tomado parte en esta conspiracion, aunque digan tiene por objeto principal quitarme la vida. Si moviera yo un dedo para salvar un solo conspirador, me acusarian de cierto como cómplice. Buckingham, tú tienes algun crédito para con los constructores de esta bella máquina de guerra, ó por lo menos para con los que la han llevado. Muestra una vez bondad de alma, aunque no lo tengas muy de costumbre, é interviene en favor de nuestro amigo antiguo de Worcester, de sir Godfrey. ¿Tú no te has olvidado de él?

— No, señor, porque nunca oi ese nombre.

— Sir Geoffrey es lo que Su Magestad ha querido decir, milor, dijo Julian.

— Y, ¿aunque Su Magestad hubiera querido decir sir Geoffrey, señor Peveril? No sé lo que puedo hacer por su padre de vm. : le acusan de un crimen capital, y todo vasallo inglés, en ese caso, no puede alcanzar la proteccion de un principe ni de un par; es preciso que aguarde su sentencia ó su justificacion de Dios y de su patria.

— Perdónete el Cielo tu hipocresía, Jorge, exclamó el rey con viveza: tanto quisiera oír al diablo predicar de religion como al duque de Buckingham de patriotismo, tú sabes, tan bien como yo, que la nacion está en un acceso de fiebre ardiente, temerosa de esos pobres católicos que no salen á dos contra quinientos, y que el espíritu público está ya tan cansado de relatos de conspiraciones y de nuevos horrores referidos cada día, que ya no se distingue lo justo de lo injusto, como el que habla en sueños no sabe lo que es ó no razonable. Largo tiempo he sufrido este delirio. Yo he visto correr la sangre en el patíbulo, temien-

do que si me oponia, irritase aun el furor de la nacion, y pido á Dios que ni yo ni los míos seamos algun dia responsables. Pero ya no quiero dejarme arrastrar de un torrente que me ordenan detener mi honor y mi conciencia. Trato de obrar como soberano, y librar á mi pueblo, aun con disgusto suyo, del pesar que podrá tener algun dia de haber cometido nuevas injusticias.

Carlos andaba por el cuarto á pasos largos, expresando con una energia extraordinaria sentimientos excelentes. Despues de un corto silencio, le dijo el duque en tono grave:

— Eso es hablar como rey, señor; pero, perdone vuestra Magestad, no como rey de Inglaterra, al tiempo que pronunciaba el duque estas palabras, se paró Carlos á una ventana sobre White-Hall, y se inclinaron sus ojos sin querer hácia la fatal ventana por la que su desventurado padre habia salido para subir al suplicio. Carlos era bravo por caracter, ó por mejor decir, por temperamento; pero una vida pasada en los placeres, y el hábito de portarse con arreglo á circunstancias, mas que segun

principios de justicia, le hacian menos apto para hacer frente á la misma escena de peligros y martirios que habian puesto fin al reinado y vida de su padre. Y este pensamiento desvaneci6 la resolucion medio formada, como apaga la lluvia un fuego recién encendido. En cualquier otro principe su indecision pareceria ridicula; pero nada era capaz de hacer perder á Carlos la gracia y dignidad que le eran tan naturales, como su indiferencia y buen humor.

— Nuestro consejo decidirá este negocio, dijo él mirando al duque. — Y en cuanto á tí, joven, añadió volviéndose á Julian, está seguro que tu padre tendrá un intercesor en su rey, en todo cuanto me permitan las leyes intervenir para favorecerle.

Julian estaba ya para retirarse, cuando Fenella echándole una mirada expresiva, le metió en la mano un pedacito de papel en el que habia escrito de prisa, « y las cartas?... entreguelas vm. »

Julian, despues de haberse detenido un poco, reflexionando que muchas veces era Fene-

lla el órgano de la condesa, y que probablemente cumplía sus órdenes, se decidió á seguir su consejo.

— Señor, dijo, permítame Vuestra Magestad poner en sus manos estas cartas, que me ha confiado la condesa de Derby. Habiéndomelas robado ya una vez, no me queda esperanza en el momento de poderlas entregar á quien van los sobrescritos. Yo las pongo pues en vuestras manos, confiado en que sus contenidos comprobarán la inocencia de quien las escribió.

Tomólas el rey con una especie de repugnancia y dijo moviendo la cabeza: — Te has encargado de una comision peligrosa, joven: mas de cuatro veces han degollado á un mensajero para quitarle la correspondencia. No importa, las recibo. Mistress Chiffinch, dame lacre y una bugia encendida.

En tanto que obedecia el ama de la casa, Carlos las ponía bajo de una cubierta. — Buckingham, dijo el rey, te pongo por testigo de que no he leído estas cartas antes que pueda verlas el consejo. El duque se ofreció á dispo-

ner la cubierta; pero el rey persistió en hacerlo por sí mismo, y luego que acabó, la selló con su anillo real mientras que Buckingham se mordía los labios de despecho.

— Ahora bien, joven, dijo el rey á Julian, tu comision está concluida: á lo menos por la presente.

Interpretando Peveril con razon estas pocas palabras como una orden de retirarse, saludó profundamente y se adelantó hácia la puerta. Adelaida Bridgenorth, que se mantenía con la mano puesta en el brazo de Julian hizo un movimiento para seguirle. El rey y Buckingham se miraron como sorprendidos, pero manifestando ganas de reir, por lo extraño que les parecia se les arrebatara la presa que se disputaban poco antes, y por un tercero competidor incapaz de resistir á ninguno de ellos.

— Mistress Chiffinch, dijo el rey con una turbacion que no pudo disimular. ¿ Con que se va esta muchacha de tu casa.

— No por cierto, señor, contestó la señora.

Mi querida amiga Adelaida, vm. se ha equivocado. Esta es la puerta para ir á su cuarto.

— Perdone vm., señora, respondió Adelaida, me engañé ciertamente, pero fué cuando puse los pies en esta casa.

Buckingham echó al rey una mirada tan expresiva como lo permitía la etiqueta, y despues á Adelaida asida al brazo de Julian :

— Esta señorita errante, dijo él, no tiene gana de volver á equivocarse el camino; porque ha escogido un buen conductor.

— Y con todo eso, dijo el rey, muchas historias nos enseñan que tales conductores han extraviado mas de cuatro doncellas.

Adelaida se sonrojó, pero recobró toda su firmeza, viendo que su libertad dependería probablemente del uso de una resolución bien positiva. Abandonó por un sentimiento de delicadeza ofendida el brazo de Julian; pero hablando como estaba tomó la falda de la casaca.

— Sí, engañéme en el camino, dijo dirigiéndose á mistress Chiffinch, cuando pasé el umbral de esta casa, y la indignidad á que me

acabo de ver expuesta me ha determinado á salir de ella al instante.

— Eso no lo permitiré yo hasta que su tío de vm., que la puso bajo mi direccion, me libre de la responsabilidad.

— De mi cargo queda, señora, el responder á mi tío sobre mi conducta, y lo que importa mas, á mi padre. Vm. no puede impedirme que me vaya: yo soy libre, y vm. no tiene derecho para detenerme.

— Perdone vm., señorita, le tengo y haré que se me guarde.

— Eso es lo que quiero yo saber al instante, dijo Adelaida con firmeza; y adelantándose hácia el rey se postró á sus pies:

— Señor, dijo, siendo cierto que me hallo en presencia del rey Carlos, Vuestra Magestad es el padre de sus vasallos.

— Sí, de muchos de ellos, dijo aparte el duque de Buckingham.

— Reclamo vuestra proteccion, continuó Adelaida, en nombre de Dios, y del juramento que habeis prestado, cuando fuisteis coronado rey.

— Tienes mi proteccion, le dijo el rey algo confuso, al oír una invocacion tan solemne é inesperada; quédate tranquila en casa de esta señora, donde te han puesto tus parientes, y yo salgo garante de que ni Buckingham ni cualquier otro volverá otra vez á incomodarte.

El espíritu mordaz de contradiccion poseia de tal modo á Buckingham, que jamas podia resistir al deseo de decir un sarcasmo contra todo miramiento, y aun contra su propio interés. — Su Magestad, dijo él á Adelaida, la preservará á vm. de toda visita importuna, no siendo aquella que no puede llamarse importunidad.

Adelaida echó al duque una mirada penetrante, como para leer su pensamiento, y volvió despues los ojos al rey, como para ver si habia ella interpretado bien lo que acababa de oír. Vió en el rostro de Carlos una confusion criminal que la confirmó en la resolucion de marcharse. — Me perdonará Vuestra Magestad dijo ella; no es en este sitio donde puedo gozar de la proteccion que me dispensa; estoy resuelta á salir de esta casa. Si se me retiene,

será por violencia, y espero que nadie será tan atrevido que se valga de ella ante Vuestra Magestad. El señor á quien conozco mucho tiempo ha, me hará el favor de llevarme á casa de mi padre.

— Nosotros hacemos muy mal papel en esta escena, dijo el rey en secreto al duque de Buckingham. Conviene dejarla que se vaya: no quiero ni me atrevo á impedir que vaya en casa de su padre.

— Y si vuelve á ella, juro el duque interiormente, consiento, como decia sir Andrés, no tocar jamas la blanca mano de una bella dama. Dando entonces algunos pasos hacia atras, dijo algunas palabras por lo bajo á Empson, quien salió por un instante del cuarto y volvió á entrar casi al mismo tiempo.

El rey parecia indeciso sobre lo que hacer debia en circunstancia tan singular. El dejarse chasquear en una intriga galante, era exponerse á ser la fábula de toda su corte; insistir en ella por medios que se aproximaran á la fuerza, seria obrar como un tirano, lo que

tal vez no le disgustaba menos, por ser un modo indigno de un hombre bien nacido.

— Por mi vida, joven, dijo al fin, nada tienes que temer en esta casa; pero no conviene por miramiento á tu misma persona, que te vayas tan bruscamente. Espérate á lo menos un cuarto de hora, y tendrás á tu disposicion el coche de mistress Chiffinch para llevarte donde gustes. No quieras tener tú el disgusto de irte de ese modo, ni de darnosle á nosotros viéndote salir de la casa de un criado nuestro como si te escaparás de una carcel.

El rey hablaba en este momento con sinceridad y tan conforme al movimiento de un buen corazon, que Adelaida estuvo casi tentada por seguir su dictamen. Pero acordándose que debia buscar á su padre, á su tío, ó algun parage decente donde residir por el pronto si no los hallaba, se le ocurrió de repente que los criados de mistress Chiffinch no eran los conductores en quienes ella podia confiar. Hizo, pues saber con respeto, pero con resolucion, su intento de partir al instante. Añadió que no tenia necesidad de otra proteccion que la del

señor Julian Peveril, sugeto bien conocido de su padre, que se encargaba de ponerla en su poder, y que no necesitaba ni aun del señor Julian sino hasta este caso.

— A Dios, pues, en nombre del cielo, bella dama, dijo Carlos; siento mucho se junte tanta hermosura con tanta desconfianza. En cuanto á tí, Peveril, hubiera creído que tus propios negocios debieran ocuparte tanto que te quitasen el deseo de mezclarte en los caprichos del bello sexo. El deber de acompañar á una doncella extraviada por un camino bueno, es algo difícil, segun van las cosas en esta buena ciudad, para un joven sin experiencia.

Julian, no teniendo otra cosa mas sobre sí que alejar á Adelaida de un parage que comenzaba á reconocer plenamente como peligroso, no respondió á este sarcasmo, hizo con respeto un saludo, y salió con ella del cuarto. Su aparicion repentina, y la escena tan particular ocurrida despues, habian absorbido por el pronto la memoria de la condesa de Derby, y aun la de su padre; y en tanto que la confidente muda de la condesa se quedaba en la sa-

la, mirando en silencio, y en apariencia aturrida con todo lo que acababa de suceder, Peveril, ocupado totalmente en los intereses de Adelaida, se olvidó de esta joven desgraciada. Pero apenas se marchó sin pensar en ella y sin hacer atencion, cuando Fenella, haciendo como que despertaba de repente, levantó la cabeza estremeciéndose, y miró con ojos espantadizos alrededor de sí, en ademan de asegurarse de la salida de su compañero, sin cuidar de ella. Juntó las manos, levantó al Cielo los ojos, y se veía tal expresion de angustia en sus miradas, que Carlos creyó poder explicar las ideas trabajosas que se presentaban en su imaginacion.

— Este Peveril es un perfecto modelo de perfidia afortunada, dijo. No solo ha logrado á la primera vista robar esta reina de las Amazonas, sino que nos ha dejado tambien, á lo que me parece, una Arriana desconsolada en su lugar. No llores, ¡princesa mia de la agilidad y gentileza! Si no podemos llamar á Baco en tu auxilio, te confiaremos al cuidado de Empson que se halla en estado de apostárselas

al dios del vino, á quien beberá mejor, y yo seré el primero en poner á favor suyo.

Apenas habia el rey pronunciado estas palabras, cuando Fenella pasó por delante de él con su ordinaria ligereza; y, sin importarle si guardaba el respeto debido á la presencia del monarca, sin dirigirse á él de modo alguno, salió de la sala, bajó con ligereza la escalera, pasó por el patio, y se puso de pies en la calle. Carlos vió con mas sorpresa que disgusto su partida repentina; y despues de una carcajada de risa, dijo al duque de Buckingham: — ¡Cómo demonios es esto! Jorge, ¡ese joven pisaverde podría enseñar al mas sabio de nosotros el arte de apoderarse del corazon de las hermosas! tengo alguna experiencia en esta materia; pero jamas he podido lograr ganarle ó perderle con tan pocos cumplimientos.

— La experiencia es el fruto de los años, señor, dijo el duque de Buckingham.

— Es verdad, Jorge, repuso el rey, y tú, sin duda, quieres darme á entender que lo que se gana en experiencia se pierde en juventud. Pero yo me burlo de esta insinuacion, Jorge.

No eres tú mas fino que tu señor, tan viejo como le juzgas, ni en amor ni en política. No conoces tú el secreto de pelar la gallina sin que se queje, testigo fidedigno tu ocupacion de esta mañana. Te daré ventaja en todos los juegos, si, aun á la pelota, si te atreves á aceptar el desafío. Muy bien, Chiffinch, ¿por qué desfigurar tu linda cara forzando tus ojos á derramar algunas lágrimas rebeldes?

— Porque temo, respondió mistress Chiffinch en tono lloroso, que Vuestra Magestad no piense..., que no se imagine...

— ¿Que yo piense hallar agradecimiento en un cortesano, è imagine tenga buena fe una muger? replicó el rey haciéndole la mamola para hacerla levantar la cabeza; no, hija mia, yo no soy tan ridiculo.

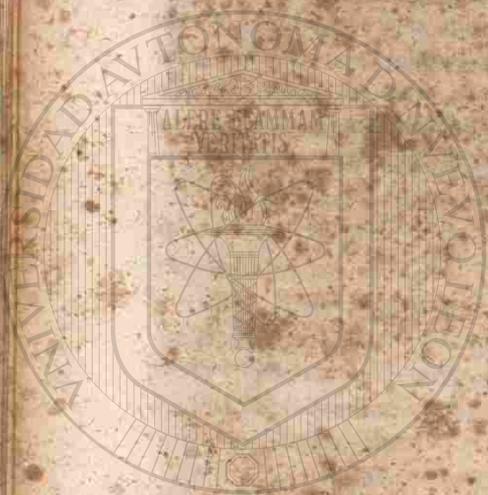
— Siempre lo mismo, dijo ella dando gritos, para reemplazar las lágrimas que no podia derramar; veo bien que Vuestra Magestad está determinado á echarme la culpa de todo, siendo tan inocente como el niño en la cuna. Me refiero á Su Señoria.

— Sin duda, sin duda, Chiffinch, dijo el rey,

Su Señoria y tú sereis excelentes jueces en vuestras causas respectivas, y cada uno de vosotros sereis en los negocios de uno y otro los mejores testigos. Pero, para instruir el asunto con imparcialidad, es necesario que os oiga yo por separado. Milor, te espero al medio dia para jugar á la pelota una partida, si se atreve Vuestra Señoria aceptar el desafío.

El duque de Buckingham saludó y se retiró.

JANU  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



## CAPITULO V.

Quando el espadachin se presentare  
El sombrero á los ojos ya calado,  
Y al pasar con el codo te da osado:  
Si tenaz aun el paso disputare,  
Tírale al arroyo que mas cerca pasare.  
Mas si con todo él te arroja,  
Guárdate, si acaso se te antoja.  
De formar por tan leve bagatela  
Quimera, ruña ó cosa que lo huela.  
GAY. Trivia.

Julian Peveril, llevando á Adelaida Bridgenorth, y sirviéndole de apoyo, habia llegado á la mitad de Saint-James-Street antes de pensar el camino que debia tomar. Preguntóla donde queria que la llevase; y supo con sorpresa y confusion que, bien lejos de saber don-

de hallar á su padre, ni aun podia decir si estaba en Londres, y que solo pensaba podia haber llegado, por algunas palabras que le dijo al despedirse de ella. Dióle las señas de su tío Christian, pero recelosa y como inquieta, acordándose de la muger á quien habia estado confiada; luego que, por algunas palabras, Julian se convenció de que el tío, Ganless y Christian eran un mismo individuo, la confirmó en su repugnancia de volver á ponerse bajo su proteccion.

— ¿Qué se ha de hacer?

— Adelaida, dijo Julian habiendo reflexionado un poco, es preciso que vais á buscar vuestra primer amiga, mi madre. No vive ahora en un castillo donde pueda recibiros, no tiene mas que una miserable vivienda, tan vecina de la carcel donde mi padre se halla preso, que parece forma parte de ella. Yo sé todo esto por informes que me han dado, pues no la he visto todavía en Londres. Sea como fuere su cuarto, vamos allá; bien sé yo que le partirá gustosa con una joven inocente y sin auxilio.

— ¡Válgame Dios! dijo la pobre muchacha,

¿con que tan abandonada estoy que necesito implorar la compasion de quien, mas que nadie en el mundo, tiene razones para negármela? Julian, ¿puede vm. darme tal consejo! ¿No hay otro parage donde pueda yo lograr asilo por algunas horas, hasta que pueda saber de mi padre? ¿No puedo hallar otra proteccion sino en aquella cuya ruina temo llegue á consumarse por... No, Julian, no me atrevo á presentarme á su madre de vm. Debe aborrecerme á causa de mi familia, y me despreciaría viendo mi bajeza. ¿Despues que se ha pagado tan mal su proteccion para conmigo, ir á pedirsela otra vez! No, Julian, no; no puedo ir con vm.

— Mi madre siempre ha querido á vm., Adelaida, respondió Peveril á quien seguia ella diciéndole que no lo haria, siempre se ha interesado por vm. y aun por su padre. Aunque nos ha tratado con bastante rigor, puede perdonar ella muchas cosas, porque tambien se ha visto muy provocado. Créame vm. que se hallará tan segura con ella como en poder de una madre. Tal vez podrá vm. misma contri-

buir á que se acaben las divisiones tan funestas para nosotros.

— ¡Dios lo quiera! dijo Adelaida. Pero, ¿cómo podré yo levantar los ojos para mirar á su madre de vm.? ¿Y podrá protegerme contra estos hombres tan poderosos, contra mi tío Christian? ¡Ah! ¿por qué debo llamarle mi enemigo, mi enemigo mas cruel?

— Ella tiene para defender á vm., respondió Julian, el ascendiente que debe tener el honor sobre la infamia, y la virtud sobre el vicio. No hay poder en la tierra, sino la voluntad de un padre, que pueda separar á vm. de sus brazos, si consiente tomar en ellos asilo. Veniga vm. pues, Adelaida, venga, y....

Al decir esto, sintió que le tiraban de la casaca sin ceremonia y con tanta fuerza que se volvió echando al mismo tiempo mano á la espada, pero luego vió que era Fenella. Las megillas de la joven muda estaban inflamadas, los ojos centelleantes, los labios comprimidos como para reprimir los gritos inarticulados que solia dar cuando alguna pasion violenta

la dominaba, y con los que hubiera llamado á si la multitud, tan luego como se oyesen. Y sin embargo era todo su exterior tan singular y su conmocion tan evidente, que la miraban todos al pasar, y se volvian despues de haber pasado para mirarla otra vez, tanto chocaban sus gestos expresivos, mientras que, teniendo con una mano á Peveril por la casaca, le hacia señal de un modo urgente, así como imperioso, de que le era preciso dejar á Adelaida Bridgenorth, é irse con ella. Tocó la pluma de su tocado para indicar la persona del conde, se llevó luego la mano al corazon para indicar la de la condesa; levantóla despues significándole así órdenes de su parte, juntó ambas manos dando á entender suplicaba tambien ella misma; por último, mirando á Adelaida de un modo que expresaba el enojo y el desprecio, hizo un gesto con la mano dándole á conocer era su deber abandonarla como un ser indigno de su proteccion.

Espantada Adelaida, sin saber por que, á la vista de gestos tan extraños, y teniendo siempre á Julian por el brazo, se le arrimó mas que

antes, y esta señal de confianza redobló al parecer la rabia de Fenella.

Hallábase Julian en un apuro terrible; ya era su situación bastante crítica, aun antes que las pasiones indómitas de Fenella se presentasen amenazando frustrar el único arbitrio que se le habia podido ocurrir. ¿Qué le queria esta muda? No le era fácil á Julian acertar hasta qué punto el destino del conde y de su madre podia depender de su docilidad en seguir los pasos de la muda; pero, de todos modos, resolvió no hacer nada sin proveer á la seguridad de Adelaida. Con todo, no quiso perder de vista á la muda, y á pesar del desden con que muchas veces habia rehusado tomarle por el brazo, logró por fin apaciguarla tanto, que llegando á desesperar de qué podria resolverle á irse con ella, se decidió á acompañarle donde él quisiese, y por fin le pasó la mano por el brazo derecho.

Caminando así Julian entre dos muchachas, ambas á dos capaces de llamar la atención aunque por diverso estilo, resolvió tomar el camino mas corto para llegar á la orilla del

agua, con el intento de tomar allí un barco que le llevase á Black-Friars, lugar de desembarco mas cercano á la cárcel de Newgate, donde presumia que Lance-Outram habia estado para informar á sir Geoffrey de su arribo á Londres, y donde lady Peveril participaba de su prision y se la suavizaba tanto como lo permitian los rigores del carcelero.

Costóle á Julian tanto trabajo atravesar por Charing-Cross para llegar á Northumberland-House, que hubo de llamar la atención de cuantos pasaban, pues que le era forzoso arreglar su paso de suerte que moderase lo rápido y desigual del andar de Fenella, sin dejar atrás á la otra compañera que iba con lentitud y timidez; y al paso que le hubiera sido inútil hablar á la primera porque no le oiria, tampoco le era fácil decir una sola palabra á Adelaida, temiendo excitar hasta el frenesí, si no los zelos, á lo menos la impaciencia de Fenella.

Mirábanlos con sorpresa muchos de los que pasaban, y algunos medio riéndose; pero Julian notó que nunca los perdian de vista dos hom-

bres á quienes su situacion y los modales de sus compañeras prestaban un motivo de broma, que no cuidaban disimular : eran dos jóvenes como los que hoy se ven por las cercanías del mismo sitio, excepto los vestidos. Llevaban estos una peluca grande, y estaban cubiertos con profusion de cintas anudadas en las mangas, calzones, y cuerpo de las chaquetas, segun la moda de aquel tiempo. El adorno de varios encages y bordados presentaban sus vestidos mas ricos que de buen gusto. En una palabra, parecian una especie de caricatura que, pasando mas allá de la moda, anunciaba algunas veces un joven de calidad atronado, ansioso de que le citen como petimetre del primer orden, aunque sea muchas veces el disfraz de los empeñados en pasar por gentes de gran tono á causa de los vestidos, ya que no tienen otro medio de distinguirse de la multitud.

Pasaron muchas veces de braceros estos dos monuelos por delante de Peveril; parábanse entonces para dejarle pasar, riéndose, cuchicheando durante tales maniobras, mirándole de hito en hito lo mismo que á sus compañe-

ras, y sin incomodarse de modo alguno para dejar, segun lo pide la buena educacion, el paso libre cuando se hallaban en contacto con ellos.

Peveril no advirtió desde luego esta impertinencia; pero se hizo ya demasiado grosera para no fijar su atencion, comenzó á remontrársele la bilis, y ademas de las incomodidades de su situacion, tuvo tambien que vencer el deseo violento de dar una vuelta de palos á estos presumidos resueltos á insultarle. Impionante sus circunstancias la necesidad de sufrir con paciencia y obrar como prudente; pero por último vino á serle imposible seguir por mas tiempo sus buenas inspiraciones.

Quando por tercera vez se vió precisado á pasar por delante de estos insolentes, le siguieron paso á paso hablando alto para que se los oyera, y en un tono que manifestaba les importaba muy poco.

— El mas alto de los dos, hombre de notable estatura, dijo con alusion al vestido sencillo de Peveril, nada correspondiente al lujo que reinaba por aquel tiempo en Londres:—

No es desgraciado este palurdo. ¿Dos muchachas tan bonitas encargadas á una casaca parada y un baston de encina!

— Mejor dirias á ese puritano, y peor aun, respondió su compañero. ¿No ve vm. el puritanismo en su modo de andar, y en su paciencia?

— Cabal como un cuartillo bien medido, Tom, replicó el primero. Isacar, es un burro corbado entre dos cargas \*.

— Como que me siento con gana, dijo Tom, de librar de una de ellas á este animal de orejas largas. Esa enana de los ojos grandes y negros, al parecer quiere deshacerse de su compañía.

— Es verdad, repuso el otro, y esta temblona de ojos azules parece que le gusta quedarse atras para dejarse caer en mis brazos.

Al oír esto, Adelaida, asiendo con mas fuerza que nunca el brazo de Peveril, redobló el paso casi hasta correr para retirarse de gentes cuyo lenguaje era tan alarmante, y Fenella

\* Cita de la Biblia en el estilo puritano. — Eó.

echó á andar mas aprisa que antes, por haberle causado los gestos y el porte de estos dos hombres tal vez el mismo susto que sus palabras habian inspirado á Adelaida.

Peveril, receloso de las consecuencias de una riña que debia necesariamente separarle de dos mozas que no tenian mas protector que él, apeló en socorro suyo toda la prudencia que le restaba para sofocar su resentimiento; y como estos dos impertinentes fastidiosos querian pasar otra vez adelante cerca de la escalera de Hungerford \*, les dijo con una tranquilidad forzada:

— Caballeros, doy á vms. muchas gracias por las atenciones que dispensan á un extranjero. ¿Podrán vms. decirme donde nos podremos volver á ver?

— ¿Y con qué intento, dijo el mas alto, Vuestra Gravedad Rústica, ó Vuestra muy grave Rusticidad, hace esta pregunta?

En tanto que hablaba de este modo, ambos

\* Escalera que conduce al Tamesis cerca del Strand. — Ed

se pusieron delante de Julian impidiéndole el paso.

— Baje *vm.* la escalera, Adelaida, dijo él, yo la buscaré dentro de poco. Desembarazándose entonces, no sin dificultad, de las dos compañeras que le detenían, se envolvió el brazo izquierdo á toda prisa con la capa, y dijo en tono altivo á sus antagonistas: — ¿Gustan *vms.* de permitirme pasar ó decirme como se llaman, caballeros?

— Ni uno ni otro haremos, sin saber con quien hablamos, respondió uno de ellos.

— Con uno que debe darles una lección para que aprendan á vivir, pues que les hace falta, y se adelantó bruscamente como para pasar por entre ellos.

Separáronse, pero el uno adelantó el pie á los de Peveril como si quisiera echarle la zancadilla para dejarle caer. Ya sentía Julian que le hervía en las venas toda la sangre noble, y le aplicó en las espaldas un buen palo con el baston de encina que habia motivado sus sarcamos; y tirándole largo de sí, echó mano á la espada. Los dos adversarios hicieron lo mis-

mo al momento, y le atacaron á un tiempo. Peveril paró con la capa el golpe de uno de sus enemigos, y quitó el que le tiraba otro. Tal vez no hubiera sido tan feliz al segundo; pero ya se habia oido un grito general entre los marineros: — ¡Vaya! ¡vaya! ¡es una vergüenza! ¡dos contra uno!

— Son gentes del duque de Buckingham, dijo uno de ellos: no convendrá meterse con ellos.

— Aunque fueran gentes del diablo, dijo un antiguo triton, blandiendo el palo de virar, yo digo que debe haber igualdad en todo, y ¡viva la vieja Inglaterra! yo los mataré de un palo á esos pícaros galoneados de oro si no se conducen con decencia con el del vestido pardo. Cuando caiga el uno, que se presente el otro.

El populacho de Londres ha sido notable en todo tiempo por el gusto que tiene de ver un combate, tanto á palos como á puñadas, y por la equidad imparcial con que vela para que todo se practique regularmente entre los adversarios. Estaba tan conocido el noble arte de la esgrima en esta época, que un combate á la espada excitaba tanto interés y tan poca

sorpresa, como una lucha á cachetes excita en nuestro tiempo. Formaron los espectadores un círculo al mismo instante, y Peveril con el mas alto de sus antagonistas, que era tambien el mas esforzado, colocados en su centro se entregaron bien pronto á un combate singular, en tanto que el otro habia sido echado fuera por los marineros, que no le permitieron mezclarse en la riña.

— Bien tirada, ¡patas largas! — ¡Bravo! — ¡Vivan las dos varas y cuarta! Estos eran los gritos excitados al principio del combate: porque no solo el enemigo de Peveril mostraba tanta destreza como fuerza y actividad, sino una ventaja notable á causa de la inquietud con que Julian procuraba ver á Adelaida casi á cada instante, pues que le inquietaba mas su seguridad que su misma vida; de suerte que tales distracciones le hicieron olvidarse un instante de que se trataba nada menos que de defender la vida: un arañazo que recibió al costado se lo recordó, castigándole su falta de atención; ocupado entonces en un negocio tan serio, y animado por su enojo contra este im-

portuno quimerista, dió bien pronto otra faz al combate, y se oyó gritar: — ¡Bravo, casaca parda! Mira si está forrado ese chaleco dorado. ¡Bien tirada! ¡Perfectamente quitada! Hazle otro ojal á su vestido bordado. Ahí está ya pellizcado. ¡Por Dios santo! Siguióse á esta última exclamacion un murmullo confuso de aplausos durante el cual Peveril, dando á buen tiempo una estocada, pasó la espada por el cuerpo de su antagonista. Miró por un instante á su enemigo caído, y volviendo en si al momento, preguntó que se habia hecho de la dama que le acompañaba.

— No piense vm. en ella, si vm. es avisado, dijo uno de los marineros. El condestable vendrá dentro de un minuto. Yo le haré á vm. atravesar el agua en un abrir y cerrar de ojos. ¡Por Nuestra Señora! En ello le va á vm. la vida. No le llevaré á vm. mas que un *jacobus*.

— Tú te condenarás como se condenó tu padre antes que tú, exclamó uno de sus rivales, es decir uno de su misma profesion. Por un

jacobus yo llevaré á Su Señoría á la Alsacia \*, y ni bailio ni condestable se atreverá á ir tras él.

— Pero, la señora, ¡miserables! ¡la señora! exclamó Peveril, ¿qué ha sido de ella?

— Yo llevaré á Vuestra Señoría donde no le fallarán mugeres, si es lo que le falta, dijo el viejo triton; y, en tanto que hablaba, se renovaron los clamores de los barqueros, deseando cada uno sacar partido de la situacion crítica en que Julian estaba.

— Un barquito será menos sospechoso para Vuestra Señoría, dijo un barquero.

— Una barca de dos remos os hará correr por el agua como un pato bravio, dijo otro.

— Pero no teneis *bamme* \*, camaradas, exclamó un tercero, y mi barca tiene uno donde Su Señoría estará tan bien escondido como si estuviese al fondo de la cala en un navío de alto bordo.

En medio del ruido y los clamores, ocasio-

\* Lugar de refugio que aun existia por entonces en Londres. Véanse las *Aventuras de Nigel*. — Ed.

\* Toldo de barco. — Eb.

nados por esta competencia, pues que cada barquero gustaba de asegurar este buen flete, logró por fin Peveril hacerse entender sobre que daria un jacobus no al que tuviese barca con mejores remos, sino al que le diera noticias de la dama que con él estaba.

— ¿Pero, ¿de qué dama habla vm.? le preguntó al fin un camastron, yo creo que habia dos.

— De las dos, respondió Peveril, pero lo primero, de la rubia.

— ¡Ah! replicó el mismo, ¿con qué es aquella que daba tantos gritos cuando el camarada del vestido bordado la hizo entrar en la barca número 20?

— ¡Qué! ¿cómo es eso? ¿quién tuvo el atrevimiento de hacerla entrar en una barca?

— Me parece que ya he dicho bastante á Vuestra Señoría sin haberme pagado, replicó el barquero.

— ¡Alma sórdida! dijo Peveril dándole una pieza de oro, habla pues, habla pronto ó te paso de una estocada.

— Quanto á eso, sepa Vuestra Señoría que

no tengo miedo, mientras que yo pueda manejar este palo de vira. Pero el trato es trato; y así le digo que el camarada del vestido bordado ha forzado á una de sus dos señoras, la de los cabellos rubios, y la hizo entrar de buena ó mala voluntad en la barca de Tom Tickling, y ya hace mucho tiempo que suben el Támesis, porque bogan con viento y marea.

— ¡Dios Omnipotente! ¿y todavía estoy aquí yo?

— Porque Vuestra Señoría lo quiere; ¿por qué no tomar una barca?

— Tiene vm. razon, amigo, sí, una barca pronto, pronto una barca.

— Al instante, señor, venga vm. conmigo. ¡Ola! Tom, ayúdame; Su Señoría viene con nosotros.

Dijéronse una porcion de imprecaciones el candidato preferido por el parroquiano Peveril y sus rivales chasqueados; — el viejo triton concluyó con decirle, levantando la voz por encima de los demas, que Su Señoría caminaba derecho á la isla de los Engañados, porque el astuto Jacobo se habia burlado de él. Que

el número 20 habia ido hácia York-Buildings.

— Déjale, dijo otro, llegará sin mucho trabajo á la isla de los Ahorcados; porque ya veo venir á uno que le excusará el viage por el Támesis, y le hará que aborde al puerto de las Ejecuciones.

En efecto, mientras que hablaba de este modo, se adelantaba hácia el borde del agua un alguacil acompañado de tres ó cuatro agentes con alabardas en hastas de madera parda, con que, por aquel tiempo, estaban armados los guardas de la tranquilidad pública, y al momento en que nuestro heroe trataba de poner el pie en la barca, le prendió al nombre del rey. Cualquier resistencia hubiera sido una temeridad y una locura, porque Julian estaba cercado por todas partes: desarmáronle pues, le llevaron delante del juez de paz mas cercano, para sufrir un interrogatorio y enviarle á la carcel.

El sabio magistrado ante quien se le hizo comparecer era de sana intencion, talento limitado y genio tímido. Antes que la conspiracion de los papistas esparciera la inquietud

por toda la Inglaterra, y con especialidad por la ciudad de Londres, el señor Maulstatute habia encontrado un placer no interrumpido, una satisfaccion tranquila en cumplir con franqueza y dignidad sus funciones de juez de paz, y habia gozado pacificamente de todas las prerrogativas de su autoridad imponente. Pero el asesinato de sir Edmundbury Godfrey habia hecho en él una impresion indeleble, y no se sentaba en el tribunal de Temis sino poseido de temor, desde este memorable y funesto suceso.

Teniendo este magistrado una alta idea de la importancia de su empleo, y una opinion aun tal vez mas elevada de la de su persona, no veia ya desde este tiempo mas que cuerdas y puñales, y nunca salia de su casa sin una tropa de alguaciles, que formaba en cierto modo la guarnicion de ella, sin persuadirse de que le espiaba un papista disfrazado y con un puñal debajo de la capa. Llegó ademas el caso de decirse por lo bajo que el respetable señor Maulstatute creyó ver una mañana en la persona de su cocinera echando lumbres para encender fuego, un jesuita con una pistola. Pero

si alguno hubiera tenido gana de reir al saber esta equivocacion, deberia haberlo hecho muy por lo bajo, porque se hubiera visto expuesto á que le acusaran de fautor y partidario de la conspiracion. Ciertamente, por excesivos y ridiculos que fuesen los temores del buen juez, estaban tan de acuerdo con el clamor general y la fiebre nerviosa que padecian todos los buenos protestantes, que se miraba al señor Maulstatute como al hombre mas intrépido, y el mejor magistrado, cuando, con el miedo del puñal que su imaginacion le representaba siempre amenazándole, continuaba administrando justicia en el local destinado á sus sesiones privadas, y algunas veces tambien en el de las del trimestre, custodiado por un fuerte destacamento de milicia. Tal era el Salomon á cuya puerta llena de cerrojos vino á llamar con misterio el alguacil que habia preso á Julian, dándose á conocer por una seña.

Pero á pesar de esta seña oficial, no se abrió la puerta hasta que el escribiente, que hacia las funciones de portero, practicó un reconocimiento por una rejilla, porque, ¿quien era

capaz de asegurar que los papistas no lograsen sorprender el secreto del alguacil, formar una patrulla supuesta é introducirse en la casa, só pretexto de traer un preso, para matar al digno magistrado? Se habian visto figurar en el relato de las conspiraciones de los papistas tramas no tan bien urdidas.

Verificado el reconocimiento, se quitaron las dos vueltas de la cerradura, se corrieron los cerrojos, se desenganchó la cadena y se abrió la puerta, pero nada mas que lo preciso para dejar entrar al alguacil y al preso, y se cerró sobre la marcha advirtiendo á los testigos, como gente que merecia menos confianza, que esperaran en el patio hasta que se los llamase por su orden.

Si Julian hubiera tenido humor para reir, de lo que dislabá mucho, no hubiera podido menos de hacerlo al contemplar el vestido del escribiente; habiase puesto por encima de la casaca de bucaran negro un correon ancho de piel de búfalo que servía de biricú á una espada larga, y para enganchar en él dos pistolas de arzon que llevaba. Un sombrero de gorro

aplastado ocupaba el lugar del casquete que llevaban los aprendices de la ciudad y completaba entonces el uniforme de un escribiente; pero este se habia cubierto los cabellos mugrientos con un almete de hierro mohoso, que habiendo hecho su papel en la batalla de Marston-Moor, tenia en su parte superior, figurando un penacho, su pluma terrible, ya que por la forma del almete no podia ponérsela detras de la oreja, segun era costumbre.

Este personaje grotesco llevó al alguacil, sus auxiliares y preso á la sala donde administraba justicia el venerable majistrado, cuyo exterior era mucho mas extraordinario que el de su escribiente.

Ciertos buenos protestantes que tenian de sí mismos una opinion tan alta que se creian mas que otros, el objeto contra quien se dirigian los golpes de los parricidas católicos, se habian provisto de armas defensivas en esta ocasion. Pero reconocieron bien pronto que una armadura de acero á prueba de bala, ajustada con corchetes de hierro, no era una envoltura

muy cómoda para el estómago de un hombre que gustaba de comer bien, y que una cota de malla ó aun de piel de búfalo impedía en la mesa los movimientos del cuerpo. Podíanse poner además otros reparos contra este uso, tales como el exterior amenazador, y la especie de señal de alarma que daba este vestido guerrero en la Bolsa y en otros parages donde se reunían los negociantes, dejando aparte las escoriaciones que resultaban y de que se resentían amargamente los que por no hacer parte de la milicia activa ni artillería, no estaban acostumbrados á llevar armadura defensiva.

Para obviar estos inconvenientes, y poner al mismo tiempo la persona de los buenos protestantes al abrigo de toda empresa de asesinato intentado por los católicos, habia imaginado cierto ingenioso artista, perteneciente sin duda á la respetable compañía de mercaderes buhoneros, una especie de armadura de la que no se ve hoy ninguna muestra ni en el arsenal de la torre de Londres, ni en la sala gótica de Gwynnap, ni en la preciosa coleccion de ar-

mas antiguas del doctor Meyrick \*. Llamábase armadura de seda, porque se componia de muchos tejidos dobles respunteados, unidos de tal modo y tan gruesos, que estaban á prueba de acero y de bala. Un gorro de la misma hechura, con caidas que cubrían las orejas, y se parecía mucho á un gorro de dormir, completaban el equipo, y hacían al que le tenía invulnerable desde la cabeza á las rodillas.

El señor Maulstatute, así como otros dignos ciudadanos, habia adoptado este singular atavío, ó armadura defensiva, que tenía la ventaja de ser tan suave y abrigada, como ligera y flexible. El señor Maulstatute era un hombre pequeño y redondo que, sentado en su poltrona, parecía tener almoadillas al rededor del cuerpo, en razon de los vestidos acolchados que llevaba como suplemento de precaucion. La nariz que le sobresalía por el casco de seda y la redondez de todo su individuo le hacían parecerse á la muestra del MARRANO ARMADO; semejanza que se hacia mas viva por el color jaro de su armadura defensiva, que imi-

\* Autor de un sabio tratado sobre las armas y armaduras.

taba el de los javalies de los bosques de Hampshire.

Contando el digno magistrado con su forro impenetrable, estaba sin ninguna inquietud, aunque no tenia á la mano su espada, su puñal y pistolas, que descansaban en una silla no lejos de su poltrona. Pero habia juzgado prudente dejar encima de la mesa un arma ofensiva que se veia figurar al lado de un enorme libro en folio de los comentarios de Coke sobre Littleton. Era una especie de manopla de faltriquera con un mango del fresno mas duro, de casi diez y ocho pulgadas de largo, á cuyo extremo estaba atado un garrote dos veces mas largo, pero ajustado al mango de modo que pudiese plegarse con facilidad. Este instrumento á que se dió por este tiempo el singular nombre de manopla protestante, podia esconderse fácilmente bajo de la casaca hasta que las circunstancias pidiesen mostrarle en público. Era otra precaucion contra toda sorpresa, y mejor que todas esas armas ofensivas y defensivas, una fuerte barandilla de hierro, á la altura del pecho que atravesaba toda la sala á dos pasos de

la mesa del juez y que separaba al magistrado del acusado.

Maulstafute tal cual acabamos de pintarle, quiso enterarse primero de las deposiciones de los testigos que de la defensa del acusado. Contóse brevemente el detalle de la disputa por algunos de los que la presenciaron, y al parecer hizo una profunda impresion en el ánimo del juez de la sumaria. Sacudió su gorro de seda cuando oyó que despues de algunas palabras que hubo entre los dos campeones, y que los testigos declararon no haber entendido bien, el preso habia dado el primer golpe y sacado la espada cuando la de su antagonista estaba todavia en la vaina; movió la cabeza de un modo mas particular cuando supo el resultado del combate, y se agitó enteramente su cuerpo cuando llegó á oír de boca de un testigo que, segun creia, el herido era de las gentes del duque de Buckingham.

— ¡Un respetable par! dijo el magistrado armado, ¡un verdadero protestante! ¡un amigo de su pais! ¡Dios se compadezca de nosotros! ¡Hasta qué exceso de audacia ha llegado

este siglo infeliz! Vemos muy bien y podíamos ver, aunque fuéramos ciegos, tan ciegos como un topo, de que ballesta salió esta flecha.

Púsose entonces las gafas, y habiendo dado orden para que Julian se adelantase, fijó en él la vista de un modo terrible, los ojos bajo los vidrios, cubiertos por el gorro perpunteado.

— ¡Tan joven y tan endurecido! exclamó él.

¡ Ah! que es un papista, y lo digo yo.

Peveril habia tenido bastante tiempo para pensar en la necesidad de que le pusieran en libertad, si era posible, y creyó entonces debía desmentir cortesmente la suposición caritativa del magistrado. — Yo no soy católico, le dijo él, yo soy miembro indigno de la iglesia anglicana.

— Tal vez es un protestante tibio, dijo el juez, porque hay muchos entre nosotros que hacen á paso lento el viaje hácia Roma, y que ya están á la mitad del camino. ¡ Hem! ¡ hem!

Peveril le aseguró que no era de este número.

— ¡ Qué es vm. pues? le preguntó el magistrado; porque para hablarle con franqueza, su

fisonomía de vm. no me gusta. ¡ Hem! ¡ hem!

Estos accesos de fosecilla seca estaban acompañados de un movimiento de cabeza por el cual queria el juez dar á conocer que acababa de hacer sobre el negocio en que se ocupaba, la observacion mas sabia, la mas sutil é ingeniosa, que se podia poner en planta.

Julian, irritado por todas las circunstancias que habian precedido y acompañado su detencion, respondió en tono algo altanero á la pregunta del magistrado. — Mi nombre es Julian Peveril.

— ¡ Dios nos ampare! exclamó el juez espantado; el hijo de ese malvado papista, de sir Geoffrey Peveril, de ese traidor que ahora está preso, y en vispera de que le juzguen.

— ¡ Qué se atreve vm. á decir, caballero! exclamó Julian, olvidando la situación en que se hallaba, moviendo la barandilla de hierro hasta cimbrarla.

Espantó al juez esta violencia de tal modo, que tomó su manopla protestante y sacudió un golpe hácia el preso para resistir contra lo que miraba él como un ataque premeditado. Pero

fuese por demasiada precipitacion, ó por falta de experiencia en el manejo de las armas, no le alcanzó, y los goznes de la manopla que jugaron, en razon de la fuerza del golpe que habia dado, hicieron se replegara la parte inferior con la superior, y vino á dar sobre el craneo del magistrado un golpe bastante fuerte para probar la solidez de su casco. A pesar de este preservativo quedó como aturdido por un instante, lo que atribuyó con demasiada precipitacion á un golpe que pensó le habia dado Peveril. Sus asistentes no confirmaron, á la verdad, la opinion formada tan fuera del caso, pero convinieron unánimes en que sin su intervencion pronta y activa, no seria facil saber el mal que hubiera podido hacer un hombre tan peligroso como el preso.

La opinion general de que tenia el designio de escaparse dando de golpes pareció entonces tan grabada en el ánimo de todos los espectadores, que Julian vió seria inutil tratar de defenderse. Por otra parte, conocia de demasiado que las consecuencias alarmantes y probablemente fatales de su reencuentro ha-

rian inevitable que le mandasen á la carcel. Contentóse pues con preguntar donde querian enviarle; y cuando se pronunció en respuesta la fatal palabra *Newgate*, tuvo á lo menos el consuelo de saber que por muy desagradable que pareciese tal habitacion, cubriria un mismo techo la cabeza de su padre y la suya, y que de un modo ú otro tendria tal vez la satisfaccion de verle: satisfaccion dolorosa, en medio de calamidades de toda especie que amenazaban á su familia.

Mostrando Julian mas paciencia de la que tenia, y no pudiendo lograr ni aun con un tono de suavidad que se le reconciliara el señor Maulstatute, dió al magistrado las señas de su casa posada, suplicándole permitiese á su criado Lance-Outram le trajera su ropa y dinero, añadió tambien que dejaba á disposicion del juzgado los demas efectos de su propiedad como sus armas, reducidas á un par de pistolas de camino, y sus papeles que solo eran notas de poca importancia. Acordóse entonces con mucha satisfaccion que los de la condesa de Derby estaban en poder del soberano.

Prometióle el juez tomar todo esto en consideracion, y añadió que, por su propio interés, debia haberse explicado antes con el tono de sumision y respeto que ahora, en vez de insultar la presencia de un magistrado, con modales que indicaban la malignidad, audacia, rebelion y asesinato de que estaban animados los papistas, y que sin embargo, como le reconocia por un muchacho de buen parecer, é hijo de una familia respetable, no queria fuese por las calles á pie y conducido como un miserable ratero, para lo cual le proporcionaria un coche.

Pronunció el señor Maulstatute la palabra coche con aquel tono de importancia propio de un hombre que, como dijo el doctor Johnson en una época mas próxima, conocia todo lo que vale el poder enganchar sus caballos á su coche.

Sin embargo, el digno magistrado no hizo á Julian el honor de mandar se le pusiera el pesado coche de familia con sus matalones flacos, que acostumbraban llevar el piadoso protestante á la capilla del puro y precioso señor

Howlaglass, para oír el jueves por la noche, una instruccion, y el domingo un sermonecito de cuatro horas. Se valió de un forlon de alquiler que, por este tiempo, eran de cuero, y aun raros, pues que acababan de inventarse, pero que prometian las mismas facilidades que los coches simones han prestado despues para toda clase de comunicacion inocente ó nociva, legal ó ilegal. Nuestro amigo Julian, mas acostumbrado á viajar á caballo que de cualquier otro modo, se vió bien pronto zambullido en uno de estos carruajes, acompañado de un alguacil y de dos guardas armados de pies á cabeza, siendo el punto donde debian depositarle, como ya dijimos, la antigua fortaleza de Newgate.



## CAPITULO VI

De nuestra carcel por cierto,  
Es el perro, ya se vé,  
Mas no te acerques; con tiento  
Y á lo largo obsérvale:  
No le enlades, que el tunante  
Saca tajada al instante,  
Y de sus mañas se vale.

*El perro negro de Newgate.*

Paróse el coche ante aquellas puertas espantosas, parecidas á las del Tártaro, excepto en aquello de que permiten á los encerrados por ellas salir muchas veces con honor y con seguridad, aunque á costa de las mismas inque-

tudes y trabajos que tuvieron que sufrir Hércules y uno ó dos semidioses de la mitología antigua para salir de los infiernos.

Apeóse del carruage Julian ayudado con mucho esmero por dos de sus compañeros, que tambien fueron asistidos en este oficio caritativo por dos ó tres llaveros llamados en su auxilio al son de una gran campana colocada á la puerta. No se tuvo todo este cuidado con Julian por librarle de dar un mal paso ú evitarle una caída, como se puede pensar muy bien, sino para impedir se escapara, intencion que no tenia de modo alguno. Acudieron algunos aprendices y ciertos muchachos de la vecindad que sacaban un provecho considerable de los nuevos parroquianos, que diariamente llegaban á la carcel con motivo de la insurreccion papista, y como, por consecuencia, eran zelosos protestantes, saludaron á Julian gritando: — ¡Mira! ¡mira! ¡un papista! ¡un papista! ¡Al diablo con el papa y sus partidarios!

Bajo tales auspicios se hizo entrar á Peveril por aquella puerta sombría desde donde tantas

gentes se despidieron del honor y de la vida cuando pusieron los pies en el umbral. La bóveda oscura por donde pasó le llevó por fin á un gran patio donde habia muchos presos por deudas, que se divertian en jugar á la pelota, á la gallina ciega y á otros juegos, á que les permitia jugar el rigor de sus acreedores, concediéndoles todo el tiempo necesario, al paso que los despojaba de los medios de trabajar honradamente para reparar sus pérdidas, y mantener sus familias que pedian limosna y se morian de hambre.

Pero Julian no debia formar parte de este grupo, constituido en la indiferencia por la desesperacion. Le guiaron ó, por mejor decir, le llevaron sus conductores por fuerza hácia una puerta baja y arqueada, muy bien cerrada con cerrojos y barras de hierro, pero que se abrió para darle entrada y que se cerró con esmero despues de haber entrado. Hicieronle atravesar despues dos ó tres corredores tenebrosos que se cruzaban unos con otros, y que á cada punto de interseccion estaban cerrados con puertas, unas de hierro y otras de encina,

guarnecidas con planchas de hierro y con clavos de cabeza gruesa. No se le permitió pararse sino en un sitio circular de corto espacio y en bóveda, donde venian á parar muchos de aquellos corredores, y que, con respecto al laberinto que acababa de recorrer en parte, se parecia al punto central de la tela de araña donde se fijan siempre los principales hilos del tejido curioso, obra de este insecto.

Iba todavía mas allá la semejanza, porque, en esta especie de sala artesonada, cuyas paredes estaban como entapizadas de mosquetes, alfanjes, pistolas, machetes y otras armas, así como también un completo surtido de maniotas y hierros de todas clases, colocado todo con mucho orden en estado de servicio, estaba sentado un hombre que se pudiera comparar con bastante exactitud á una araña muy gorda, en el puesto y en espera para echarse sobre la presa que cayera en su tela.

Habia sido en su origen este personaje un hombre robusto y muy alto; pero el mucho comer, y tal vez el poco ejercicio, le habian puesto como una bola, de modo que

no parecia lo que antes, sino como se parece un buey cebado para el matadero con el toro salvaje. No hay presencia mas insufrible que la de un hombre gordo que lleva grabado en las facciones el sello de un genio avinagrado. Parece haber desmentido el antiguo proverbio, y engordado bajo el influjo de pasiones las mas vergonzosas para la naturaleza humana. Puede pasar que hombre de genio alegre llegue á encolerizarse un poco; pero parece opuesto á la naturaleza que un hombre, amigo de regalarse bien, sea tétrico y brutal. Pues el entrecejo de este hombre, su tez blanquizca ó casi amarilla, sus miembros hinchados y sin proporcion alguna, su gran barriga y talla gruesa, hacian formar la idea de que, una vez introducido en esta posicion central, se habia puesto por *fas* ó por *nefas*, tan gordo como la comadreja de la fábula, que no pudo retirarse, porque no cabia, por ninguno de los senderos que comunicaban con su madriguera. Recordaba también al sapo que vive cautivo debajo de una piedra, como si extrajera todos los sucos nutritivos del aire fétido de los calabozos de que estaba rodeado,

y que hubiera sido pestilencial para cualquier otro. Cerca de este monstruo de obesidad, se veían libros grandes, cerrados con broches de hierro, libros de entrada y salida de este reino de la miseria donde él hacía el papel de primer ministro. Peveril se hubiera desanimado en otra situación que la suya contemplando el cúmulo de males contenidos en tales volúmenes; pero le ocupaban sus propias desdichas de un modo tan cruel, que no podía entregarse á reflexiones sobre materias generales.

Luego que el alguacil entregó al carcelero el auto de prisión contra Peveril, hablaron un poco en voz baja, ó más bien expresaron sus ideas, menos por palabras que por miradas, y por medio de aquel lenguaje mudo de señas que añaden el espanto del misterio á lo que se presenta ya harto terrible para un preso.

Las únicas palabras que Julian pudo entender con claridad, pronunciadas por el carcelero, ó, como le llamaban entonces, el capitán de la cárcel, fueron estas: — ¿ Otro pájaro que meter en jaula?

— Y que silbará el *Bello Papa de Roma*, me-

¡or que ningún mirlo de su pajarera de vm., respondió el alguacil en tono gracioso, pero que al mismo tiempo indicaba no separarse del respeto que á su gefe debía.

Conmoviéronse las facciones feroces del carcelero hasta poderse percibir una especie de sonrisa al oír la observación del alguacil; pero recobrando su semblante sombrío, fijó la vista en el recién venido, y pronunció con misterio, aunque á media voz, una sola palabra, pero muy expresiva: — ¡ La patente!

Julian Peveril había oído hablar de los usos recibidos en semejantes lugares, y había resuelto conformarse con ellos, para conseguir, si posible fuese, la gracia de ver á su padre, la que se prometía lograr con más facilidad, satisfaciendo la codicia del carcelero.

— Me hallo dispuesto, dijo él afectando tranquilidad, á conformarme con las costumbres del sitio en que, por desgracia, me hallo, no tiene vm. más que decirme lo que vm. quiere, y al instante quedará satisfecho.

Al decir esto, sacó el bolsillo, aplaudiéndose por haber guardado una suma considerable

de oro. Notó el carcelero el volumen segun sus dimensiones todas con una sonrisa involuntaria. Pero esta sonrisa no alteró, sino por un instante, su bigote y labio caido, porque se acordó al mismo tiempo del reglamento que, poniendo limites á su rapacidad, le prohibia tirarse de golpe sobre la presa como el milano, y apoderarse de todo á la vez.

Valióle á Peveril esta reflexion la respuesta siguiente que se le dió con seriedad.

— Hay diferentes precios, cada uno da lo que le parece. Yo no pido sino lo que me corresponde. Pero la cortesía merece pagarse.

— Y yo la pagaré si es posible lograrla, dijo Peveril, ¿cuánto, señor mio, cuánto?

Se dejaba ver algo de desprecio en el tono con que hablaba, y cuidaba tanto menos disfrazarle cuanto que observaba podia darle su bosillo, aun en la prision misma, una influencia indirecta pero poderosa sobre su carcelero.

El capitán de la prision la experimentaba, segun se veia, efectivamente, porque, mientras tanto que Julian hablaba, se quitaba involun-

tariamente un gorro viejo acolchado que tenia puesto; pero sus dedos, resentidos por haber tomado parte en un acto de deferencia tan poco acostumbrada, comenzaron á desquitarse rascando la nuca cubierta de canas, y él dijo con voz semejante al ruido que hace un perro gruñendo despues que ha ladrado á un forastero que manifiesta no tenerle miedo: — Hay diferentes precios. En la Pequeña-Conveniencia es una corona, este sitio es algo sombrío, pasa un albañal por debajo, y á muchos no les importa estar acompañados con gentes que, por la mayor parte, son rateros y ladrones. Despues hay otro parage llamado al lado del Amo, cuyo precio es una pieza de oro, y allí no hay ninguno que no tenga una muerte á su cargo.

— Dígame vm. el sitio mas caro, caballero, y pagaré lo que valga, dijo Peveril con sequedad.

— Tres piezas de oro vale el cuartel del Caballero, respondió el gobernador de este Tartaro terrestre.

— Allá van cinco, y póngame con sir Geof-

frey, dijo Julian echando el dinero en el bufete del carcelero.

— ¡Con sir Geoffrey! ¡Hem!.. dijo el alcaide como si hubiera reflexionado lo que oia. ¡Ah! ¡con sir Geoffrey! No es vm. el primero que ha pagado por verle, aunque nadie tan generosamente; pero tambien es probable sea vm. el último que le vea. ¡Ha! ¡ha! ¡ha!

Julian no comprendió bien el significado de estas exclamaciones entrecortadas que concluyeron por una carcajada de risa casi semejante al ahullido alegre del tigre cuando devora la presa, y no le respondió sino renovando la petición de que se le pusiera en el cuarto de sir Geoffrey.

— Si, si, dijo el carcelero, pierda vm. cuidado que yo le cumpliré mi palabra, puesto que parece sabe vm. lo que conviene mejor á su situacion y á la mia. Y, oiga vm. bien, Jem Clink le llevará á vm. los *darbies*.

— ¡Derby! exclamó Julian. Pues que el conde y la condesa....

— ¡El conde y la condesa! ¡Ha! ¡ha! ¡ha! dijo riendo el carcelero, ú, por mejor decir,

gruñendo, ¿qué se le ha metido á vm. en la cabeza? Sin duda que es un gran personaje; pero ahora está vm. en el reino de la Igualdad. ¿No sabe vm. lo que son los *darbies*. Aquí damos este nombre á las maniotas, mi querido joven, y si fuera vm. recalcitrante, podria añadir un excelente gorro de dormir de hierro, y aun un amigo de corazon para estrecharsele al pecho; pero no háy cuidado, porque vm. se ha portado como hombre de bien, y no llegaremos á tal extremo. En cuanto al negocio que le ha traído á vm. aqui, se puede apostar diez contra uno que será cosa de poco momento, lo mas muerte sin premeditacion, mas vale quemarse el meñique que torcerse el cuello, con tal que no haya nada de papistas, porque si ello es asi, yo no respondo de nada... Clink, lleva á Su Señoría. Echó adelante de Peveril un llavero de los que le habian traído á la presencia de este cerbero, y guardando un profundo silencio, le llevó por otro laberinto de corredores oscuros, á cuyos dos lados habia diferentes puertas, hasta que llegaron á la del cuarto que debia ocupar.

Caminando ambos por esta triste region hacia el llavero las reflexiones siguientes: —  
 ¡Preciso, es que tenga la cabeza á componer!  
 ¡Podia haber tenido el mejor cuarto de la carcel por la mitad menos y paga doble por tener parte en el tugurio de sir Geoffrey! ¡He! ¡he! ¡he! ¡he! ¡Es pariente de vm. sir Geoffrey? si es que puedo tomarme la libertad de hacer á vm. esta pregunta.

— Soy hijo suyo, respondió Peveril en tono brusco, pensando refrenar la locuacidad del parlanchin. Pero este se reia con mas gana.

— ¡Vm., hijo suyo! ¡linda historia! Vm. un joven de cinco pies y ocho pulgadas! Vm. hijo de sir Geoffrey. ¡He! ¡he! ¡he!

— Nada de impertinencias, dijo Julian, mi situacion no le confiere á vm. derecho para insultarme.

— No lo pretendo, respondió el llavero, reprimiendo la risa, tal vez porque se acordaba de que el bolsillo del preso aun no estaba vacío, si me rei, fué porque decia vm. que era hijo de sir Geoffrey. Sobre todo es cosa que no me importa. Sabio es el hijo que conoce á su

padre. Pero este es el cuarto de sir Geoffrey, y vms. pueden arreglar ese negocio de paternidad.

Al decir esto abrió la puerta é hizo entrar á Julian en un cuarto bastante limpio con cuatro sillas, una cama con ruedas y otros muebles.

Buscó Julian á su padre mirando por todo el cuarto, y se sorprendió pareciéndole vacío. Volvióse al llavero y reconvino colérico por haberle engañado.

—No, señor, respondió el agente subalterno, yo no le he engañado á vm. Su padre de vm., ya que vm. asi le llama, está escondido en algun rincon, no necesita mucho terreno; pero yo le haré parecer. ¡Hola! ¡he! Sir Geoffrey, salga vm. Ahí está, ¡he! ¡he! ¡he! Es su hijo de vm. que viene á verle. Es decir el hijo de su muger, porque no creo le habrá costado muy cara la hechura.

Peveril no sabia que pensar de la insolencia de este hombre. Mezclábanse con su enojo la sorpresa, la inquietud y el recelo de alguna equivocacion, y neutralizaba su efecto. Vol-

vió á mirar todo al rededor del cuarto, y al fin divisó en un rincon una cosa que parecia mas bien lio de paño carmesi que una criatura viviente. Al ruido que hacia el llavero pareció que recibia este objeto la vida y el movimiento; desenvolvióse poco á poco, enderezóse, y dejándose ver de pies á cabeza, con una capa color de escarlata. Presentóse á la vista de Julian y este le tuvo á lo primero por un niño de cinco años. Pero el eco firme de la voz, aunque un poco cascada de tan singular ente, le hizo ver al momento que se habia engañado.

— ¿Qué quiere decir todo esto, llavero? preguntó este sugeto extraordinario. ¿Por qué se me inquieta de este modo? ¿Trata vm. de hacer mas insultos á un hombre que siempre ha sido el blanco de la malicia de la fortuna? Pero yo tengo un alma capaz de luchar contra la adversidad: es tan grande como cualquiera de vuestros cuerpos.

— Sir Geoffrey, dijo el llavero, vm. sabe como deben portarse las gentes de cali-

dad, pero si vm. recibe á su hijo de ese modo...

— ¡Mi hijo! replicó el pigmeo; quien es el atrevido...

— Aquí hay un error muy grande, dijo Peveril al mismo tiempo. Yo preguntaba por sir Geoffrey...

— Este es, delante le tiene vm., joven, dijo el enano echando al suelo la capa, y presentándose con toda la dignidad que podian darle tres pies y cuatro pulgadas de altura. Yo he sido sucesivamente favorito de tres soberanos de Inglaterra, y ahora soy habitante de este calabozo, el juguete del bruto de su carcelero. Yo soy sir Geoffrey Hudson.

Aunque Julian no habia nunca visto á este personaje importante, no le costó trabajo venir en conocimiento de que era, segun la descripcion que le habian hecho, el famoso enano de Enriqueta Maria, el cual solo habia sobrevivido á los peligros de la guerra civil, á las disensiones particulares, al asesinato de su señor Carlos I, y al destierro de la reina su viuda, para sucumbir bajo el peso de una de-

nuncia como comprendido en la supuesta conspiracion de los papistas. Saludó al desgraciado anciano y, cuanto antes pudo, le explicó tanto á él como al llavero que él habia deseado ser compañero en la carcel de sir Geoffrey Peveril del condado de Derby.

—Vm. debió decir esto mismo, mi amo, antes de largar el oro, dijo Clinck, y hubiera vm. sabido que el otro sir Geoffrey, que es un hombre alto y canoso, ha ido ayer noche á la torre, y el capitán piensa que ha cumplido su palabra con ponerle á vm. en el cuarto de sir Geoffrey Hudson que es entre los dos la pieza mas digna de ver por lo curiosa.

—Hágame vm. el favor de ir y decirle á su amo como nos hemos equivocado y que yo quiero ir preso á la Torre.

—A la Torre, contestó el llavero; ¡he! ¡he! ¡he! La Torre es para los lores y caballeros. Y no para puros escuderos. ¿Piensa vm. que se puede ir allá por haber sacado á relucir la espada en las calles? No, no; es necesaria una acusacion en forma de alta traicion, y una orden de la secretaria de estado.

—A lo menos no quiero ser gravoso al señor, dijo Julian. No viene al caso que vivamos juntos pues que siquiera no nos conocemos. Vaya vm. á dar parte á su amo de nuestra equivocacion.

—No dejaria de hacerlo, si yo no supiera con certeza que ya está enterado de todo, respondió Clink haciendo un gesto con bellaquería. Vm. ha pagado para que se le pusiera con sir Geoffrey, y ya está vm. en su cuarto. El capitán le ha puesto á vm. en su libro como alojado en el cuarto de sir Geoffrey, y no borrará ni raspará por el mundo entero. Vamos sea vm. razonable, y voy á ponerle un par de grillos muy ligeritos, que no le incomodarán.

La resistencia hubiera sido inutil tanto como las reflexiones. Peveril, pues, cedió á la necesidad, y le pusieron un grillete á cada pie de modo que no le impedian pasearse por el cuarto.

Reflexionó Julian durante esta operacion, que el carcelero, habiéndose aprovechado de la equivocacion entre los dos sir Geoffrey, debia haber obrado como acababa de insinuarle Clink, es decir engañándole con pleno cono-

cimiento, supuesto que se le declaraba preso en el mandato con la circunstancia de hijo de sir Geoffrey Peveril. Visto que hubiera sido tan infructuoso como degradante hacerle otra petición, se sometió Julian á una suerte que al parecer no podía cambiar.

El llavero mismo se sintió conmovido en cierto modo al contemplarle joven, de buena planta, y tan resignado con su destino despues de pasada la efervescencia y que le causó el verse chasqueado.

Vm. parece un excelente mozo, le dijo él, y tendrá vm. tan buena comida y cama como pueda encontrarse en Newgate. Y vm., señor sir Geoffrey, que no gusta de los hombres altos, debe apreciar al señor Peveril, porque se halla preso á causa de haber abierto un ojal por los dos lados al perpunte de Jack Jenkins, primer maestro de armas y el hombre mas alto de Londres, exceptuando siempre al señor Evans, portero del rey, que le ha llevado á vm. en la faltriquera, como lo sabe todo el mundo, sir Geoffrey.

— Anda de ahí, gran pícaro, respondió el enano, yo no hago caso de tí ni mucho menos de lo que hablas.

Retiróse el pícaro haciendo un gesto y no se olvidó de cerrar las puertas echando los cerrojos.



## CAPITULO VII.

Eres tú, pues, el hijo de Tideo!  
La sangre del heroe tan honrado,  
Que en un cuerpo de pigmeo  
Tuvo corazon tan esforzado.

HOMERO. *Iliada.*

Hallándose Julian, ya que no solo, á lo menos en descanso por la primera vez en este dia fertil en tantos sucesos, se sentó en una silla vieja de encina cerca de una chimenea con enrejado, donde aun habia unas ascuas de carbon, y comenzó á reflexionar su situacion mi-

serable. Abatido por las inquietudes, y expuesto á mil peligros, tanto acordándose de su amor, y del afecto á su familia, como de los derechos de la amistad, todo le parecía semejante á la situacion del marinero rodeado por todas partes de escollos, y en el puente de un navio que no se deja ya gobernar por el timon.

Mientras que Peveril se abandonaba á un profundo sentimiento de que no podia librarse, su compañero de infortunio vino á sentarse al otro lado de la chimenea en una silla, y mirándole con seriedad, le obligó por fin, á fijar algun tanto su atencion en el ente singular tan ocupado en contemplarle.

Geoffrey Hudson, porque alguna vez nos dispensaremos añadir el monosilabo sir, que significa el grado de caballero, conferido á este por el rey como en chanza, y podria producir alguna equivocacion en nuestra historia, Geoffrey, digo, aunque era enano de la mas corta estatura, nada tenia de contrahecho en sus miembros, ni de imperfecto en su talla ni fisonomia. La cabeza grande, pies y manos largas, eran ciertamente desproporciones en

su cuerpo, y su talle era mas grueso de lo que piden las reglas de simetria. Pero el efecto que resultaba de todo esto era dar que reir sin causar disgusto. Si hubiese sido algun poco mas alto, se le habria tenido en su juventud por de buenas facciones; aun siendo viejo estaban muy marcadas y tenian expresion, de modo que la desproporcion entre la cabeza y el cuerpo era lo que las hacia parecer extrañas y singulares, efecto que aumentaban aun los bigotes que se habia dejado crecer hasta mezclarse con los cabellos canos.

El vestido de este raro personaje no estaba del todo libre de la inclinacion desgraciada, que tienen por lo comun los marcados por la naturaleza con alguna de formidad, á distinguirse, y por consiguiente á ridiculizarse, prefiriendo los colores vivos, y vestidos de una hechura particular y adornos que nadie lleva. Pero los galones del pobre Geoffrey Hudson y sus bordados, con todo lo demas de su elegancia, se habian deslustrado, manchado y usado con el aire atmosférico de la carcel, que habitaba desde que le acusaron por cómplice

en la conspiracion de los papistas. Este era el torbellino que todo lo arrastraba tras de sí, todo lo consumía; bastaba una acusacion hecha por la boca mas impura, para que sucumbiese aun el hombre de la reputacion mas bien fundada. Pronto se verá que habia en los discursos y opiniones de este desgraciado, cierta analogia con su gusto ridiculo en el vestir, porque lo mismo que la hechura y corte de su ropa ridiculizaban lo bueno de las telas y lo precioso de sus adornos, así tambien los brillos de su buen juicio y sentimientos honrados que se percibian, llegaban á ser ridiculeces por un tono de importancia que se daba, y por el temor que no podia vencer, de caer en desprecio por ser tan pequeño.

Despues que los dos compañeros de carcel se miraron un poco en silencio, el enano creyó que siendo el mas antiguo en el cuarto debia hacer los honores al nuevo huesped.

— ¡Caballero, le dijo suavizando el tono mas que la voz en tiple desagradable se lo permitia. Ya veo que vm. es hijo de un hombre que se llama como yo, de mi digno y antiguo amigo,

el bravo sir Geoffrey Peveril del Pico. Le aseguro á vm. que he visto á su padre en cierto paraje donde llovian los golpes mas que las onzas de oro, y para un hombre de estatura exagerada, que no tenia, como pensábamos los guerreros mas ágiles, algo de aquella ligereza y actividad que distingue á ciertos Caballeros de una forma un poco mas acerca, cumplia perfectamente sus obligaciones. Estoy muy gozoso de ver á su hijo, y, aunque sea por causa de una equivocacion, me alegro mucho que partamos este triste aposento.

Contentóse Julian con darle gracias por su cortesia, saludándole; pero habiendo Geoffrey roto la valla, entró á cuestionarle sin mas ceremonia.

— ¿Pienso que vm. no tiene destino en la corte?

Julian respondió que no.

— Ya me lo presumia yo; porque sin tener ahora empleo en casa del monarca, en su corte pasé mis primeros años, y en ella ocupé un puesto importante, y con todo eso cuando yo estaba en libertad, iba algunas veces al

levantarse el rey, como á ello estaba obligado, en razon de mis antiguos servicios, y habia contraido el hábito de observar en algun modo á los cortesanos que habia, á los buenos talentos escogidos, entre quienes se me contaba en otro tiempo. Sin tratar de hacerle una galanteria, Señor Peveril, puedo decirle que tiene una cara notable, aunque es vm. un poco grande como su padre; y creo que, si le hubiera visto en alguna parte, hubiera sido difícil que yo no le conociese.

Julian pensó que habria podido hacerle en segura conciencia igual cumplido; pero se ciñó á decirle que apenas habia visto la corte de Inglaterra.

— ¡Tanto peor! Es muy difícil que se forme un joven sin frecuentarla. Pero, tal vez se habrá vm. instruido en una escuela mas penosa? ¿Vm. ha servido sin duda....?

— A mi Criador, me parece, dijo Julian.

— Vm. no me entiende; yo hablo á la francesa. Quiero decir que ha sido vm. soldado.

— No he tenido aun esta honra.

— ¡Qué! ¿ni cortesano ni militar, Señor

Peveril! Su padre de vm. es reprehensible. Sí, por vida mia, es reprehensible, señor Peveril.

— ¿Cómo puede darse á conocer un hombre, distinguirse, sino por su conducta en paz y en guerra? Digole á vm., caballero, que en Newberry donde cargaba á la cabeza de mi compañía al lado del príncipe Ruperto, cuando, segun puede vm. haberlo oido decir, ambos fuimos vencidos por esos pícaros milicianos de Londres, hicimos cuanto podian hacer hombres, y creo que por tres ó cuatro minutos, despues de la derrota de los nuestros, su alteza y yo echamos abajo sus largas picas á cuchilladas; yo pienso ademas que los hubiéramos batido si no hubiese tenido un gran beruto de caballo zancas largas y una espada corta demas. En una palabra, nos vimos por fin obligados á volver grupa, y entonces, como iba á decirlo, los pícaros se alegraron tanto verse libres de nosotros, que comenzaron á dar gritos de contento: — He aquí el príncipe Robin y el gallo Robin que se marchan.... Sí, sí, no habia uno de esos tunantes que no me hubiese conocido bien; pero aquellos tiempos ya pa-

saron. ¿Y, donde le han educado á vm., joven?

— En casa de la condesa de Derby.

— ¡Dama muy respetable, á fe de gentil-hombre! He conocido á la noble condesa, cuando yo hacia parte de la casa de mi real señora Enriqueta Maria. Era el modelo de lo mas noble, leal y amable. Era una de quince bellezas de la corte á quien permitia yo me llamase *Piccolomini*\*, chanzoneta insulsa, alusiva á mi estatura que no era de las mas altas, la que, aun en mi juventud, me ha distinguido siempre del comun de los hombres. Hoy, la edad encorvándome me ha hecho perder algo, pero las damas siempre tenian gusto de chancearse conmigo. Puede ser que algunas hayan tenido cuidado de indemnizarme, no importa donde ni como, eso es lo que nunca le diré yo á vm., joven. Pero lo que caracteriza de bien nacido á un hombre es servir á las damas, y prestarse á sus fantasias, aun cuando se tomen demasiada libertad.

\* Nombre de un general, y palabra italiana que descompuesta dice hombrecito. — Ed.

Por muy abatido que se sintiese Peveril, apenas podia dejar de sonreirse mirando al pigmeo que le contaba sus historias con tanto agrado, y parecia dispuesto á servirse á sí propio de héroe, para proclamarse un modelo verdadero de galanteria y valor, aunque las armas y el amor pareciesen dos profesiones enteramente contrarias á sus facciones arrugadas y marchitas. Tenia sin embargo Julian un deseo tal de evitar todo motivo de disgusto á su nuevo compañero, que procuró darle gusto respondiéndole que sin disputa un hombre educado en las cortes y campos de batalla, como sir Geoffrey Hudson, sabia exactamente cuales eran las libertades que podia permitir y las que debia reprimir.

El caballero saltó con mucha viveza de su silla, se puso á llevarla á rastra no sin trabajo, al otro lado de la chimenea cerca de la de Julian, en señal de una cordialidad siempre en aumento, y habiéndolo conseguido, continuó en estos términos:

— Tiene vm. razon, señor Peveril, y yo he dado pruebas de ello en ambos casos. Si, se-

ñor, mi real señora Enriqueta Maria no tenia nada que pedirme que yo no estuviese pronto á ejecutar por complacerla; yo era servidor suyo á toda prueba, señor mio, tanto en la guerra como en una fiesta, tanto en batalla formada como en un banquete. A petición de Su Magestad condescendí una vez, caballero (vm. ya sabe que las mugeres tienen antojos extraños), condescendi, digo, á morar por cierto tiempo en lo interior de un pastel.

— ¡De un pastel! exclamó Julian algo sorprendido.

— ¡Sí, señor. ¡ Pienso que vm. no hallará nada de risible en mi condescendencia!

— No, señor; le aseguro vm. que no estoy ahora dispuesto para reir.

— Lo mismo me sucedió á mi cuando me ví preso en un pastelón de un tamaño poco ordinario, como puede vm. creer, pues que ni podía tenderme á la larga, y que me ví sepultado cierto modo entre paredes de cortezas gruesas y cubierto con una enorme tapa de pastelería de bastante dimension para escribir el epitafio de un oficial general ó de un arzobispo.

Caballero, aunque se tomaron las precauciones necesarias para darme respiracion, me parecia mucho á un enterrado en vida.

— Lo concibo, caballero.

— Por otra parte, señor mio, pocas personas estaban en el secreto, porque era una chanza imaginada por la reina para su diversion, y por contribuir á ella me hubiera metido en una cáscara de nuez, si hubiera sido posible. Pues, como decia, pocos sabian el secreto, y habia que temer algunos accidentes. Pensaba yo, cuando me hallaba en esta especie de tumba, lo muy posible que era me dejara caer algun criado poco diestro, como vi que sucedió con un pastel de caza. O que algun convidado hambriento no anticipara el momento de mi resurreccion, metiendo un cuchillo en la corteza. Y aunque tenia mis armas conmigo, joven, porque no las dejo en ninguna circunstancia peligrosa, si alguna mano temeraria se hubiese avanzado demasiado hácia las entrañas del pastel, mi espada y mi puñal hubieran podido vengarme ciertamente, pero no prevenir esta catástrofe.

—Cierto, tambien yo lo entiendo así, dijo Julian, quien comenzó á recelar que la compañía del habladorcillo no sirviese mas que para aumentar el disgusto de una carcel en lugar de aliviarle.

—¡Oh! ¡Oh! dijo el enano, volviendo aun al mismo asunto, tenia yo tambien otros motivos de aprension, porque le vino en gana el duque de Buckingham, padre del actual duque, por la plenitud del favor que gozaba en la corte, de mandar que se llevara el pastel á la cocina, y se pusiera en el horno; alegando muy fuera del caso, que estaria mucho mejor caliente.

—Y, ¿no turbó esta proposicion, caballero, su tranquilidad de alma?

—No lo negaré, amigo mio, la naturaleza tiene sus derechos, y el mas valiente de nosotros no puede desconocerlos. Pensaba yo entonces en Nabucodonosor y en su horno, y el miedo me hacia ya sentir los efectos del calor. Pero, Dios sea bendito, tambien cuidaba yo de mis deberes para con mi real señora, y esta idea me forzaba á resistir á toda tentacion de mostrarme antes de tiempo, y me daba

fuerza para ello. Sin embargo lor Buckingham, y si era por malicia pido al cielo que se lo perdona, fué tras el pastel hasta la oficina, y mandó con urgencia al cocinero que le metiera en el horno, aunque no fuera mas que cinco minutos; pero este hombre de bien y que lo sabia todo, resistió á obedecer la orden con valor varonil, y me presentaron sano y salvo en la mesa real.

—¿Y vm. no tardó mucho en librarse de la carcel?

—Si, señor, llegó por fin, puedo decirlo, este momento feliz y glorioso. Levantóse el ojaladre y yo salí del pastel al son de trompetas y clarines, parecido al alma de un guerrero llamado á dar su cuenta final, ó mas bien, si la comparacion no es demasiado audaz, como un campeón que ve deshacerse el encanto que le retenia. Entonces fué cuando el escudo al brazo y mi fiel espada en la mano, ejecuté una especie de danza guerrera, en la que mi ciencia y agilidad me hacian bastante amaestrado, desplegando al mismo tiempo actitudes de ataque y defensa de un modo tan

inimitable, que casi ensordecí con los aplausos de todos los que se hallaban alrededor de mí, y ahogado por el diluvio de agua de olor que todas las señoras de la corte me echaban con los frasquitos. Hallé también el medio de vengarme del lor Buckingham, porque al ejecutar una danza pirrica encima de la mesa, moviendo la espada en todas direcciones, le dirigí un golpe á las narices, una especie de tajo cuya destreza consiste en tocar muy por encima el objeto que al parecer se pretende alcanzar, pero sin maltratarle. Vm. habrá visto hacer lo mismo á un barbero con la navaja, le aseguro á vm. que retrocedió pie y medio lo menos de distancia. Tuvo el atrevimiento de amenazarme de que me partiría el craneo con el hueso de una pata de pollo, como se expresó con desden; pero el rey le dijo: — Jorje has hallado un Rolando por un Oliveros\*, y yo continué mi danza mostrando una indiferencia la mas grande á vista de su descontento, lo que no se hubieran osado hacer muchos en-

\* Es decir has hallado con quien hablar. Proverbio inglés que corresponde al castellano: donde las dan las toman. — ED.

tonces, aunque me veia animado por la sonrisa del valor y la hermosura. Pero, ¡ah! caballero, la juventud, sus placeres, sus locuras, sus pompas y altivez, son tan poco durables como la llama centelleante de un haz de espinos destinado á calentar una olla.

— La flor echada en un horno habria sido mejor comparacion, decia Peveril para sí; ¡Justo cielo! debe un hombre haber vivido bastante para echar de menos el no ser joven, que le traten como un pedazo de carne y le sirvan en un pastel.

Su compañero, cuya lengua habia estado tan presa desde cierto tiempo como su persona, parecia decidido á desquitarse de esta opresion, aprovechando esta oportunidad, para satisfacer su locuacidad á costa del compañero de carcel. Continuo pues en su tono magistral moralizando la aventura que acababa de contar.

— Los jóvenes mirarán sin duda envidiosos á un hombre, que se hallaba de este modo en el caso de ser el favorito y la admiracion de la corte.

Julian se disculpó enteramente de toda tentación de envidia.

— Y con todo eso, prosiguió Geoffrey Hudson, mas vale tener menos medios para distinguirse, y no verse expuesto á las calumnias, á pérfidas insinuaciones y al odio que van siempre con los favores de la corte. ¡Cuantos envidiosos se atrevían á darme rechifla porque mi talla difiere en poco de la ordinaria! Algunas veces tambien se burlaban de mi personas que yo debía respetar, y que no se hacian cargo tal vez de que una misma mano formó al rey-zuelo y la ayutarda, y que el diamante aunque pequenito vale diez mil veces mas que el granito. Sin embargo como no llevaban en ello mas intencion que chancearse, y como el deber y la gratitud no me permitian contestarles, me vi obligado á buscar medios de vengar mi honor á costa de los que no siendo de un rango superior al mio, es decir que eran criados ó cortesanos, me trataban como si fueran superiores á mí por su clase ó dignidad, tanto como lo eran por la circunstancia accidental de la estatura. Y como si hubiese sido esto una

leccion dada por la providencia á mi soberbia, y á la de los demas, sucedió que el banquete de que llevo hablado, y que miro con razon como la época mas honorífica de mi vida, no siendo acaso aquella en que tomé parte con el príncipe Ruperto en la batalla combatiendo á su lado, este banquete, vuelvo á decir, vino á ser causa de un suceso trágico que miro como la mayor desgracia que me ha sucedido desde que me conozco.

Hizo pausa entonces el enano, dió un gran suspiro que manifestaba su pesar, y continuó en el tono de importancia propio de la narracion trágica:

— Habria vm. pensado, joven, con la sencillez propia de su corazon, que nunca se podia haber hablado sino en honor mio de la bella fiesta que acabo de trazar, y que no se habria citado sino como una especie de mascarada imaginada con mucho ingenio, y todavia mejor ejecutada. Nada de eso. Los cortesanos, envidiosos de mi mérito, y del favor que disfrutaba, ejercieron sus talentos á mi costa, y no ballaron en esto sino motivos de escarnio.

En una palabra, se me llegaron á escaldar tanto los oídos con las alusiones á los pasteles, á los ojaldres y á los hornos, que oían por todas partes, que me vi precisado á prohibir este asunto de irrisión só pena de incurrir en mi desagrado. Pero habia en este tiempo un joven bien nacido, hijo de un caballero baronete, generalmente estimado, amigo mio particular, y de quien, por consiguiente, no deberia yo esperar esta clase de chanzas tan pesadas, que no sufriria mas segun lo tenia declarado. Con todo eso, una tarde que le hallé en casa del portero del rey, debo advertir á vm. que él habia bebido un poco de mas, como era muy malicioso, gustó de tocar otra vez esta materia tan repetida, y de decir con referencia á un pastel de oca, cierta expresion que no pude menos de reconocer como que hablaba conmigo. Sin embargo no hice mas que advertirle de su impertinencia con toda firmeza, pero con tranquilidad, pidiéndole que mudara de conversacion, si no queria probar los efectos de mi enojo. No hizo caso del aviso, continuó en el mismo tono, y agravó su falta llamándome reye-

zuelo, y haciendo comparaciones tan odiosas como inútiles; en cuya vista me vi obligado á enviarle un cartel de desafio y nos emplazamos. Como yo queria ciertamente á este joven, hubiera querido batirme con él á la espada, no siendo otro mi intento que escarmentarle con una ó dos heridillas de poca ó ninguna gravedad; pero él escogió la pistola; y habiendo venido á caballo al terreno indicado, sacó por arma principal uno de esos ridiculos instrumentos usados por los muchachos traviesos para echarse agua unos á otros un.... una.... no me acuerdo como se llama.

— Una geringuilla, dijo Peveril, que comenzaba á recordarse de haber oido hablar de esta aventura.

— Justamente. Es el nombre de ese ingenio de travesura, cuyos efectos he probado mas de una vez al pasar por la escuela de Westminster. Pnes bien, caballero, esta prueba de desprecio me puso en precision de hablarle en un tono que le fué indispensable servirse de otras armas de mayor importancia. Combati-

mos á caballo colocados á distancia convenida, y avanzando frente á frente uno contra otro, al dar cierta señal tiramos; y como yo nunca yerro el golpe, tuve la desgracia de matar del primer tiro al respetable señor Crofts. No desearia yo á mi enemigo mas cruel un sentimiento como el que yo fuve, cuando ví á este pobre joven tambalearse en la silla, caer del caballo, y teñir la tierra con su sangre. Pongo al cielo por testigo que hubiera querido volverle la vida perdiendo yo la mía. Así murió un joven valiente y de las mejores esperanzas, sacrificado á las bufonadas de que no supo abstenerse por falta de reflexion. Y sin embargo, ¡ah! qué podia yo hacer, pues que nos es tan necesario el honor para vivir como el aire que respiramos, y siendo así que se puede asegurar no vivimos si consentimos la mas leve mancha.

El tono dolorido con que contó este héroe pigmeo la última parte de su historia, dió á Julian mejor concepto de su corazon y talento, porque hasta entonces no habia podido concebir gran idea de un hombre que con-

taba como un honor le hubieran servido á una mesa en un pastel, concluyó de aquí que este campeoncillo se habia prestado á tan loca idea por la necesidad en que le tenia su situacion, por su propia vanidad y por la lisonja de los que trataban de divertirse á su costa. El destino del desgraciado Crofts y las diversas hazañas de este belicoso enano durante las guerras civiles, donde ciertamente mostró valor, y mandó una compañía de caballeria, infundieron un poco mas circunspeccion á los cortesanos en sus chanzas, chanzas tanto menos necesarias quanto que sir Geoffrey, cuando no las gastaban con él, rara vez dejaba él mismo de manifestarse ridículo.

A la una se presentó el llavero, fiel á su palabra, con una comida pasadera y un frasco de vino de bastante buen gusto, aunque un poco flojo para nuestros dos presos; y el viejo, que era amigo de comer bien, notó sonriéndose que el frasco era tan diminutivo como él. No se pasó la noche sin que Geoffrey diera nuevas pruebas de su locuacidad. Es cierto que su ta-

rabilla tomó otro caracter mas grave que el de la mañana.

Luego que se vació el frasco, principió una larga oracion en latin, y este acto de devocion fué una introduccion para discurrir sobre asuntos mas serios que los tratados antes de comer, y que no habian recaido sino sobre la guerra, el amor de las señoras y el brillo de la corte.

El caballerito arengó desde luego sobre puntos polémicos de teología, y no se apartó de este camino espinoso sino para hacer una excursion por los intrincados laberintos de la mística. Habló de inspiraciones secretas, de las predicciones que hicieron profetas sombríos, de los espíritus que avisan, de los secretos de los Rosa-Cruz, de los misterios de los cabalistas; cuyos asuntos trató con tal apariencia de conviccion y citando tantas veces su propia experiencia, que se le hubiera tenido por un miembro de la familia de los Gnomos, á quienes se parecia en lo pequeño.

En una palabra, perseveró tanto tiempo charlando, que Peveril resolvió hacer todo lo posible para lograr que le separasen de su

compañía. Luego que acabó el viejo todas sus oraciones vespertinas en latin, porque era católico, comenzó, mientras se desnudaba, otra historia, y no cesó de hablar despues de acostado hasta que le cerró el sueño los ojos lo mismo que á su compañero.



## CAPITULO VIII.

De los habitantes del aire  
Llamando ya á los mortales.  
MILTON. Comus.

Habiase dormido Julian mas ocupada la imaginacion en sus tristes reflexiones que en la ciencia mistica del caballero, y con todo eso, las visiones que le ofreció el sueño tuvieron mas relacion con lo que, sin querer, habia oido, que con los negocios mas importantes en que habia meditado.

Sonó que veía pasar rápidamente espíritus por delante de él, y que oía palabras inarticuladas que le dirigian fantasmas, que con las manos ensangrentadas le hacian seña para que avanzase, como á un caballero errante destinado á lúgubres aventuras. Mas de una vez despertó sobresaltado, tal era la impresion que le hacian estos sueños fantásticos; despertaba siempre con la idea positiva de que estaba alguno junto á su cama. El frio que sentia en los pies, el peso de los grillos, y el ruido que al moverse hacian le recordaban donde estaba y por que; los peligros, á que veía expuesto lo que mas amaba en el mundo, le hacian sentir un frio glacial mucho mayor que el producido en los pies por los grillos que tenia puestos. No podia volverse á dormir sin dirigir al cielo una súplica pidiendo su proteccion. Pero cuando por la tercera vez turbaron su reposo las mismas imágenes, se manifestó la conmocion de su alma por palabras, y no fué libre en exclamar: — Dios tenga misericordia de mí.

— Amen, respondió una voz suave, que al

parecer pronunciaba esta palabra muy próximo á la cabecera de su cama.

Era natural que pensara Peveril habia sido su compañero de infortunio Geoffrey Hudson quien habia respondido á una deprecacion adaptada á la situacion de ambos; pero el metal de la voz agradable, tan distinto del duro y aspero del pigmeo, le hizo concluir no ser él quien acababa de hablar. Se vió pues asaltado de un temor involuntario que no podia explicar, y no pudo, sin hacer un gran esfuerzo, hacer esta pregunta: — ¿Sir Geoffrey es vm. quien habla?

No respondió el enano. Repitió pues la misma pregunta, alzando mas la voz, y le respondieron en el mismo tono suave que antes diciendo:

— En tanto que yo esté aquí no despertará tu compañero. — ¿Y quien eres tú? ¿Qué quieres aquí? ¿Cómo has entrado? dijo Julian, amontonando las preguntas una sobre otra.

— Soy un ser infeliz, pero que te tiene afec-

to. Vengo para serte útil, lo demás no te debe importar.

Acordóse Julian entonces de haber oído decir que algunos tenían la rara habilidad de hablar como si partiera la voz del parage opuesto donde se hallaban. Creyendo haber penetrado el misterio respondió: — Esas chanzas no vienen al caso, sir Geoffrey. Hábleme vm. en el tono regular de su voz. Esos juegos de destreza no corresponden ni á esta hora de la noche ni á la prision de Newgate.

— Pero es lo que conviene mejor á quien te habla, contestó la voz, la hora es la mas triste de la noche; la morada es la mas terrible para los mortales.

Conmovido ya Julian por la impaciencia, y resuelto á satisfacer su curiosidad, saltó bruscamente de la cama pensando echar mano á quien le hablaba, y cuya voz le hacia parecer muy cerca; pero en vano le intentó, pues solo abrazó al aire.

Dió una ó dos vueltas por el cuarto á la ventura, buscando con los brazos abiertos, pero

sin lograr algo más. Consideró finalmente que, hallándose trabado con los grillos, era imposible poder echar á nadie mano sin que el ruido que para ello hiciera le descubriese, dando tiempo al que le hablaba para separarse de modo que no pudiera cogerle. Determinó pues volverse á la cama; pero se engañó con la oscuridad y fué á la de su compañero. Dormía el preso profundamente, segun lo probaba su respiracion sonora. Paróse Peveril un poco á escucharle, y se convenció de que su compañero era un adepto en el arte de prestigios, y el mas habil de los ventrilocuos, ó de que habia entonces en este cuarto bien cerrado una tercera persona, cuya presencia bastaba para hacerle creer que su naturaleza era de otra especie que la humana.

No era Julian de los inclinados á creer cosas sobrenaturales; pero este siglo estaba muy distante de no creer las apariciones, como el nuestro, y Julian podia muy bien admitir las preocupaciones de su tiempo sin dejar de tener buen juicio. Se le comenzaron á erizar los cabellos, entrándole un sudor frío. Finalmen-

te, llamó á su compañero en voz alta, y le pidió, por amor de Dios, que despertara.

— ¡Qué tenemos, respondió el enano en sueños, con que sea de día! Vaya vm. con mil diablos. Dígale al escudero mayor que no iré con él á caza si no me da la jaca negra.

— Dígole á vm. que hay gente en el cuarto, le gritó Julian. ¿Tiene vm. chismes para encender.

— Que importa que no sea la jaca fogosa, replicó el durmiente siguiendo siempre la misma serie de ideas que le trasportaba, sin duda, al tiempo en que hacia parte de los que cazaban con el rey en el bosque de Windsor: yo la haré andar, y sobre todo yo no peso mucho. Ya le digo á vm. que no quiero ese gran bruto caballo Holstein, que no puedo montar sin una escalera, y de modo que todos piensen estoy montado en un elefante.

Julian tomó el partido de asirle por el brazo y tirarle con fuerza despertándole al fin, y Geoffrey Hudson, medio roncando y bostezando, le preguntó algo enfadado qué diablos tenía.

— Sí, respondió Peveril, yo creo que ahora está en nuestro cuarto el diablo en persona.

Al oír esto, se santiguó el pigmeo, y levantándose muy apresurado, echó lumbres y encendió un cabo de vela, que decia estaba consagrado á santa Brigida, y tenia la virtud de ahuyentar los espíritus malignos de cualquier parte donde llegaba su luz, como la yerba llamada *fuga demonium*, y como el bigado del pez quemado por Tobias en la casa de Raguel; pero siempre con la condicion, añadió el enano circunspecto, de que hubiese diablos en otra parte que en la imaginacion de su compañero.

Por consecuencia, no bien se iluminó el cuarto con los rayos que salian del cabo bendito, cuando Julian comenzó á dudar de la evidencia de sus sentidos, porque no habia en el cuarto mas gente que él y Geoffrey Hudson, la puerta estaba tan bien cerrada, que parecia imposible hubiesen podido abrirla, y sobre todo cerrarla despues sin hacer un ruido que necesariamente debería él sentir, pues estaba paseándose por el cuarto mientras que quien

le hablaba debía tratar de retirarse, caso de que fuera criatura humana.

Julian observó por algun tiempo con tanta atencion como sorpresa la puerta bien cerrada y la ventana con las barras de hierro, comenzando en consecuencia á culpar á su imaginacion por haberle dado un chasco tan desagradable. No respondió cosa particular á las preguntas de Hudson, y habiendo vuelto á su cama en silencio, le oyó pronunciar un largo discurso de los méritos de santa Brigida, formado de casi todo lo que traia la leyenda, concluyendo por asegurar que, segun la tradicion conservada, esta grande santa fué una persona de la mas corta estatura, excepto la de las mugeres pigmeas.

Luego que acabó de hablar el enano, Julian, que habia experimentado el efecto soporifico de su discurso, volvió á dar un vistazo por el cuarto alumbrado aun por el cabo bendito, y cerrando los ojos, durmió tranquilo sin que nadie le inquietara en el resto de la noche.

Resplandecia la aurora en Newgate como en la montaña mas elevada sobre cuya cima pu-

diera plantarse un habitante del pais de Gales, ó una cabra montés, pero penetrando de un modo tan diferente los rayos del sol en esta morada del desconsuelo, que parecia estaban tambien presos.

Con todo eso, Peveril percibió la luz del sol, y se persuadió con facilidad de que todo cuanto habia oido por la noche era efecto de su aprension, y se sonrió de que cuentos ridiculos, tan semejantes á otros referidos á su presencia en la isla de Man, hubiesen podido hacer tan fuerte impresion en su ánimo, contándolos un hombre como Geoffrey Hudson en la soledad de una carcel.

Antes que Julian despertara, ya se habia levantado el enano, y estaba sentado á un lado de la chimenea, encendido ya el fuego; y habiendo puesto sobre él un pucherito, que le hacia dividir su atencion con un libro en folio, casi tan grande como él, y abierto sobre una mesa que tenia delante de si.

Estaba embozado en la capa de que ya hemos hablado, que le servia de bata, como preservativo del frio, y cuyo collarin le llegaba

por detras hasta el gorro. Lo singular de sus facciones, y ojos armados de gafas, mirando unas veces al libro y otras al puchero que poco á poco hervia, le hubiera hecho Rembrandt formar deseos de pintarle como un alquimista ó un nigromántico, ocupado en hacer algun experimento raro, consultando un manual grande de su arte místico.

El cuidado del enano, sin embargo tenia otro objeto mucho mas util, pues que preparaba una sopa muy sabrosa para desayunarse, convidando á Julian para que le acompañara. — Yo soy soldado veterano, dijo él, y aun debo añadir un preso veterano, y sé mejor que vm., joven, como salir del paso. Mala peste para ese picaro de Clink que ha puesto la caja de las especias donde no puedo alcanzarla. — ¿Me hace vm. el favor de dármela? Veala vm. sobre la chimenea. Yo le enseñaré á vm. á hacer la cocina, como dicen los Franceses; y entonces partiremos como hermanos, si vm. gusta, los trabajos de la carcel.

Julian convino sin detenerse en la propuesta amistosa del viejecito, y no le dió á enten-

der que no trataba de ser compañero suyo de cuarto sino poco tiempo. Lo cierto es que, aunque se hallara Julian enteramente inclinado á creer fuese una ilusion la voz que le habia parecido oír la noche anterior, estaba picado de curiosidad sobre como pasaria otra en el mismo cuarto. Por otra parte, el eco de la voz de aquel ser invisible que le habia infundido terror durante la noche, le excitaba una agitacion suave, un recuerdo que no tenia nada de incómodo, y que le causaba como un deseo de oírle de nuevo.

Los días pasados en una prision ofrecen pocos acontecimientos notables, el que siguió á la noche que acabamos de describir no presentó alguno. El enano dió á su compañero otro volumen como el que leia, y era un tomo de novelas olvidadas en el dia, y escritas por Scuderi, de quien Geoffrey Hudson era gran admirador, y que era por entonces de moda tanto en la corte de Inglaterra como en la de Francia, aunque tuvo el autor la habilidad de reunir en estos enormes en folios todo lo mas inverosímil y absurdo de las novelas antiguas de caba-

liería, sin lo bello de su viva imaginación; pero en desquite se leen allí todos los absurdos metafísicos que Cowley y los demás poetas de su siglo han acumulado tratando de la pasión del amor, metafísica que puede compararse con un gran montón de cisco echado sobre un fuego mal encendido, que le apaga en vez de conservarle.

Peró no tenía Julian mas alternativa que enternecerse al ver las pesadumbres de Artamenes y Mandana, ó meditar triste sobre su miserable situación, y en esta ocupación agradable se pasó la mañana.

A la una del día y al anochechar, recibieron nuestros dos presos la visita del llavero, que, con un semblante sombrío y avinagrado, les trajo el alimento ordinario, y les hizo, guardando el mayor silencio, los cortos servicios de que tenían necesidad, sin hablar mas que un oficial de la inquisición de España. Con la misma seriedad taciturna, muy diferente de la sonrisa que, por un instante, se le había notado la víspera, dió en los grillos algunos golpes con un martillo, para cerciorarse por

el sonido, de que no los había tocado la lima, y, subiéndose encima de la mesa, hizo la misma prueba en las barras de la ventana, concluyendo así la requisa.

Palpitábale entonces el corazón á Julian, y decía entre sí: — ¿No sería posible haber levantado uno de estos barrótes, de modo que se franquease la entrada al desconocido que nos hizo una visita la noche anterior? Pero el sonido claro y neto que cada uno de ellos dió cuando los tocó uno en pos de otro el martillo del vigilante Cliuk, fué para su oído tan experimentado una garantía la mas completa de que todo estaba en orden y seguridad.

— Seria difícil que alguno entrase por esta ventana, dijo Julian expresando en voz alta el pensamiento en que se ocupaba.

— Pocos pensarían en eso, respondió el llavero en un tono áspero, equivocándose en el sentido en que Peveril hablaba. Y yo puedo decirle tambien que seria tan difícil como salir por ella.

Retiróse, y llegó la noche.

El enano, que se había encargado de todos

los trabajos domésticos del día, se dió mucha prisa en arreglar todos los muebles del cuarto; apagó el fuego y puso en su lugar varias cosas que habian servido por el día. En tanto que hacia esto, hablaba alto consigo mismo, y siempre dándose importancia; ya diciendo que solo un soldado veterano podia tener la destreza necesaria para saber colocar cada cosa en su lugar; ya pareciendo todo admirado de que un cortesano de primera clase pudiera humillarse á echar mano de alguna cosa. En seguida, vino la repetición de sus oraciones; pero no le volvió la gana de hablar como la noche pasada despues que acabó este acto de devoción. Por el contrario, Geoffrey Hudson, mucho antes que Julian cerró los ojos, le probó, por un murmullo poco armonioso, hallarse ya en los brazos de Morfeo.

Julian estuvo largo tiempo despierto en medio de la oscuridad, y con deseo violento, que no dejaba de mezclarse con algun temor, de oír otra vez la voz misteriosa que le habló la noche antecedente; y no se interrumpió el curso de sus pensamientos, sino cuando oyó

dar las horas en el relox del Santo-Sepulcro, iglesia vecina de la carcel. Apoderóse al fin un sueño ligero de sus sentidos; pero no habia dormido mas de una hora, segun su parecer, cuando le despertó la misma voz, cuyos acentos habia esperado en vano antes de quedarse dormido.

—¿Puedes dormir? ¿Quieres dormir? ¿Te atreves á dormir?

Estas fueron las preguntas que le hizo la misma voz suave y melodiosa de la noche anterior.

—¿Quién me pregunta de ese modo? dijo Peveril; pero no importa, sean sus intenciones buenas ó malas, voy á responder: — Yo soy un preso inocente, y la inocencia puede, quiere y osa dormir con tranquilidad.

—No me hagas preguntas, volvió á decir la voz, y no trates de inquirir quien te habla; pero sabe que solo un loco puede dormirse entre la perfidia y el peligro.

—¿Y tú, que me hablas de peligro, puedes indicarme el medio de poder evitarle ó combatirlo?

— Mi poder es limitado. Sin embargo puedo hacer algo, como la luciernaga puede hacer ver un precipicio. Pero es necesario que pongas en mi tu confianza.

— La confianza engendra confianza. Yo no puedo concederla sin saber á quien y para qué.

— No hables tan alto, dijo la voz bajando el tono.

— Ayer, dijo Julian, me decias que mi compañero no despertaria en tanto que estuvieras aquí.

— Y hoy no respondo yo de que no despierte.

Oyóse al mismo tiempo la voz ronca y discordante del enano que preguntaba á Julian por que hablaba de ese modo, por que no dormía, y no dejaba dormir á los demas; en fin, si la vision de la noche anterior habia vuelto.

— Si dices que sí, dijo la voz en un tono tan bajo que Julian dudaba si era un eco de su mismo peasamiento, si pronuncias la palabra sí, me voy para no volver jamas.

En una situacion desesperada se recurre á

remedios extraños; y aunque Julian no pudiera calcular que suertes ventajosas podria ofrecerle tan singular correspondencia, no queria dejarlas escapar. Respondió pues al enano que habia despertado con un sueño medroso.

— Lo hubiera jurado segun el sonido de la voz en que le oi hablar, dijo Hudson. — Ahora pues, pregunto á vm., ¿no es extraordinario que vms., hombres demasiado altos, carezcan de aquella firmeza de alma que tenemos nosotros los vaciados en un molde que nos da una forma todavia mas compacta? Mi voz conserva su acento varonil en todo trance. El doctor Cockerell dice que los hombres, sea cual fuere su talla, tienen las mismas proporciones de nervios y fibras; pero que la naturaleza las hila mas gordas ó mas sueltas, segun la extension de la superficie por donde deben esparcirse. De aqui resulta que las criaturas mas pequeñas son, por lo comun, mas fuertes. Ponga vm. un escarabajo debajo de un candelero grande, y el insecto le hará moverse por sus esfuerzos para recobrar su libertad; lo que, para seguir la comparacion, viene á ser lo

mismo que si uno de nosotros hiciera bambolear, por semejantes esfuerzos, la cárcel de Newgate. Segun esto, los gatos y las comadrejas tienen los nervios mas vigorosos, y mas arraigados los principios vitales que los perros y carneros. Puede vm. notar, en general, que los hombres pequeños bailan mejor, y se cansan menos con los esfuerzos de cualquier género que sean, y puede ver tambien que los altos necesariamente se hallan como aplastados con el peso de su misma estatura. Le respeto á vm., señor Peveril, porque me han dicho que ha dado una leccion á uno de esos picaros gigantes que hacen de persona, como si su alma fuese mayor que la nuestra, porque su nariz se levanta hácia el cielo algunas pulgadas mas que la de los otros; pero, con todo eso, no debe vm. envanecerse por la victoria, como de una cosa muy extraordinaria. Conviene sepá vm. ha sido siempre lo mismo, y que la historia de todos los siglos nos presenta al hombre pequeño, listo, vivo, vigoroso y siempre mas fuerte que un antagonista gigantesco. No necesito mas que recordar á vm., en las escri-

turas santas, la caída célebre de Goliath, y de otro gambalua cuya mano tenia mas dedos, y la talla mas pulgadas que debe tener un hombre de bien, muerto á manos de un sobrino del rey David. ¡Cuántos otros podria yo citar á vm., si me acordase de sus nombres! Pero lo seguro es que todos eran Filisteos, porque puede vm. notar en la historia tanto sagrada como profana, que los tales gigantes son, por lo comun, hereges y blasfemos, opresores y salteadores, tiranos del bello sexo y rebeldes á la autoridad legitima, tales eran Gog y Magog, de quienes refieren nuestras crónicas auténticas haber sido muertos cerca de Plimouth por el valiente caballero Corineo, de quien el condado de Cornouailles ha tomado el nombre. Tambien Ascaparto fué vencido por Bevis, Colbrand por Guy, como Southampton y Warwick pueden dar testimonio. Tal fué tambien el gigante Hoel muerto en Bretaña por el rey Arturo. Y si Rience, rey de la parte setentrional del país de Gales, á quien mató el mismo príncipe, digno campeón de la cristiandad, no era lo que literalmente se puede lla-

mar un gigante, es evidente que no valia mucho mas, pues que se necesitaron para guarnecerle la capa veinticuatro barbas de reyes, y entonces se llevaban las barbas cuanto largas eran. Por consecuencia, calculando cada barba á razon de diez y ocho pulgadas, porque no se puede conceder menos á una barba real, y suponiendo que no se guarneci6 mas que lo correspondiente á los embozos, como lo hacemos cuando nos servimos del armiño, y que el forro del resto de la capa, en lugar de pieles de gato montés y de ardillas, se hubiese echado de barbas de duques y otras dignidades inferiores, veremos que... voy á formar el cálculo, y le daré á vm. el resultado mañana por la mañana.

Para el que no sea ni filósofo ni périto en hacienda, no hay un soporífero mas eficaz que un cálculo de números, y, estando en la cama, el efecto es irresistible. Durmi6se pues sir Geofrey calculando cual era la talla del rey Rience, segun la supuesta longitud de su capa. Si no hubiera venido á parar á este cálculo abstracto, no se puede saber cuanto tiempo

hubiera discurrido sobre la superioridad de los hombres pequeños, materia de tanta importancia para él que, por muy considerable que sea el número de relaciones de esta clase, nuestro enano habia reunido una relacion casi completa de historias romancescas ó verdaderas de victorias que contra los gigantes habian ganado.

Luego que los oidos de Julian le dieron pruebas no equivocadas de que se habia vuelto á dormir su compañero, escuchó con la mayor atencion, en la esperanza de oir de nuevo la voz misteriosa que le interesaba al tiempo que le sorprendia. Aun cuando Hudson hablaba, en lugar de prestar atencion á los elogios que hacia de los hombrecillos, tenia el oido alerta para que no se le escapara el menor ruido que pudiese hacerse en el cuarto, de modo que apenas creia ó le parecia posible volara una mosca sin oir el ruido que hacia con las alas. Con que si este avisador invisible era un habitante de este mundo, y el buen juicio de Julian no le permitia separarse enteramente de esta idea, no podia haber salido del cuarto, y

renovaría sin duda la conversacion. Pero se frustró la esperanza de Peveril: no le anunció, ni el mas pequeño ruido, la presencia del ser que le hacia visitas nocturnas, y parecia resuelto á guardar silencio, si todavia estaba en el cuarto.

En vano se sonó Peveril las narices, tosió, y probó de todos los modos posibles para dar á conocer que no dormia: todo fué inutil, y en fin se aumentó su impaciencia hasta tal punto que resolvió hablar el primero, esperando renovar la conversacion.

— Cualquiera que seas, dijo bastante alto para que le oyera un sugeto despierto, pero bastante bajo para no turbar el reposo de su compañero dormido, cualquiera que fueres y ser pudieres, pues que has manifestado algun interés en la suerte del desgraciado Julian Peveril, háblame mas, aunque tengas que hacerme saber la dicha ó la adversidad, y está seguro que me hallo dispuesto para sobrellevar uno y otro.

No se le respondió á una invocacion tan efi-

caz. Ni el menor ruido indicó la presencia del ser á quien la dirigia.

— Hablo en vano, dijo Julian, y tal vez invocó un ser extranjero á los sentimientos que animan á los hombres, ó que tiene un placer maligno en ver sus padecimientos.

Dejóse oír un leve suspiro medio contenido en un rincon del aposento, como si debiera servir de respuesta correspondiente á esta exclamacion, y desmentir la acusacion que expresaba.

Julian, naturalmente animoso, y comenzando á familiarizarse con su situacion se sentó en la cama, y extendió los brazos, como para proferir un nuevo conjuro. Pero como si los ademanes y la energía de Peveril le hubiesen hecho concebir algun sobresalto, exclamó la voz en un tono mas agitado que el oído hasta entonces: — No te muevas, estate quieto y sino callaré para siempre.

— Con que es un ser mortal el que está conmigo, dijo para sí Julian, como era natural. Es alguno que probablemente recela se le descubra, y por consecuencia tengo sobre él algun

ascendiente, aunque no debo emplearle sino con precaucion. Si tus intenciones son buenas, dijo, no hubo jamas un tiempo en que yo tenga mas necesidad de amigos, en que un servicio que se me haga haya merecido mas mi gratitud. El destino de todo lo que amo está en balanza, y yo compraria por el precio del universo todo la certeza de que nada tengo que temer con respecto á este asunto.

— Ya te dije que mi poder es limitado, respondió la voz. Puedo tal vez salvarte á tí, pero el destino de todos tus amigos no depende de mí.

— Házmele conocer á lo menos, dijo Julian, y, sea cual fuere, no temeré participar de él.

— ¿Y quién son esos cuya suerte tanto te inquieta? preguntó la voz temblando algun tanto, como si hubiera hecho con repugnancia esta pregunta, y como si temiera oír su respuesta.

— Mis padres, respondió Julian, despues de haber titubeado un poco, ¿cómo están? ¿cual será su destino?

— Están como la fortaleza bajo la que abrió

el enemigo una mina terrible. Los trabajos pueden haber costado años á los mineros, tantos eran los obstáculos que necesitaban superar; pero el tiempo trae la ocasion sobre sus alas.

— Y, ¿cual será el suceso?

— ¿Puedo yo leer en el libro del porvenir? no puedo juzgarle sino comparándole con lo pasado. ¿Quienes son los perseguidos por esos crueles é infatigables delatores, que por fin no han sucumbido bajo el peso de sus acusaciones? ¿Un nacimiento noble é ilustre, una vejez respetable, y una benevolencia universalmente reconocida, han podido salvar al desafortunado lord Stafford? ¿De qué le ha servido á Coleman su ciencia, su genio intrigante, el favor de que gozaba en la corte, y su puesto de confidente del heredero presuntivo de la corona de Inglaterra? ¿El talento, la sutileza y todas las diligencias de una secta numerosa han conservado la vida de Fenwicke, á Whitbread y algunos de los demas clérigos acusados? ¿La oscuridad de Groves, de Pickering y otros miserables, les ha servido de salvaguardia? Ninguna

condicion, ningun talento, ningun principio puede proteger á nadie contra una acusacion que iguala todos los rangos, que confunde todos los caracteres, que muda las virtudes en crímenes, y que mira los hombres como tanto mas peligrosos cuanta mas influencia tienen, aunque la hayan logrado del modo mas honorífico, y que no la hayan ejercido sino con rectitud. Acusa tú á quien te se antoje por cómplice de la conspiracion, haz que depongan contra él Oates ó Dugdale, y el menos previsor pronosticará el resultado.

— ¡Profeta de la desdicha! pero mi padre se cubre con un escudo que le hará invulnerable: él está inocente.

— Haga valer su inocencia en el tribunal de Dios: poco le servirá en el que preside Scroggs.

— Sin embargo nada temo, dijo Julian afectando mas confianza de la que tenia en realidad; la causa de mi padre se verá en presencia de doce jurados ingleses.

— Mejor seria que se viera delante de doce bestias feroces que de Ingleses poseidos del espíritu de partido, de las pasiones, las preocu-

paciones, y el terror epidémico de un peligro imaginario.

— Tus discursos son de mal agüero dijo Julian, y tu voz se puede poner en paralelo con la del mochuelo, y con la de la campana que toca á muerto. Háblame sin embargo, y dime si puedes, si... El queria hablar de Adelaïda Bridgenorth, pero no le fué posible pronunciar su nombre.

— Dime, continuó él, si la noble familia de Derby....

— Quédese sobre la cumbre de su roca como el pájaro del mar durante la tempestad, y tal vez podrá ser encuentre un asilo en ella. Pero hay sangre en su armiño, y la venganza la persigue muchos años ha, como un sabueso separado de la presa por la mañana, pero que aguarda cogerla antes de ponerse el sol. Además esta familia está en seguridad por ahora. ¿Te hablaré de tus propios asuntos, en que te va nada menos que la vida y el honor, ó de cierta persona cuyos intereses preferirías á los tuyos?

— Hay una persona de quien me separaron

ayer por violencia. Si supiera que se halla en seguridad, no me importaría nada la mía.

— ¡Una! ¡nada mas que una!

— Y esta separacion me arrebató toda la felicidad que podía prometerme este mundo.

— Quieres decir, Adelaida Bridgenorth, dijo la voz con la mayor amargura. No la verás mas: es preciso echarla en olvido. Tu vida y la suya dependen de esto.

— No puedo yo comprar la vida á tanto precio.

— Muere pues en tu obstinacion, respondió el ser invisible. Y todas las súplicas de Julian no pudieron lograr que pronunciara otra palabra en todo el resto de la noche.

## CAPITULO IX.

Un hombrecillo, es verdad.  
Mas lleno de vanidad.

ALLAN RAMSAY.

Estaba Peveril tan turbado por la partida del ente invisible que le visitaba, que le fué imposible disfrutar del sueño por bastante tiempo. Se prometió descubrir y entregar el demonio nocturno que no venia para interrumpir su sueño, sino con el intento de añadir hiel á

ayer por violencia. Si supiera que se halla en seguridad, no me importaría nada la mía.

— ¡Una! ¡nada mas que una!

— Y esta separacion me arrebató toda la felicidad que podía prometerme este mundo.

— Quieres decir, Adelaida Bridgenorth, dijo la voz con la mayor amargura. No la verás mas: es preciso echarla en olvido. Tu vida y la suya dependen de esto.

— No puedo yo comprar la vida á tanto precio.

— Muere pues en tu obstinacion, respondió el ser invisible. Y todas las súplicas de Julian no pudieron lograr que pronunciara otra palabra en todo el resto de la noche.

## CAPITULO IX.

Un hombrecillo, es verdad.  
Mas lleno de vanidad.

ALLAN RAMSAY.

Estaba Peveril tan turbado por la partida del ente invisible que le visitaba, que le fué imposible disfrutar del sueño por bastante tiempo. Se prometió descubrir y entregar el demonio nocturno que no venia para interrumpir su sueño, sino con el intento de añadir hiel á

la amargura de que estaba ya harto, y para envenenar heridas tan dolorosas. En su cólera le amenazaba con toda la venganza que le permitiese tomar el cautiverio. Resolvió hacer un registro mas serio y mas atento de todo el cuarto, de modo que descubriera el medio que empleaba para entrar el ser que venia con el intento de atormentarle, aun cuando la salida fuese tan imperceptible como el agujero de una carcoma. Si su registro venia á parar en nada, informaria de todo lo que se habia pasado al carcelero, quien no podria saber con indiferencia que sus calabozos no eran impenetrables. Veria en sus ojos si tenia noticias de estas visitas, en cuyo caso le denunciaria él mismo á los magistrados, á los jueces ú á la cámara de comunes; y este era el medio de vengarse mas suave de todos los que le sugeria el enojo. En fin el sueño y la fatiga pudieron mas que todos estos proyectos; y como sucede muchas veces, la luz del dia le hizo tomar resoluciones mas sosegadas.

Reflexionó entonces que no tenia ninguna razon positiva para atribuir á motivos de una

malevolencia manifiesta las visitas de aque-  
cuya voz habia oido, aunque no le hubiese  
dado mucho lugar para lisonjearse podria  
lograr de él algunos auxilios tocantes á lo que  
mas tomaba á pechos. Con respecto á él,  
habia encontrado una compasion verdadera,  
un interés bien decidido; si, aprovechándose  
de estos sentimientos, lograba recobrar su li-  
bertad, podria, en cuanto la hubiese alcanza-  
do, emplearla en servicio de aquellos, cuya  
situacion le inspiraba mucha mas inquietud  
que la suya.

— He obrado como un loco, dijo para con-  
sigo: hubiera debido temporizar con aquel en-  
te singular, para saber los motivos del interés  
que parece tomar por mi suerte, y procurar  
aprovecharme de sus socorros, si yo pudiese  
alcanzarlos sin que pusiera alguna condicion  
que el honor me prohibiese aceptar. Siempre  
hubiera tenido tiempo para rehusar su inter-  
vencion, cuando hubiese sabido á qué precio  
queria emplearla.

Hablando de este modo, formaba un plan  
para ser en lo sucesivo mas prudente en sus

relaciones con este ser desconocido, si su voz se dejase oír otra vez. Pero Geoffrey Hudson interrumpió sus meditaciones, declarándole que, habiéndose ocupado el día anterior en todos los cuidados que exigía su habitación común, á él le tocaba hacer otro tanto, durante el día que principiaba.

Peveiril no podía negarse á una petición tan racional, se levantó pues, y se puso á arreglar todo en su prision, en tanto que el enano, empingorotado en una silla, teniendo los pies á mas de seis pulgadas de tierra, tocaba con un semblante de languidez y gracia las cuerdas de una guitarra antigua, cantando canciones españolas, moriscas y francesas. Al fin de cada una, se la explicaba á Julian, ya traduciéndosela, ya refiriéndole la anécdota histórica que era su asunto. Aun cantó una que tenía relación con su propia historia y el accidente que le habia hecho entrar prisionero en Marruecos, despues de haber caído en manos de un corsario de Salé.

Esta época de su vida fué para Hudson una era fecunda en aventuras extrañas, y, si se le

debía creer, habia hecho prodigios de galantería en el serrallo del emperador. Pero, aunque hubiese pocas personas en estado de desmentirle formalmente sobre unas intrigas cuya escena era tan lejana, corria un rumor entre los oficiales de la guarnicion de Tanger, que el tirano moro, no sabiendo en que emplear un esclavo de aquella estatura, le habia forzado á guardar cama para empollar unos huevos de pava. La menor alusion á esta historia ponía á Hudson furioso, y el funesto éxito de su querrela con el joven Crofts, que habia pagado con su vida una chanza, hacia que se tuviese cuidado de no acalorar la bilis del pigmeo belicoso por burlas inconsideradas.

Mientras que Peveiril se ocupó en colocar los muebles en el cuarto, el enano se quedó muy quieto, divirtiéndose, como ya lo hemos dicho; pero cuando le vió principiar los preparativos del desayuno, saltó de la silla donde estaba sentado como un señor, con peligro de hacer pedazos la guitarra y de romperse los cascos, exclamando que prepararía el desayuno todas las mañanas hasta el día del juicio.

primero que confiar esta tarea importante á una mano tan novicia como la de su compañero.

El joven cedió gustoso este cuidado al caballero, y solo se sonrió cuando le oyó decir con seriedad que, aunque el señor Peveril no fuese mas que de mediana talla, era casi tan estúpido como un gigante. Mientras que ponía todo su conato en esta ocupacion esencial, Julian examinaba el cuarto por todas partes, y procuraba descubrir alguna salida secreta por donde se pudiese penetrar de noche, y que tal vez podria servirle para evadirse en caso necesario. Sus pesquisas al rededor de las paredes fueron inútiles; pero tuvo mejor éxito cuando dió una ojeada por el piso.

Muy próximo á su cama, y colocado de modo que hubiera debido percibirlo mas pronto sin la precipitacion con que habia obedecido á las órdenes de su compañero, estaba un billete cerrado cuyo sobre no llevaba mas que las iniciales J. P., lo que parecia asegurarle de que le estaba destinado. Aprovechó la ocasion de abrirle, en tanto que el enano estaba muy

ocupado con su sopa, y prestaba toda su atencion á un asunto que miraba, así como muchos hombres mas grandes y mas sabios, como una de las principales necesidades de la vida, de modo que, sin ser visto y sin excitar su curiosidad, leyó lo siguiente:

« Por imprudente é inconsiderado que sea vm., hay una persona que sacrificaría todo para librarle de su destino. Mañana deben trasladarle á la Torre, donde su vida no puede estar segura ni un solo día, porque, en las pocas horas que ha pasado en Londres, se ha hecho un enemigo, cuyo resentimiento no se amortigua con facilidad. No le queda mas que un arbitrio para salvarse, que es renunciar de A. B. y no pensar mas en ella, ó si esto le es imposible, mirarla solo como una persona que nunca puede vm. volver á ver. Si su corazon puede determinarse y abjurar un afecto á que jamas hubiera debido entregarse, y que no puede nutrir por mas tiempo sin locura, haga vm. conocer acepta esta condicion, poniéndose en el sombrero una pluma blanca, una cinta blanca, sea cual fuere el objeto de este color que

podrá procurarse. En este caso, un barquito irá á tropezar, como por acaso, con el que debe trasportarle á la Torre; en este momento de confusion, salte vm. en el Támesis, atravesese vm. el rio nadando, y salga vm. á tierra en la orilla opuesta, por el lado de Southwark. Allí le esperarán unos amigos para favorecer su evasion, y encontrará vm. una persona que perderia cuanto hay en el mundo y aun su vida, primero que sufrir le arrancasen un solo cabello, pero que no se acordará mas de vm. sino como de un insensato que merece perecer en su locura, si deshecha sus avisos. ¡Quiera el cielo inspirarle el solo partido que conviene á su situacion! Esta es la súplica mas fervorosa de la persona que, si así lo quiere, desea ser.

« SU AMIGO DESCONOCIDO. »

¡La Torre! Era esta una palabra que inspiraba terror, mas terror que una carcel ordinaria; porque, ¡cuantos recuerdos de muerte presentaba este lúgubre edificio! ¡Las ejecuciones crueles que habia visto bajo los reinados precedentes no eran tal vez tan numerosas como

los asesinatos secretos que se habian verificado en el recinto de sus murallas! Sin embargo, Peveril no vaciló por un instante sobre el partido que debia tomar. — Yo tomaré parte en el destino de mi padre, exclamó, solo pensaba en él cuando me trajeron aqui, no pensaré en otra cosa cuando me vea encerrado en este horrible lugar de arresto: esa es su morada y conviene tambien que sea la de su hijo. ¡Y tú, Adelaida, el dia en que renunciare de tí, tén-gaseme por un traidor y un cobarde! Lejos de mí, falso amigo, y sufra vm. la suerte reservada á los seductores y predicadores de heregias. No pudo menos de pronunciar estas últimas palabras en alta voz, tirando al fuego el billete que acababa de leer, con un aspecto tan violento, que hizo estremecer de sorpresa al enano. — ¡Qué dice vm. de quemar á los hereges, joven? exclamó; á fe mia! es preciso que su celo sea mas ardiente que el mio, para que hable así cuando los hereges forman la grande mayoría. ¡Quiero ser condenado á tener seis pie de altura, si los hereges no ganan! Cuidado con lo que se habla, amigo mio.

—No vale mirarlo despues de hablar, dijo el llavero, que habia entrado sin ser visto, abriendo la puerta con precauciones extraordinarias para no hacer ruido; además, el señor Peveril se ha conducido como un hombre de forma, y yo no soy un chismoso, con tal que tome en consideracion las penas que me he tomado para con él.

Julian no tenia otra alternativa sino aprovecharse de lo que el tunante le daba á entender, y de ganarle con algun dinero. Clink quedó tan satisfecho de su liberalidad, que exclamó:—Estoy apesadumbrado al verme en precision de despedirme de un joven tan generoso; le hubiera tenido de buena gana bajo el cerrojo veinte años; pero algunas veces los mayores amigos se ven precisados á separarse.

—¿Con que voy á salir de Newgate?

—Sí, señor: acaba de llegar la orden del consejo.

—¿Y van á llevarme á la Torre?

—¡Cómo! exclamó el llavero, ¿quién diablos se lo ha dicho á vm.? Pero, nada importa, pues que lo sabe, no hay porque ocultárselo. Con que, caballero, prepárese vm.

para partir al instante. Pero antes de todo alárgueme vm. los pies, para quitarle los grillos.

—¿Es esta la costumbre? preguntó Peveril estendiendo las piernas, en tanto que Clink le quitaba los grillos.

—Sí, ciertamente, los grillos son del capitán, y puede vm. presumir que no tiene gana de regalárselos al teniente de la Torre. Sus guardas deben tomar las precauciones necesarias, yo le respondo que no se llevarán nada de aqui. Pero si Su Señoría quiere partir con los grillos, como para excitar la compasion, podia ser que...

—No quiero presentar mi situacion peor de lo que es, exclamó Julian, y reflexionó al mismo tiempo que su correspondal anónimo debia conocerle muy bien, porque el plan de evasion que le habia propuesto, no podia ponerle á ejecucion sino un excelente nadador, y que estuviese muy al corriente de las costumbres de la carcel, pues que le hubiera sido imposible nadar si le hubiesen dejado los grillos. Lo que le dijo despues el llavero le sugirió nuevas conjeturas.

— Nada hay en el mundo que no estuviere pronto á practicar por un joven tan honrado, dijo Clink. Robaría por vm. una de las cintas de mi muger, si quisiera enarbolar el pabellon blanco en su sombrero.

— ¿Para qué? preguntó Julian, cuya imaginacion, al mismo instante que le hacia el llavero la proposicion, le recordó la señal antes indicada en la carta que habia recibido.

— Yo no sé nada, sino que lo blanco segun dicen es el emblema de la inocencia, respondió Clink, y, que culpable ó sin culpa, todos gustan de parecer inocentes. Pero, ¿qué importa sea uno culpable ó no, todo consiste en saber si se encontrará esta palabra en la declaracion de los jurados?

— Es bien extraño, pensó Peveril, aunque al parecer, hablaba el llavero naturalmente y sin doble sentido, que todo parece combinado para que tenga buen éxito el plan de evasion, si quiero consentirle. ¿Y no soy yo injusto rehusándome á ello? El que hace tanto por mi debe ser mi amigo, y un amigo no puede in-

sistir en la ejecucion de condiciones injustas que se me imponen como precio de mi libertad.

Pero solo vaciló un instante, y se mantuvo firme mas que nunca en su primera resolucion. Se acordó de que, cualquiera que fuese quien facilitara su evasion, correria necesariamente grandes peligros, y que, de consiguiente, tenia derecho á prescribir las condiciones bajo las cuales consentia exponerse. Tambien hizo memoria de que la falsedad fué siempre una bajeza, exprésese por palabras ú por acciones, y reflexionó que, mostrando la señal pedida como prueba de su renuncia de Adelaida, era mentir tanto como si renunciara de ella en términos los mas expresos, sin tener la intencion de guardar su promesa.

— Si quiere vm. servirme, dijo á Clink, procúreme un pedazo de seda negra ú de gasa negra para el uso de que vm. habla.

— ¿Un pedazo de gasa negra, exclamó el llavero, ¿qué significaría eso? Los guardas de la Torre que van á conducirle á ella le tomarian

por un limpia chimeneas del primero de mayo \*.

— Esto será una prueba de mi profundo sentimiento, dijo Julian, y de mi resolucion definitiva.

— Como vm. guste, señor, replicó el llavero, encontraré con facilidad algun guiñapo negro de cualquier tela que sea. Y ahora es preciso partir.

Julian le respondió que estaba pronto, y se adelantó hácia Geoffrey Hudson para despedirse de él. No se separaron sin sentimiento de una parte y otra; fué mas penoso sobre todo para el pobre caballero, que habia concebido un afecto enteramente particular al compañero de que le privaban.

— A Dios, mi joven amigo, le dijo levantando las dos manos para tomar la de Julian, lo que le daba el aire de un marinero que tira una

Dia de la fiesta de los limpia chimeneas en Inglaterra. Recorren las calles, cubiertos con vestidos bizarros, y bailando al son de los instrumentos. — Ep.

cuerda para alzar una vela : muchos en mi lugar se considerarian ultrajados, viendo que los dejan en una carcel como esta, aunque sean antiguos servidores del rey, y hayan llevado las armas por él, al paso que vm. va á morar en una mucho mas honorífica. Pero, gracias á Dios, no le envidió la Torre; no le envidiaria ni aun las rocas de Scilly, ni el castillo de Carisbrook, que tuvo el honor de servir de carcel al bienaventurado martir el rey, mi antiguo amo. A cualquier parte que deba vm. ir, le deseo todas las distinciones de una carcel honorífica, y de salir de ella tan pronto como quiera Dios. En cuanto á mi, mi carrera está por acabar, porque sucumbo martir de la demasiada susceptibilidad de mi corazon. Hay una circunstancia de que le hubiera dado parte, mi buen señor Julian Peveril, si la Providencia nos hubiese permitido tener una amistad mas larga; pero esta confidencia no conviene en el momento actual. A Dios pues, mi joven amigo, y testifique vm. en vida y en muerte, de que Geoffrey Hudson desprecia los reveses y las persecuciones de la fortuna, como despre-

ció muchas veces los sarcasmos malignos de un estudianton.

Al decir estas palabras, volvió la cabeza cubriéndose el rostro con un pañuelito, en tanto que Julian experimentaba cierta sensacion tragicómica, por la que al mismo tiempo se excita la compasion en favor del objeto que la produce, y una tentacion de risa que no se puede resistir. Al fin el llavero le hizo seña que le signiese. Julian obedeció al punto, y dejó al inconsolable compañerito en su triste soledad.

Cuando Julian iba tras su conductor por entre las numerosas revueltas de este laberinto de miserias, Clink le dijo: — Este caballerito Geofrey Hudson es un abispado, y en cuanto á la galanteria un verdadero gallo de Bandam, viejo como es. He conocido una gallarda que le habia hecho morder el cebo; pero seria dificil adivinar lo que queria hacer con él, á menos que no tuviese intencion de conducirlo á Smithfield, y hacerle ver por dinero en un teatro de muñecos.

Animado Julian por esta franqueza, le pre-

guntó, si sabia por que iban á trasladarle á la Torre.

— Para enseñarle á ser cartero del rey sin autorizacion, respondió Clink.

No habló mas, porque se acercaban entonces al formidable punto central donde estaba tendido en una poltrona el comandante de la fortaleza, al modo del enorme Boa que cubre, segun dicen, con sus pliegues monstruosos, los tesoros subterranos de los rajahs del Oriente que guarda. Miró Julian con semblante sombrío y descontento, como el avariento mira la guinea de que tiene que separarse, ú el perro hambriento el hueso que dan á uno de sus camaradas. Volvió las hojas de su libro fatal de entradas y salidas para tomar razon sobre el traslado del preso, refunfuando entre dientes: — ¡ A la Torre! ¡ á la Torre! ¡ Sí, es preciso que vayan todos á la Torre! Ahora es la moda. ¡ Ingleses libres en una carcel militar, como si no tuviésemos aquí cerraduras ni cerrojos! Espero que el Parlamento tomará en consideracion todo este trabajo de la Torre; esto es cuanto se me ofrece decir. Por lo demas, el joven no

ganará nada en el cambio, tengo este consuelo.

Acabando al mismo tiempo este acta oficial de registro y su soliloquio, hizo seña á los subalternos para que se llevaran á Julian, quien recorrió de nuevo los corredores oscuros que atravesó al entrar, y le condujeron hasta la puerta de la carcel. Allí encontró un coche de alquiler que debía llevarle hasta las orillas del Támesis, escoltado por dos alguaciles.

Le esperaba en la orilla un barco á cuyo bordo habia cuatro guardas de la Torre. Sus antiguos guardianes remitieron su persona á los que se hacian responsables en su lugar; pero Clink, el llavero, con quien habia hecho un conocimiento particular, no se despidió de él, sino despues de haberle remitido el pedazo de gasa que le habia pedido. Julian se le puso en el sombrero, en tanto que los guardas de la Torre cuchicheaban entre sí: — Está muy apresurado en tomar el luto, dijo uno de ellos; haria mejor en esperar que tuviese motivos para ello.

— Otros le tomarán tal vez por él antes que

tenga tiempo de tomarle por nadie, respondió otro de estos funcionarios.

A pesar de estos dichos por lo bajo, la conducta de estos nuevos guardianes para con él era mas respetuosa que lo habia sido la de los satelites de Newgate, y se hubiera podido llamar una cortesía fatal. Los empleados de las cárceles ordinarias eran, por lo general, groseros, porque trataban con pícaros de toda especie; pero los de la Torre solo estaban encargados de guardar criminales de Estado, es decir gentes que, por su nacimiento y fortuna, tenian derecho para esperar miramientos y los medios de recompensarlos.

Sin embargo Julian no dió mas atencion á este cambio de guardas que á la escena tan hermosa como variada que ofrecia á su vista el bello rio en que navegaba. Un centenar de barquitos, cargados de personas atraidas por el placer ú los negocios al Támesis, pasaron á poca distancia. Julian no los miraba sino con la esperanza, mezclada con algo de enfado, de que el ente que habia querido desquiciar su fidelidad por la oferta de su libertad, veria,

por el color de la señal que llevaba, cuan determinado estaba contra esta tentacion.

Era el instante de la plea mar, y un gran barco, que remontaba con rapidez el rio á vela y remo, se dirigia tan directamente hácia la que llevaba á Julian, que, al parecer, queria abordarle y volcarle.

— Preparar las carabinas, exclamó el gefe de los guardas de la Torre. ¿Qué quieren hacer estos pícaros?

Pero la tripulacion del barco grande, al parecer, reconoció su error; porque, de repente, mudó de direccion, y llegó al medio del Támesis, desde donde los marineros de cada bordo se desahogaron echándose unos á otros un monton de maldiciones.

— El desconocido ha guardado su palabra, pensó Julian, y yo tambien la mia.

Ademas le pareció que oia, al tiempo que los dos barcos se acercaban, una especie de gemido ú de grito ahogado; y cuando pasó el momento de confusion, preguntó al guarda mas próximo á él si sabia quien estaba en aquel barquito.

— Unos marineros de algun navio de linea que vienen á hacer locuras en el agua dulce, respondió el guarda; á lo menos lo supongo, porque solo ellos pueden ser bastante desvergonzados para tener la osadia de abordar una barca del rey, y estoy cierto no intentaba otra cosa el tunante que tenia el timon. Pero es posible, caballero, que sobre esto esté vm. mejor informado que no yo.

Esta insinuacion le quitó á Julian la gana de hacer nuevas preguntas, y guardó silencio hasta que hubiese llegado la barca bajo los sombríos bastiones de la Torre. Entonces pasó esta por debajo de un arco bajo y tenebroso, cerrado, por el lado de la fortaleza, con la puerta bien conocida, llamada puerta de los Traidores; era esta una reja con gruesas barras de hierro, por la que se podian ver los guardas y centinelas de planton, y el sendero escarpado que conduce desde el rio á lo interior de la ciudadela. Por esta puerta, cuyo nombre viene de esta costumbre, es por donde se hace entrar de ordinario en la Torre á las personas acusadas de alta traicion, ofreciendo

el Tamesis un medio secreto y silencioso de trasportar allí los personajes, cuya caída hubiera podido excitar la compasion, ú la popularidad dar que temer demasiada conmocion entre el pueblo. Ann cuando no hubiese habido motivo alguno para este temor, evitaban así turbar el sosiego de la ciudad, excusándose de pasar un preso seguido de guardas por las calles mas frecuentadas.

No obstante esta costumbre, dictada por la política, debe haber helado muchas veces el corazon del preso que, separado en algun modo de la sociedad, llegaba al lugar de su detencion, sin recoger en el camino una sola mirada de commiseracion; y cuando al salir del arco tenebroso, desembarcaba en aquellos escalones de piedra gastados por las pisadas de los que habian sido agitados por las mismas inquietudes que él, y cuyo pie bañaba cada mañana, si miraba delante de si la subida rápida que conducia á una carcel de Estado gótica, y atras la parte del rio que la bóveda baja le permitia divisar todavia, debia muchas veces

advertir que dejaba tras de sí la luz del día, la esperanza y aun la vida misma.

Mientras que el gefe de los guardas se hacia reconocer, Julian procuró saber por uno de sus conductores qué parage le serviria de prision.

— El que indicará el teniente, le respondió uno de los guardas.

— ¿No me será permitido estar en el cuarto de mi padre, Geoffrey Peveril? porque no olvidó por esta vez pronunciar el nombre de su familia.

El guarda, viejo respetable, le miró como si estuviere admirado de una pregunta tan extravagante, y se contentó con responderle: — Imposible.

— Alo menos muéstreme vm. el lugar donde está detenido, para que pueda echar una mirada en la pared que nos separa.

— Lo siento por vm., joven, respondió el viejo moviendo la cabeza cubierta de canas; pero todas estas preguntas no pueden serle útiles; aquí no se conocen padres ni hijos.

Sin embargo, algunos instantes despues, el

acaso quiso, al parecer, ofrecerle la satisfacción que sus rigurosos guardas se habían propuesto rehusarle. Cuando le hacían subir el paso escarpado que conduce á la Torre llamada de Wakefield, una voz mugeril exclamó con un acento que expresaba á un tiempo gozo y dolor: — ¡Hijo mio, querido hijo mio!

Los mismos guardas de Julian parecieron enternecidos de este trasporte de una viva sensibilidad. Acortaron el paso y se pararon casi, para darle tiempo de levantar los ojos hácia la ventana de donde salía la voz de una madre desesperada. Pero la abertura estrecha estaba tan bien barreteada, que lo único que se pudo ver fué la mano blanca de una muger agarrándose á una barra cubierta de orin, como para sostenerse, en tanto que otra mano agitaba un pañuelo blanco que dejó caer, y al instante la ventana quedó, al parecer, desierta.

—Démele vm., dijo Julian al viejo guarda que le había levantado; tal vez es el último presente de una madre.

El viejo guarda extendió el pañuelo, y le

miró con la escrupulosa atención de un hombre acostumbrado á descubrir medios secretos de correspondencia en bagatelas al parecer insignificantes.

— Puede haber escritura de tinta invisible, le dijo uno de sus camaradas.

— Está húmedo, respondió el viejo; pero creo que esta humedad la produjeron las lágrimas; no puedo privarle de él á este pobre joven.

— ¡Ah! Coleby, le dijo su camarada en tono de reprension hecha con dulzura, si no hubierais tenido un corazon demasiado bueno, llevariais hoy otro uniforme que el de guarda de la Torre.

— ¿Qué importa lo que se pasa en mi corazon, respondió Coleby, y cual es el vestido que conserva el calor, con tal que cumpla con fidelidad mis deberes para con mi rey?

Sin embargo, Peveril estrechó junto á su corazon el gage del afecto de una madre que le habia procurado el acaso; y cuando le hubieron conducido al cuartito, que le dijeron debia ser su morada solitaria mientras estuviere en la

Torre, se conmovió por este acontecimiento hasta derramar lágrimas, y no pudo menos de mirarle como una señal de que su desgraciada familia no estaba todavía totalmente abandonada por la Providencia.

Pero los pensamientos que ofrecen á la imaginacion el interior de una prision, y los acontecimientos que se pasan en ella son demasiado monotonos, y es tiempo que trasportemos á nuestros lectores á una esfera mas agitada.

FIN DEL TOMO CUARTO.

## LIBRERIA DE ROSA.

**AVENTURAS DE UN RENEGADO ESPAÑOL**, por Arnaud. 4 vol. en-12.

Este libro es un episodio interesantísimo de las desgracias de los liberales españoles, donde se olvidan las opiniones, y solo queda lugar á la compasion, y al interés y simpatía que despierta en nuestro corazon el infortunio del proscrito. En cada capitulo se encontrará el lector con una historia completa, formando así las *Aventuras del renegado español* una rica galería de medallones lindísimos. Allí se ve lo que difícilmente pueden contarnos los viajeros: las costumbres y usos familiares de los Moros; su vida doméstica, y sus relaciones personales; sus ceremonias y sus ritos, y hasta lo interior de sus casas y serrallos. Hace muchos años que no se ha publicado un libro, que mas divierta ni que excite mas la curiosidad, por la alianza que en él hace la verdad con los encantos del romance y las novedades de los libros de viajes. La sencillez de su estilo hace resaltar con mayor lustre la riqueza de las imágenes y el talento con que el autor ha reunido en sus pinturas las escenas mas atractivas y los mas bellos paisajes. La traduccion de don Francisco Maczta es digna del original, recomendándose especialmente por lo castizo del language prenda en estos tiempos tan rara.

**AVENTURAS DE NIGEL**, por sir Walter-Scott, traduccion de don Pablo de Xérica. 4 vol. en-12.

Es superfluo cuanto se diga para recomendar esta novela. El nombre de su autor es el elogio mas completo que de ella hacerse pueda. Es una pintura fiel de la corte de Inglaterra bajo el reinado de Jacobo I.

**BRAVO** (el) novela veneciana, por Cooper. 4 vol. en-13.

La diferencia de costumbres, de lengua, de caracter, nada de cuanto hubiera menoscabado las fuerzas de un ingenio vulgar, ha menguado en esta obra la gracia y el vigor, con que el autor de *El Último de los Mexicanos* y *El Piloto* se apodera de la imaginacion de los lectores, y hace de sus almas el eco fiel de las pasiones que quiere dar á sus personajes. Las gondolas y el Puente de los Suspiros de Venecia no interesan menos que las piraguas del rio Delaware y las rocas del canal de Inglaterra que tantas emociones han excitado en los romances de Cooper.

Torre, se conmovió por este acontecimiento hasta derramar lágrimas, y no pudo menos de mirarle como una señal de que su desgraciada familia no estaba todavía totalmente abandonada por la Providencia.

Pero los pensamientos que ofrecen á la imaginacion el interior de una prision, y los acontecimientos que se pasan en ella son demasiado monotonos, y es tiempo que trasportemos á nuestros lectores á una esfera mas agitada.

FIN DEL TOMO CUARTO.

## LIBRERIA DE ROSA.

**AVENTURAS DE UN RENEGADO ESPAÑOL**, por Arnaud. 4 vol. en-12.

Este libro es un episodio interesantísimo de las desgracias de los liberales españoles, donde se olvidan las opiniones, y solo queda lugar á la compasion, y al interés y simpatía que despierta en nuestro corazon el infortunio del proscrito. En cada capitulo se encontrará el lector con una historia completa, formando así las *Aventuras del renegado español* una rica galería de medallones lindísimos. Allí se ve lo que difícilmente pueden contarnos los viajeros: las costumbres y usos familiares de los Moros; su vida doméstica, y sus relaciones personales; sus ceremonias y sus ritos, y hasta lo interior de sus casas y serrallos. Hace muchos años que no se ha publicado un libro, que mas divierta ni que excite mas la curiosidad, por la alianza que en él hace la verdad con los encantos del romance y las novedades de los libros de viajes. La sencillez de su estilo hace resaltar con mayor lustre la riqueza de las imágenes y el talento con que el autor ha reunido en sus pinturas las escenas mas atractivas y los mas bellos paisajes. La traduccion de don Francisco Maczta es digna del original, recomendándose especialmente por lo castizo del language prenda en estos tiempos tan rara.

**AVENTURAS DE NIGEL**, por sir Walter-Scott, traduccion de don Pablo de Xérica. 4 vol. en-12.

Es superfluo cuanto se diga para recomendar esta novela. El nombre de su autor es el elogio mas completo que de ella hacerse pueda. Es una pintura fiel de la corte de Inglaterra bajo el reinado de Jacobo I.

**BRAVO** (el) novela veneciana, por Cooper. 4 vol. en-13.

La diferencia de costumbres, de lengua, de caracter, nada de cuanto hubiera menoscabado las fuerzas de un ingenio vulgar, ha mengado en esta obra la gracia y el vigor, con que el autor de *El Último de los Mexicanos* y *El Piloto* se apodera de la imaginacion de los lectores, y hace de sus almas el eco fiel de las pasiones que quiere dar á sus personajes. Las góndolas y el Puente de los Suspiros de Venecia no interesan menos que las piraguas del rio Delaware y las rocas del canal de Inglaterra que tantas emociones han excitado en los romances de Cooper.

**BUG JARGAL**, por Victor-Hugo. 5 vol. en-18.

Producción, como todas las de Victor Hugo, llena de pensamientos nuevos, de imágenes poéticas, y un interés de curiosidad que nunca desfallece.

**COMPENDIO DE LA HISTORIA MODERNA**, desde la destrucción del imperio romano en el año de 476, hasta el de 1848 al cual se ha añadido una tabla cronológica de los acontecimientos más notables de la creación del mundo hasta la presente época: escrito en inglés por Piquot, traducido al castellano por D. Carlos de Landa, ciudadano mejicano. 2 vol. gruesos en-12.

La utilidad de una obra que presenta el resumen de la historia de la edad media y de los tiempos modernos en un cuadro reducido a proporciones fáciles de comprender y conservar en la memoria, es tanto más apreciable cuanto que faltaba un compendio sencillo, claro y completo, cuanto serio puede un compendio, entre las producciones destinadas a popularizar los conocimientos humanos. El *Compendio de la historia moderna* que ha traducido el señor Landa merecerá una favorable acogida no menos en la librería del estudioso que en el gabinete de las personas que leen principalmente por distraerse.

**DIA (el) DE SAN VALENTIN** ó la Linda doncella d Perth, por sir Walter-Scott. 4 vol. en-12.

Se puede colocar en el rango de las mejores obras de Walter-Scott á esta novela donde hallamos una pintura al vivo de la Escocia en la edad media con el numeroso cortejo de sus príncipes, nobles, su clero, sus paisanos y sus hombres de armas, de los clanes salvajes, de sus montañas, y en fin de todas las clases de la población. Hemos aplaudido ya este mérito en más de una obra de este autor; pero en muy pocas, á nuestro juicio, se halla un cuadro tan completo y variado como en *La Linda Doncella de Perth*.

**ENSAYO SOBRE LA INDIFERENCIA EN MATERIA DE RELIGION**, por La Mennais, con la *Defensa* de esta obra, por el mismo autor, traducción hecha de la séptima edición francesa, con un hermoso retrato. 8 vol. en-12.

Si os elogios que obtiene una obra cuando se publica fueran

títulos de recomendación para los lectores de otro país, pocos libros deberían merecer más el favor del público que el *Ensayo sobre la Indiferencia en materia de Religión*, cuya traducción castellana sale ahora á luz. Pero si se dudare de la sinceridad de las alabanzas con que han encomiado los sabios de todas opiniones la obra de M. de La Mennais, no podrá menos de confesarse que su importancia es grande, y que la falta de su lectura será un vacío inmenso en la erudición y doctrina filosófica de los que no la conocen. Pocas publicaciones son más útiles á la Religión, ninguna más necesaria para la filosofía.

**FABULAS DE DON GARCIA GOYENA**, hijo de centro de América. 4 vol. en-18.

Hay gracia y originalidad á veces en esta coleccioncita. Los apólogos políticos gustan mucho en los países libres, y estos deben agradar sobre todo á los lectores del Nuevo-Mundo, porque son de asuntos de su país, con lenguaje, versificación y pinturas que recuerdan á cada renglón su naturaleza americana.

**MARANA** (1a), por M. de Balzac. 4 vol. en-18.

Este episodio pone en juego tres influjos que no pueden dejar de producir las emociones, pensamientos é interés que forman el mérito de las obras de imaginación. El carácter francés, el italiano y el español se cruzan en una acción dramática no menos curiosa que fecunda en observaciones filosóficas.

**NUEVA RETORICA EPISTOLAR** ó Arte nuevo de escribir todo género de cartas misivas y familiares, por Marquez y Espejo. Cuarta edición, arreglada para el uso de las repúblicas de América, á la cual se ha añadido una Guía mercantil, ó breves elementos de la teneduría de libros y cuentas hechas de intereses y de cambio de Méjico sobre las principales ciudades de Europa. 4 vol. en-12 grueso.

Pocas son las personas que no sienten la necesidad de este formulario en muchas ocasiones de su vida, en que sin él se ven en la dura alternativa ó de sacrificar su amor propio exponiéndose á la burla de las personas que pueden ver sus cartas ó revelando á otras secretos que desearían poderles ocultar. Este libro no solo es una pauta para seguir las fórmulas recibidas, sino un repertorio indispensable de correspondencia para los que no tienen práctica de escribir.

**PURITANO (el) DE AMERICA**, por Cooper; 4 vol. en-18.

Algunos dan á esta novela la preferencia con respecto á *Los Puritanos de Escocia*, de Walter-Scott. Sin decidir ahora este gran litigio, basta para la recomendacion de la obra que se pueda comparar con la del Cervantes escocés.

**POESIAS SELECTAS MEJICANAS**, 4 vol. en-42, con láminas. Papel avitelado.

La coleccion de poesías mejicanas que ahora se publica es la primera completa que de este género sale á luz en los Estados-Unidos de Méjico. Puede considerarse como un ramillete, donde se han recogido las flores perdidas que tal vez despues de una existencia efimera hubiesen corrido la misma suerte que las flores del desierto. Asi no se dirá ya de ellas lo que Floran dice de las poesías castellanas originales del siglo duodecimo, nacieron, brillaron y murieron, dejando su perfume en algun vaso que ahora cubren las ruinas de algun antiguo monasterio.

**TORERO (el)**, 4 vol. en-12.

Lindo cuadro de costumbres españolas de la duquesa de Abrantes. Podria compararse con un capricho de Goya.

**VIAGE A AMERICA**, por Chateaubriand; 5 vol. en-18.

El mérito tan conocido del autor nos dispensa de hacer ningun análisis de esta obra. Nos limitaremos á citar lo que dice en el prefacio. « He corregido con todo cuidado lo que ya estaba escrito; y la parte que trata de los hechos posteriores al año 1791, y que llega hasta nuestros dias es enteramente nueva. Hablando de las repúblicas españolas, he contado lo que hubiera yo querido hacer consultando el interés de estos Estados nacientes, cuando impositcion política me concedia cierta influencia en los destinos de las naciones. »

Junio, 1836.

**OBRAS**

PUBLICADAS EN JULIO Y AGOSTO DE 1836.

**JACOBO DELORME**, ó Felicidad y Religion; 4 vol. en-12.

**COMPENDIO DE LA HISTORIA DE LAS REPUBLICAS ITALIANAS**, por Sismondi; 2 vol. en-12.

**GUIA DEL NEOFITO**, o la Religion del Corazon; 4 vol.

El real consejo de instruccion pública en su sesion del 22 de febrero 1836 ha autorizado como libro clásico de las escuelas normales primarias esta obra del conde de la Rivalliere-Frauentorff.

**MOISES Y LOS GEOLOGOS MODERNOS**, por V. de Bonald; 4 vol. en-18.

No se podrá recomendar bastante esta obra á todas las persona que quieren saber á qué se reducen las disputas geológicas de que tanto se habla en el dia. Los eclesiásticos hallarán en ella respuestas á la vez religiosas y científicas á todas las objeciones que por su naturaleza misma son inciertas, y que pueden ser peligrosas. Los hombres instruidos, pero poco dedicados á esta clase de investigaciones encontrarán la solucion de sus dudas; y las almas piadosas y tímidas sacarán de ella consuelos y esperanzas, asegurándose de que el error es siempre combatido, que una mano invisible protege la verdad, y que las falsas luces del siglo no prevyan leerán jamas contra ella.

**MI VECINO RAYMUNDO**, por P. de Kock, traduccion de Don Pablo de Xerica; 4 vol. in-12.

Es una novela muy divertida y al mismo tiempo instructiva. Hace en ella el autor una exactísima pintura de las costumbres de los ociosos de Paris y sus galanteos, no solamente con las modistas, ramilleteras, floristas y las demas comprendidas bajo el nombre genérico de grisetas, sino tambien con las presumidas y atojadizas de otras clases, llamadas en francés *Petite Maitresse*.

**PEDRO**, por Arnaud; 4 vol. in-12.

El autor de este romance entretenido desenvuelve una idea tan racional como consoladora: su objeto es fortificar al hombre en la virtud, y hacerle mirar con desprecio las flaquezas y con lástima los extravios de las personas, presentándole al mismo tiempo las ventajas de un pensamiento vasto y remunerador. Pero el in-setto filosófico del libro no entibia el entusiasmo del escritor. En las aventuras del pescador de Marsella se encuentran las pinturas mas bellas, los cuadros mas animados que puedan desearse en una obra de imaginacion. El carácter de Rosina, y la descripcion del *cólera* de Manila son dos episodios que hermosearian un poema. Si algun elogio mas puede caer en el anuncio de un catálogo es el decir que la traduccion se debe á la pluma que tan castizo y puro ha hecho el lenguaje del Renegado español y de Clara de Almeida.

**LEON LEONI**, por J. Sand, traducido por D. F. Bielsa;  
2 vol. in-12.

En este interesante cuadro de las pasiones exaltadas, se hallan reunidas las grandes prendas de entusiasmo, sensibilidad, gracia, abandono y demas que caracterizan el ingenio á que debemos las producciones singulares que han hecho en Francia tan célebre el nombre de nuestro autor. Leon Leoni habria sido un personaje que la historia hubiera colocado entre los ilustres venecianos, si hubiese nacido en otra época; modelo de virtud si hubiese vivido en una sociedad virtuosa; entre jugadores debia ser taur, entre estafadores impostor, entre asesinos un monstruo. Con todo Leoni conserva magnanimidad, entereza, ternura, y esa altivez que suele confundirse en el mundo con el honor. Si este romance no tuviera mas recomendacion que el caracter noble la sensibilidad apasionada, la abnegacion heroica de Julieta, bastaria para tener entre los lectores á que se destina esta elegante traduccion el mismo éxito que su original ha tenido entre los Franceses.

**LECHERA (la) DE MONTFERMEIL**, por P. de Kock,  
traducido por D. F. Maetz; 5 vol. in-12.

**NOVISIMO DEVOCIONARIO**, 4 vol. en-18, papel  
vitela y con 20 lám.

**PEVERIL DEL PICO**, por sir Walter Scott, 5 vol.  
en-12.

**SEMANA SANTA**, por Rigual, 4 vol. en-18, con lám.

### EN PRESA.

**LAS AGUAS DE SAN RONAN**, por sir Walter  
Scott, 4 vol. en-12.

**JUAN**, por P. de Kock, 4 vol. en-12.

**LAS MIL Y UNA NOCHES**, 8 vol. en-18, con lám.

**OBRAS POETICAS DEL EXCMO. SR D. EUG.**

**LOBO**, 1 vol. en-12, papel velino.

**BUFFON PINTORESCO MEJICANO**, 4 vol. en-4.

**CARTAS A EMILIA SOBRE LA MITOLOGIA**, 4  
vol. en-18 con lám.

**VIAJE A MEJICO**, por Tomas Gaje, 4 vol. en-12.

**ATALAYA (la)**, 2 vol. en-12.

Paris. — Imprenta de Everat y Compañia.

NUEV  
LIOTEC